

# VIDA DE SAN BENITO

*Patriarca de los monjes de Occidente*

POR

D. Francisco de P. de Rivas, Pbro.

LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO

CON UN PRÓLOGO

DEL

*Ilmo. Sr. D. Mariano Supervia*

OBISPO TITULAR DE EUROPO, AUXILIAR DE ZARAGOZA.

---

**Con licencia Eclesiástica.**

---

ZARAGOZA  
LIBRERÍA DE CECILIO GASCA  
SUCESOR DE HEREDIA  
Plaza de La Seo, número 2.

—  
1890.



## PRÓLOGO

---

Se dice, y á mi juicio con rigurosa verdad, que un libro es un buen amigo, y también que es un terrible enemigo, según que en sus páginas serenas é invariables enseña á sus lectores verdades importantes, ó inculca, por el contrario, con su constante magisterio, errores y perversión. A pesar de que hoy tanto se blasona de prestar culto idolátrico á la razón, y de que por lo mismo ha pasado á ser para muchos como un axioma, no obstante su evidente falsedad, que conviene leerlo todo, para con un prudente discernimiento averiguar la verdad en todo, es innegable, y la experiencia lo abona, que una gran parte de los lectores, sin estudiar imparcialmente, tienen desde luego por exacto cuanto dicen los escritores que participan de sus opiniones, y no se toman la molestia de pasar la vista, y menos de meditar con interés, las producciones de los que no sienten como

ellos, calificándolas desde luego de falsas é inconvenientes.

Aduzco este hecho, que á nuestra vista se está realizando diariamente, para que de él se deduzca, que ni en tiempos de tanto amor á la razón razonan todos sus adeptos, ni en tiempos de tanta independencia dejan de subordinarse sus adoradores al yugo del maestro.

La religión nos enseña que debemos tener fe; y cuando muchos incrédulos religiosos no la poseen por virtud, la tienen por instinto y por necesidad. El Cristianismo es un conjunto de dogmas y preceptos impuesto por un maestro; y cuando los pretendidos independientes religiosos no quieren reconocer á Jesús por maestro, lo admiten, sin darse cuenta, en la persona humana de un sagaz orador, de un hábil polemista, de un atrevido tribuno ó de un atildado escritor.

Podrán, pues, los racionalistas rechazar con faz indignada la sumisión intelectual que se llama fe; pero tienen alguna fe: podrán revolverse contra la tiranía del maestro; pero se someten á algún maestro. Los errores é inconsecuencias del hombre sirven muchas veces en el orden de la providencia para justificar el plan divino; y con frecuencia la iniquidad miente en su propio perjuicio: *«mentita est iniquitas sibi.»*

Si, racionalistas, si; hay que tener fe: hay quien sabe más que nosotros. Independientes, hay que sujetarse á algunos: nos preceden en edad, nos aventajan en conocimientos; y es más cómodo y rápido aprender con ayuda de maestro. El hombre, cristiano ó libre pensador, se halla precisado á tener fe y maestro: es una ne-

cesidad de nuestra naturaleza; y es un precepto religioso. ¡Y pensarán algunos neciamente, que la religión destruye la naturaleza humana!

Si pues todos nos sujetamos á un maestro; y un buen maestro es un gran amigo, y un mal maestro es el peor enemigo; y un libro, ó periódico ó folleto puede llegar á adquirir sobre el ánimo del lector el ascendiente y autoridad de un maestro, síguese que el libro ó periódico es el mejor de los amigos, ó puede hacernos más daño que los que más nos odian.

De aquí puede deducirse la gran responsabilidad del que se atreve á enseñar á otros: y más hoy que en tiempos distantes, porque por medio de la prensa en las condiciones de existencia que alcanza, teniendo en cuenta lo fácil que es adquirir un libro y la afición á la lectura, puede quien bien escribe dirigir á muchos durante muchos años, y hacer llegar su enseñanza hasta puntos donde nunca llegará su voz, y aún prolongar su magisterio años y siglos después de su muerte. Como después de extinguirse el sonido del clarín, el eco lo reproduce y parece que lo hace revivir tras de cada pliegue de la montaña, así, muerto el autor de un escrito, sus libros, que acaso un día salen del rincón de un archivo, hacen oír de nuevo su voz y perpetuan sus ideas y magisterio por tiempo indefinido.

Y hoy que se publican tantos libros, buenos y malos, útiles y de ningún interés práctico, obligado me veo, ya que el autor del presente libro ha querido dispensarme el obsequio de asociarme á su buena obra, á manifestar mi

juicio respecto á la publicación de la Vida y Regla de S. Benito. Nada decir del libro bajo su aspecto literario: cuando los lectores hayan saboreado algunas de sus páginas, la afición que han de tomarle y el deseo de continuar su lectura hasta el fin, dirán mejor que yo pudiera hacerlo, si el autor ha sabido desempeñar su propósito con sujeción á las leyes del buen gusto. Pero diré algo sobre su objeto principal.

Este ha sido, dar á conocer en breves páginas cuanto escritores muy antiguos y modernos han dejado consignado en sus obras respecto á un Santo de la Iglesia Católica y al fundador de las órdenes monásticas en Occidente. A este fin, el libro comprende la virtuosa vida de un digno cristiano, y la Regla ó método que informa las costumbres monásticas. Es un libro, que además de su héroe, comprende otro libro de este. El cristiano fervoroso se santificó; la Regla que su buen espíritu le sugiriera, sirvió de antiguo, y aún sirve ahora para santificar á otros.

Excelente amigo debe de ser este libro, que no solo pone á la vista del lector la santidad de un hombre para admirarla é imitarla, sino que descubre su espíritu manifestado en una Regla que ha servido durante siglos para producir héroes de ciencia y virtud.

Libros que hablen con elogio é inciten á imitar á los hombres que han agradado á Dios y han conseguido salvarse; ¡bien útiles son en nuestros tiempos! Cuando los libros que tratan de las ciencias naturales, en gran parte recomendables, y los periódicos que nos aturden diariamente con sus juicios aventurados y parciales

acerca de la difícil ciencia de gobernar los pueblos, cuando no con la frívola narración de hechos pequeños, sin importancia, que todos los días de todos los siglos están sucediendo en todas partes, si no es con la impertinente, y según entiendo, perjudicial relación de hechos criminales y reprobables, cuando tales publicaciones se derraman con indecible profusión, y llegan á manos de los que quieren aprender, y de los que solo intentan pasar el tiempo ó saber noticias, conveniente y utilísimo ha de ser un escrito que hable al lector de la vida sobrenatural del hombre, del modo de servir á Dios; y que presentándole en ejemplos vivos la santa moral del evangelio, le indique de un modo tan eficaz el camino que ha seguirse en el mundo para lograr un estado de felicidad completa después de salir de esta vida, que día tras día va acercándose á su fin.

Y esto se ha propuesto el autor de «La Vida de San Benito,» recogiendo de los escritos que en siglos anteriores han aparecido biografiando al fundador de los monjes de Occidente, aquellos rasgos de virtud que llamaron la atención de los contemporáneos del Santo y que conservaron en la memoria sus admiradores, para que los cristianos de ahora puedan aprender en lecciones prácticas, á dónde puede llegar el hombre que aspira á la vida perfecta, y cuánto aumenta las débiles fuerzas humanas el espíritu religioso.

Mas ¿puede escribirse con exactitud completa la vida de los Santos? ¿Es verdad cuanto relatan todos sus historiadores?

Me ha sugerido estas importantísimas cues-

tiones la consideración del libro en que me ocupo; puesto que su autor ha tenido que valerse de documentos antiguos y en ocasión de autores no muy distantes de nuestros tiempos, á todos los que deja la responsabilidad de sus relatos, contentándose él con presentar en un solo volumen lo que con criterio y detenido estudio ha recogido de lo mucho que anda disperso en varios otros.

Si bien no puedo, ni me ocurre dudar de la buena fe de los escritores y encomiadores de las vidas de Santos, he de manifestar mi verdadero sentir, deseoso de no ofender á ninguno de aquellos, y sí solo de prestar un servicio á la causa de Dios, de la virtud, de los mismos Santos, de la verdad histórica y hasta de la utilidad espiritual de los cristianos lectores.

¿Puede escribirse ó relatarse con exactitud completa la vida de los Santos? Haré otra pregunta, y será más fácil contestar á la primera. ¿Es fácil conocer á un hombre? Reconocido está generalmente por el dictamen de nuestra propia conciencia, que es muy difícil conocernos á nosotros mismos; y si bien la razón principal de esta dificultad es nuestro amor propio que todo lo justifica, ó nuestra pusilanimidad que todo lo empequeñece, y esta razón no existe cuando se trata de conocer á un extraño; en cambio falta para conocer bien á otras personas el testimonio de la conciencia, que de todo dá cuenta, y que si es desapasionado ó ajustado á la moral evangélica, es el medio de conocer las virtudes y vicios de sí mismo del mejor modo posible, excepto la divina ilustración. Pero hasta

las pasiones pueden jugar un papel muy importante al ponderar las virtudes y vicios de los demás. Las relaciones de parentesco, nacionalidad, corporación, ¿no pueden influir mucho en el juicio que el escritor ó el orador forman y expresan acerca del mérito religioso de un Santo? Y no es esto querer rebajar en lo más mínimo las virtudes de los Santos ni menoscabar su mérito; muy al contrario. Creo, que si bien algunos elogios, y más en ciertas ocasiones, y pronunciados por ciertas personas, son exagerados y falsos, en cambio no se mencionan, porque ni se conocen, otros hechos internos, importantísimos, que constituyen la verdadera virtud, el mérito principal de la persona panegirizada. Véase en que me fundo.

Mucho pueden servir las obras para juzgar á quien las ejecuta: pero las grandes obras externas parten de adentro; y tales puede haber que hayan costado poquísimo á sus autores; y otras al contrario que con ser aparentemente más fáciles, se han llevado á cabo tras prolongadas luchas interiores, á pesar de grandes repugnancias, por efecto de una obediencia sublime. ¿Quién conoce estas cosas internas, que son la fuente del verdadero mérito? Y la resistencia á las fuertes tentaciones, y la difícil obediencia, y el heroico vencimiento del amor propio, y la abnegación sublime de la propia voluntad, ¿quién puede valorarla si no está dentro de la misma persona, y no conoce la fuerza de las pasiones, el auxilio de la gracia, y por lo tanto el grado de cooperación de la voluntad, en lo cual estriba el mérito de la virtud? Y si á esto se añade, que



los Santos no olvidaron la importancia de la humildad, que conduce á ocultar y no dejar trasparente las grandes virtudes interiores, *«ne appetitus laudis subrepat, et quod foris ostenditur intus á mercede vacuetur,»* y que habían aprendido cuánto esteriliza la soberbia el mérito de las buenas obras, para que no tuviera que decirles el Señor en el día de la cuenta *«recepisti mercedem tuam,»* si todo esto se tiene presente, se comprenderá la razón que creo me asiste para decir, que es muy difícil conocer á un Santo; y que si bien opino, que muchas alabanzas prodigadas por encomiadores poco aprensivos, son excesivas y falsas, han quedado ignoradas y solo se sabrán cuando Dios las manifieste, las más difíciles y más meritorias virtudes que han practicado en vida y les han merecido la gloria.

Con la precedente advertencia, que siendo fruto de exquisita observación, no es ofensiva á los Santos, sino más bien los sublima al lugar que les corresponde en justicia, rectificando los juicios vulgares, está ya casi contestada la segunda pregunta. ¿Es verdad cuanto relatan todos los historiadores de los Santos? Prescindo ahora por completo de lo que la Sagrada Escritura haya dejado consignado, ó declarado la Iglesia: me refiero á las historias, en que escritores más llenos de celo que de crítica racional, y oradores más arrebatados que sensatos, nos presentan á todos los Santos sin excepción, llenos de las más raras y extraordinarias virtudes, exentos de todo defecto, obradores de maravillas las más estupendas y extravagantes, singulares en todo y como si viviesen una vida en-

teramente diversa del común de los hombres; abusando de las Santas Escrituras que trastornan y profanan por acomodarlas á su propósito. Por celo patrio unas veces, por afecto de familia otras, se lanzan á comparaciones siempre odiosas y de ordinario inútiles; y no pocas las pretensiones retóricas les llevan á pintar situaciones más poéticas que conformes á la verdad histórica; trabajo que, si luce al orador, no dá á conocer al bienaventurado, ni edifica al oyente.

Oh! nada de esto quieren los Santos, ni agrada á Dios! La verdad; la verdad, que es lo que Dios quiere, lo que á los Santos basta, lo que les enaltece y los ha santificado; y lo que regularmente olvidan tales impertinentes encomiadores, haciendo injusticia y bajando á los Santos del alto pedestal donde debieron colocarlos.

Se me dirá acaso: ¿no hemos de admitir nada extraordinario en los Santos? ¿todos los hombres son dirigidos por Dios del mismo modo en el orden sobrenatural?—Admito todo lo que sea verdad, y de buen grado; y no se me oculta, que en todos los ramos hay hombres extraordinarios, singulares, sobre el nivel de los demás, y que ha de haberlos también en el orden sobrenatural; en los cuales Dios ha derramado singulares gracias, los ha llevado por caminos extraordinarios, les ha impuesto una especial misión sobre la tierra, y de los que se ha servido para manifestar ante el mundo atónito las riquezas de su sabiduría y subondad; pero ni estos son muchos en número, ni extraordinarios en todo, y la Santa Iglesia con su sereno y prudente criterio ha de descubrirnos esos tesoros. Más querer que en todos los

Santos todo sea fenomenal, extraordinario, sublime, milagroso, es desconocer los planes ordinarios de la Providencia y el caracter esencial de la virtud.

Tales escritos y tales panegíricos no pueden contribuir á fomentar y animar á la piedad. Idealizar á capricho la santidad, pintar unas costumbres siempre fuera del orden natural de la vida humana, hacer formar la idea de que los cristianos fervorosos marchan siempre por vías extraordinarias, es desanimar á los fieles y sugerirles el desesperante pensamiento de que, pues ellos no ven en sí ni en los suyos esas maravillas, no pueden aspirar á ser bienaventurados. De este modo, mientras se hace reir á algunos incrédulos que conocen aquellos despropósitos, y se les aleja cada vez más de la Santa Iglesia Católica, se acongojan y desfallecen las almas tímidas, que creen poco menos que imposible ser justos en la tierra y bienaventurados en el cielo.

Y la prueba de que la santidad puede y debe adquirirse aún en la vida ordinaria es, que la Iglesia de Jesucristo, compuesta de personas de todas clases y categorías, se llama *Santa*; y la Comunión, ó íntima comunicación espiritual de los cristianos, se llama la Comunión de los *Santos*; y que nuestro divino Maestro nos exhortó á ser perfectos por la razón general de la filiación divina, *estote perfecti, sicut et Pater vester cælestis perfectus est*; y que son justos los que entran en la vida eterna, y categóricamente enseñó el Señor, que para conseguirlo es bastante guardar los mandamientos, *si vis ad vitam ingredi, serva mandata*. Si á esto ordinario é indispensable para agradar

á Dios, quiere el Señor por sus inescrutables designios añadir otros carismas, y hacer ver al mundo, que también puede producir con su poder y bondad fenómenos de la gracia, ¿quién duda que puede hacerlo, y que lo ha hecho? Pero no se confunda lo ordinario con lo extraordinario, y no se tenga la pretensión de hacer brillar las obras magníficas del Señor con un celo extremo que pudiera parecer, que andaba temerosa la pobre criatura de que Dios no había hecho lo bastante para sublimar á sus siervos, y que el hombre suplía omisiones de Dios.

El autor de este libro ha tenido especial cuidado en servirse para dar á conocer á S. Benito y sus obras, de escritores acreditados y de nota, particularmente del papa S. Gregorio; por lo cual, atendidos su recta intención y su concienzudo trabajo, espero que la lectura de tan importante historia ha de conducir á la gloria del Señor, á la veneración de San Benito y á utilidad general de los cristianos.

*Mariano, Obispo de Europa.*



## INTRODUCCIÓN (\*)

---



CASO nó haya conocido el mundo tiempos más sin ventura que los últimos del siglo quinto de la Era cristiana.

Época fué de transición, y como pocas agitada y decadente. El edificio social se venía abajo, y la autoridad, las ciencias y las artes andaban como condenadas á inevitable ruina. Por ningún lado se veía remedio, y por donde quiera asomaban negras nubes, que, extendiéndose por el horizonte, anunciaban horrenda y nunca oída borrasca.

La Iglesia, tras de largo padecer, vió brillar a aurora de su libertad en la conversión de Constantino.

Este ilustre monarca toma por estandarte el lábaro que guía á la victoria; asiste al concilio de Nicea, y recibe el título de defensor de los Santos Cánones. La corona imperial y la cruz del Salvador se unen en estrecha é íntima alianza; mas bien pronto vuelven para la Iglesia días de prueba y de dolor.

Los sucesores de Constantino reciben también el bautismo, pero, hipócritas, arteros y soberbios, tratan de erigirse en maestros y oráculos de la religión, en Pontífices y Doctores, y al ver rechazados por la Iglesia sus locos desvaríos, la persiguen en nombre de Arrio y de Nestorio, con tanto encono como sus predecesores la habían perseguido en nombre de Júpiter y de Minerva. En la época de nuestro relato no había un solo príncipe que no fuera gentil, arriano ó eutiquiano.

El Orden monástico, que había dado en Oriente tantos santos al Cielo, y á la Iglesia Padres y Doctores como Atanasio, Basilio, Crisóstomo y Gregorio Nacianceno, iba de error en error, y de desacierto en desacierto, á precipitarse en el cisma. Cismáticos son aún la mayor parte de los monjes de Oriente, y el que esto escribe los ha visto, con honda pena, en los desiertos de

Egipto, y en las antiguas monasterios de Siria y Palestina arrastrando estéril y penosa existencia.

También en Occidente daba el monacato señales de prematura decadencia. Sin constitución fija y uniforme, cada monasterio se gobernaba por una Regla especial, ó por las tradiciones de los Padres del Yermo, y se daba el caso de que, dentro de un mismo monasterio, rigieran tantas leyes como individuos había en él.

A tiempo hizo alto en su camino, que de otra manera la historia del Orden monástico en Occidente en nada aventajara á la de Oriente; no hubiera sido más que una página sublime, pero corta, en los anales de la Iglesia. Otros eran los destinos que le señalaba la Providencia, y entraba en su querer soberano que naciera un hombre que había de darle impulso nuevo y enérgico, propio para reconcentrar las fuerzas dispersas; una Regla uniforme y universal, que preparara á los monjes para grandes y victoriosos combates en lo porvenir.

El imperio romano de Occidente acababa de desaparecer de la haz de la tierra. Aquel vasto imperio, monstruoso agregado de razas y gentes diversas, que había conquistado el mundo, llevando hasta los más remotos climas sus águilas triunfantes, caía en el polvo, y se hundía para

siempre, cubierto de oprobio y de ignominia. El último de sus emperadores, de triste memoria, y que por raro sarcasmo se llamaba Rómulo Augústulo, recibe, como de limosna, la bella quinta de Luculano, donde termina su mísero vivir.

¿Cómo Odoacro, vencedor de Augústulo, dueño de Roma, y jefe de los hérulos invencibles, no se viste la púrpura de los Césares? Misterio es de la Providencia que guía á los pueblos y á los individuos á través de los tiempos; pero harta fortuna fué para el mundo que acabara aquel imperio, que durante cinco siglos había consumido la gloria de la antigua Roma, y la sangre y la vida de los pueblos que había conquistado.

En Oriente, dos tiranos se disputan el trono envilecido de Bizancio. El uno, por nombre Basilisco, consigue que inmensa turba de infieles Obispos firmen el anatema lanzado por él contra el Papa y el concilio ortodoxo de Calcedonia, y luego, por miedo á su rival, depone la diadema en el altar de santa Sofía. El otro, Zenón, promulga en numerosos edictos numerosas herejías. Lo trágico de su muerte, que pone espanto, no despierta á los sectarios del error.

Se suceden las violencias y los destierros; las emperatrices, y las princesas, y el monarca y los cortesanos gastan su vida en disputas teológicas; los bandos de *Verdes* y *Azules* ensangrien-



tan las calles de Constantinopla, y comienza el lento acabarse de aquel imperio, que aún había de vivir diez siglos, pero vida mísera y degradante, caminando de herejía en herejía, hasta la separación total y decisiva que había de arrebatár á la Iglesia millares de sus hijos.

Los bárbaros habían abandonado tiempo atrás las selvas sombrías de la Germania, y las orillas del Elba y del Rhin. Raza indómita y montaraz, ó, mas bién, veinte razas fuertes, agueridas y valerosas que se precipitan sobre el Mediodía, no como torrente que todo lo arrolla para luego pasar y morir, sino como la marea que vá y viene hasta que se hace dueña del terreno.

No son los placeres, ni la molicie de las costumbres romanas lo que incita al bárbaro á dejar su patria, envuelta en perpétua bruma. Nacido entre bosques y páramos, en tierra yerma y estéril, ama la libertad de los campos, la vida nómada y los ejercicios de fuerza; maneja con sin igual destreza el hacha y la frámea, y duerme cubierto de ásperas pieles.

Valeroso, sobrio, esforzado y guerrero por temperamento y por ley, no tiene otro anhelo que la guerra incesante, y más le agrada cuando corre más sangre, y es más violenta y sañuda. Pelea, cuando no tiene enemigos, con la fiera del monte, y tiene por dicha el morir en el combate.

Tal vez este afán de guerrear le arrastra al

Mediodía, ó tal vez lo apacible del clima, y los primores del cielo azul y sereno; pero más principalmente le trae la Providencia, que le ha elegido por instrumento de su justicia.

Siervos y víctimas de los primeros Césares al principio, auxiliares suyos más tarde, enemigos implacables después, y, por fin, vencedores y dueños del imperio, atraviesan los valles del Danubio, que los pone en camino de Constantinopla; suben á la cumbre de los Alpes, que los hace dueños de Italia; cruzan el Rhin y los Pirineos, y se desparraman por España y las Galias. En estas regiones fundan estados y reinos, que habían de brillar más tarde con viva luz; pero de los cuales ninguno profesaba la religión católica en los tiempos de que tratamos.

Mortal angustia, hondos pesares y desaliento inmenso embargaba á los cristianos fieles. Acaso miraban con envidia las oscuras catacumbas, las persecuciones de los primeros Césares, las santas alegrías del martirio; que allá, á lo menos, se luchaba con braveza, allá había triunfos en la tierra, y en el cielo palmas.

Cualquiera tortura era preferible á la pesecución de cristianos á cristianos, á la guerra sorda é innoble de los Césares de Bizancio, á la corrupción desenfrenada de Occidente.

Todo, al parecer, se tornaba en daño de los creyentes, y sólo las promesas divinas les hacían

suaves los días de su trabajosa peregrinación por la tierra.

Por mucho tiempo había puesto la cristianidad su esperanza en las indómitas y salvajes razas del Norte, en los bárbaros. Eran feroces y sanguinarios, es cierto; con sangre humana regaban los árboles de sus montañas; pero, en cambio, tenían energía, valor y dignidad, prendas que faltaban á los degenerados hijos del imperio.

Se aumentó esta esperanza al ver que Genserico y Atila retroceden poseídos de respeto ante el Papa León; al ver que más de una vez se rinden á la amorosa súplica de algún anciano Obispo, que les pide piedad para su grey; que Alarico libra del saqueo las iglesias, y sus huestes quedan como embelesadas y enternecidas ante las tumbas de los mártires. Mas sólo tibios vislumbres quedan ya de la antigua confianza, porque, es cierto, que dos siglos de continuas invasiones al seno del mundo católico no habían sido bastantes para identificar á los vencedores con la religión de los vencidos.

Los Francos, Sajones y Alanos permanecen idólatras, y, lo que es más duro y sensible, á medida que estos pueblos se convierten, caen en la herejía. Los Visigodos, Ostrogodos, Hérulos y Borgoñones, se hacen arrianos, lo mismo que los Suevos y los Vándalos.

La corrupción de las costumbres romanas vá

lentamente aprisionando á aquellas razas jóvenes y vigorosas; su vitalidad y energía están á punto de rendirse á los halagos de aquella civilización decrepita, y la conquista lleva trazas de ser como un puente para pasar de un mal grande á un mal mayor.

Era menester que una mano fuerte disciplinara aquellas huestes briosas, era menester que hubiera quien las enseñara á vivir y á gobernar, á constituir familias y pueblos, y á trocar su vida nómada y aventurera por otra ordenada y regular.

La Iglesia, que había mirado en ellas su apoyo y su esperanza, en lo humano, se encargará de esta hermosa tarea; pero la Iglesia por medio de los monjes.

Nacerá un hombre, San Benito, que hará de los monjes una milicia disciplinada y valerosa, y les dará una Regla prudente, sabia y discreta. En umbrosas soledades, en abrasados desiertos, sobre las altas rocas de escuetos montes, se levantarán monasterios, y saldrá una nube de hombres, de negra y flotante cogulla, intrépidos, pacientes, y más duros que lo fueron el sajón y el escita. Penetrarán por entre las huestes de los bárbaros, echarán por sus cabezas el agua pura del bautismo, y conquistarán su valor y su genio para la defensa de la justicia y de la fe..... ¡San Benito!..... Su vida es lo que trato de es-

cribir, y séame él propicio para que no salga mal parada de mis manos. Recta intención me lleva; la de que las gentes la lean, y conozcan al Santo, y le amen, porque entiendo que conocerle y amarle es cosa de un momento.

Muchos son los que, por su mala ventura, ni idea tienen del Santo glorioso, que por muchas centurias llenó el mundo con la fama de su genio y de sus virtudes; pero no sé de nadie que haya leído su vida ó la Regla que escribió para los monjes de Occidente, y no le haya amado hasta el último instante de su existencia.

El que le haya seguido desde Roma á la oscura cueva de Subiaco, y desde allí á la plácida soledad de Monte Casino; aquel, sobre todo, que le haya visto morir junto á la tumba de su hermana, en pié, y murmurando fervorosa plegaria, no habrá menester de más estímulos para ser devoto del Santo, y lo será de tal manera que no querrá que nadie le aventaje en ponderar sus glorias, y en tributarle loores y alabanzas.

Yo no sé que especie de encanto tiene el Santo Patriarca; yo no sé que especie de atracción dulcísima, pero, es lo cierto, que roba el alma, y la hace toda suya.

Acontece lo mismo con su Orden esclarecida y benemérita: se la llega á querer á par del alma, y no pocos pesares cuesta al amante de sus glorias, que recorre las amenas comarcas de España,

el tropezar acá y allá con arcos rotos, sepulturas profanadas, y claustros deshechos de antiguas Abadías benedictinas, donde largas séries de monjes llenaron el espacio con sus cantos.

Siente, por el contrario, el devoto santa alegría cuando llegan á sus oídos las buenas nuevas de que los hijos de san Benito vuelven á ocupar sus antiguos monasterios. En España los tenemos ya, gracias á Dios bondadosísimo, y el grave rezo monástico resuena dulce y pausado en las selvas solitarias de Valvanera, y en la sin par montaña de Monserrat.





## CAPÍTULO PRIMERO.

**La ciudad de Norcia.—Euproprio y Abundancia, padres de San Benito.—La familia Anicia.—Nacimiento de San Benito.—Cirila.—Estancia de San Benito en Roma.—Su primer milagro.**



Al pié de los Apeninos, y medio recostada en sus laderas, se levanta la ciudad de Norcia, que llamaron Nursia los antiguos. Ancha vega se extiende por sus contornos, regada por el Nar, cuya mansa corriente separa la Sabina de la Umbría.

No cuenta en la actualidad muchos habitantes: apenas llegan á cuatro mil; mas lo apacible de su clima, exento de los rigores del calor que

templan las brisas del monte, y libre de frío por el sol de Italia; la amenidad de sus huertas y jardines; y el caracter austero, pero bondadoso y noble, de sus habitantes, son causa de que reine bienestar, no turbado por el ir y venir incesante de forasteros, que si dejan dinero á manos llenas, dejan también rastros de sus vicios, desorden é inquietud en las familias, y afán de lucro y granjería.

Diferéncianse en esto de cási todos los pueblos de Italia, que, á fuerza de ser visitados por viajeros de to dos los paises, han perdido su carácter peculiar, la normalidad de su vida, y aquel reposo y plácida monotonía de que gozan los pueblos apartados y solitarios.

No faltan á Norcia, ciudad antiquísima, recuerdos y memorias de pasadas grandezas, y sus habitantes saben de coro, no sólo las leyendas de fantásticos sucesos que rodean los días primeros de su fundación, mas también lo que no es fantástico sino real y verdadero, los nombres de linajes ilustres <sup>(1)</sup> que la ennoblecieron, y los de soldados valerosos, dignos de eterna fama. Hemos de citar á uno de entre muchos, á Sertorio, plebeyo de la ciudad, que logró lo que no consiguieron ni Sila ni Pompeyo, hacerse dueño de nuestra tierra, y captarse el amor de los españoles.

Bien hacen los nursinos en honrar la memo-



ria del esclarecido soldado que se elevó á tanta altura sobre sus contemporáneos. No hubo otro como él en su tiempo, ni más valeroso, ni de más nobles prendas, y tan amante de su pueblo y familia, que, cuando hubiera podido, como Anibal, pasar los Alpes y caer sobre Roma, prometió al Senado licenciar su ejército si le alzaba la proscripción. Su anhelo era el de volver á Nursia, su pueblo querido, y abrazar á su anciana madre, cuyo recuerdo no se borrara de su memoria, ni en el fragor de la pelea, ni entre los aplausos del triunfo.

Muchos años después de la trágica muerte de Sertorio, en el último tercio de la quinta centuria de la Era cristiana, vivía en Nursia una familia opulenta, y tan ilustre, que no había otra en el país que la aventajase.

Maravilla del arte eran los palacios <sup>(2)</sup> que poseía en la ciudad, y si ponía admiración lo vasto del terreno que ocupaban, y la solidez de sus muros, no causaba menos asombro la riqueza de sus salas y claustros, la portada del *atrium*, de mármol traído de las canteras tusculanas, las columnas de la puerta *in antis*, los toldos de ricas telas de Oriente, las antiguas pinturas, y los mosaicos, ánforas y toda suerte de caprichosos y espléndidos adornos, aportados de todas las comarcas á que habían llegado las águilas de Roma.

La venturosa familia, dueña de tan esplén-

didias moradas, componíase tan sólo de Anicio Euproprio y de su esposa Abundancia Riguardato, Señora de la ciudad y de la comarca.

Pertenecía Euproprio á la estirpe Anicia, de las más nobles y antiguas de Roma. En el afán de ponderar lo ilustre de este linaje llegan algunos autores antiguos á decir que trae su origen de Sergesto, compañero de Eneas. Estas exageraciones producen el efecto de que no se dé crédito á lo que es verdadero y auténtico. Sabido es ya de todos que al escribir Virgilio la Eneida, grandiosa epopeya que vivirá mientras los hombres amen la poesía, propúsose halagar el orgullo de los patricios romanos, dándoles por antepasados á dioses y héroes, á Eneas y sus compañeros.

No es menester inventar fábulas para enaltecer la antigüedad y nobleza de la familia Anicia. <sup>(3)</sup> Cuatrocientos años antes de Jesucristo, era Anicio Prenestino el patricio más rico de Roma, y su descendencia dió á la República cuarenta cónsules, y varios Césares al Imperio; pero algo hay en esta noble raza que la eleva más que todo lo dicho: el entusiasmo y denuedo con que abrazó la religión del Crucificado. No perdonó sacrificios de todo género, ni escatimó su sangre para hacer pública profesión de la fe. San Jerónimo y San Agustín <sup>(4)</sup> rinden alabanzas y elogios á esta familia, que dió más esposas á Cristo que cónsules á la República.

No eran indignos de esta raza Euproprio y Abundancia: al contrario, parecía como que habían reunido en sí las virtudes y altas prendas de todos sus ascendientes. A diferencia de estos, habíanse retirado de la corte de Roma, asustados sin duda de su corrupción y desorden, siendo de las contadas familias que lograron salvarse de aquel naufragio general en que perecieron el honor, la entereza, y cuanto de bueno tenía el patriciado romano.

Vivían en Nursia como grandes señores, pero como grandes señores cristianos, que miran sus riquezas y poderío como medios que les dá la Providencia para hacer bien y ayudar á los que carecen de bienes y de apoyo. No es para contado lo que hacían en beneficio de los débiles, de los menesterosos, y de los ancianos, porque su vida toda la empleaban en hacer la felicidad de sus súbditos, que miraban en Euproprio y Abundancia, no á tiranos y déspotas, sino á padres cuidadosos de su bienestar; de ahí que el pueblo les quisiera con delirio, y tomara parte en sus dichas y en sus penas como si fueran propias.

Reinaba en todo el mundo durante el año cuatrocientos ochenta<sup>(5)</sup> presentimiento ó expectación de algún suceso extraordinario. Hondos terremotos destruían poblaciones enteras; los muros de Constantinopla caen á impulsos de violento hura-

cán; los ríos rompen sus cauces y arrastran en el torbellino de su corriente árboles gigantescos, cabañas y palacios. Islas enteras se sumergen en lo profundo del mar, presa de borrascas y tempestades no oídas. Las gentes andaban como sobrecogidas de espanto, porque á los cataclismos de la tierra sucedíanse en el cielo fenómenos que herían su fantasía, llenándola de pavor: largos eclipses, nubes cárdenas y sofocantes, extraños resplandores, y astros que dejaban trás de sí luces temerosas y espantables.

En ese mismo año agitado y turbulento de cuatrocientos ochenta, sin que podamos señalar el día ni el mes, dió á luz Abundancia una hija y un hijo, con tanta dificultad y congoja, que, apenas hubo estampado sobre sus rostros un ósculo tiernísimo, entregó á Dios su alma.

La Señora de Nursia, la virtuosa y apacible matrona, murió después de haber cumplido un alto destino sobre la tierra, y dejando, como la hermosa Raquel, hijos de su dolor, que habían de honrar su casa y su nombre más que los honraran las hazañas de sus antepasados.

Euproprio puso al hijo varón por nombre Benedicto, que quiere decir *bendecido*, y que, andando los días, había de contraerse en Bendito ó Benito, que es como ha llegado á nosotros.

Fáltóle á Benito desde el primer instante el amoroso cuidado materno, y hubiera vivido co-

mo lirio criado á la sombra, si Euproprio no pusiera á su lado una mujer escepcional que hizo con el tierno niño veces de madre.

Era ella una pobre campesina llamada Cirila, honrada y hacendosa, que fué primero nodriza de Benito y luego no acertó á separarse de él: de tal manera le quería que no le hubiera querido más si fuera hijo suyo. Formó propósito de no dejar á Benito, y de dedicarle todos los afectos de su corazón, y toda su ternura y desvelo.

Y es que nuestro Santo comenzaba ya desde sus primeros días á ejercer influencia avasalladora sobre cuantos le rodeaban; lo mismo acontecía á su padre que estaba embelesado, no dándose cuenta de cómo un niño podía reunir cualidades y prendas que no llegan á alcanzar hombres maduros.

Siete años contaba tan sólo, y era el encanto de la ciudad, lo mismo de patricios que de plebeyos. Unía á una gran modestia y compostura tal afabilidad de trato y bondad que robaba los corazones..... ¿Qué querrá Dios de este niño? se decía su padre muchas veces,—habla de virtudes como hombre avezado en practicarlas; tiene inteligencia tan despierta cual si la hubiera cultivado en Academias y Liceos; no cabe imaginarse otro, ni más modoso, ni más obediente, ni más devoto; se mortifica como si adivinara las luchas de la vida, y no obstante, guarda el candor

y la simplicidad de sus años.—Estos juicios que hacía Euproprio de su hijo, lograron que le considerase como elegido para algo extraordinario, para cumplir, tal vez, una alta misión en el mundo, y haciendo violencia á su corazón, determinó enviarle á Roma, á que comenzara los estudios.

A la temprana edad de siete años fué á Roma Benito, seguido de numerosos criados y de la fiel y bondadosa Cirila. Ocupaba á la sazón la Silla Apostólica el Papa Félix II, deudo suyo, que se encargó de velar por él. Los personajes más ilustres y poderosos de la ciudad estaban ligados á la familia Anicia por alianzas ó parentesco, y Euproprio había tenido buen cuidado de recomendarles á aquel hijo suyo, de quien tanto esperaba, y cuya ausencia sentía tanto.

No deslumbraron á Benito las grandezas de Roma, ni los halagos de sus parientes, ni la seducción de tantas cosas nuevas y deleitables que no había visto en su apartado palacio de Nursia. Dedicóse al estudio con afán, é hizo adelantos notables en las letras; pero más que nada le atraía la soledad, el apartamiento y la oración.

En el oratorio de san Benito de Roma se guarda una imágen de la Virgen Santísima, delante de la cual pasaba las horas como olvidadas en oración ferviente; el corazón y la inteligencia de Benito se espantaban de la corrupción, del general

desenfreno de Roma, y buscaba apoyo en quien sabía que había de dársele, en la Virgen María. Al pié de su imágen derramaba no pocas lágrimas, y dirigía al cielo incesantes apremiadoras súplicas; al pié de su imágen formó, tal vez, la heroica resolución que no había de tardar en poner en práctica.

Apenas hubo puesto un pié en el mundo, el mundo le causó horror; adivinó sus peligros, vió cómo las gentes zozobraban y caían, y tuvo miedo de su suerte futura. Por otra parte, sentía impulsos vehementes, como fuerza misteriosa que le empujaba á dejarlo todo, á huir de Roma, á vivir solo con Dios, apartado de todo comercio humano; y un día, cuando solo contaba catorce años, sin comunicar á nadie su propósito, y seguido de su inseparable nodriza, Cirila, se aleja para siempre de Roma.

¿A dónde van estos dos seres débiles, el uno por la edad y el otro por sexo? No lo saben: á Benito le mueve impulso irresistible, á Cirila el amor que profesaba á Benito. Ninguno de los dos, como los héroes de la leyenda celta, vuelven atrás los ojos; andan y andan á la ventura, sin rumbo fijo, por extraviadas sendas, sin humano auxilio, entregados del todo á la providencia de Dios.

Al llegar á un pueblo de corto vecindario, llamado Efide, hicieron alto. Había en él una

iglesia dedicada al Apóstol San Pedro, con varias viviendas donde se albergaban gentes temerosas de Dios y dedicadas á su servicio; éstas buenas gentes dieron amorosa hospitalidad á Benito y á Cirila, pobres fugitivos de las pompas de la tierra. La modesta aldea, iba á ser la escena del primer milagro de Benito, y los habitantes de la iglesia de san Pedro testigos y admiradores.

Cierto día la hacendosa Cirila pidió prestado á una vecina un capisterio <sup>(6)</sup> (especie de canjilón de barro tosco) para limpiar trigo; al salir á la calle para otros quehaceres lo dejó sobre una mesa, y al volver lo encontró partido en dos pedazos. Suceso parece este de poca monta, y sin embargo no es para poderlo decir el llanto y la aflicción de Cirila. Deshecha en lágrimas, se fué á comunicar á Benito su desventura, y tales muestras dió de dolor penetrante y agudo, que el bondadoso jóven se conmovió también. Cogió en silencio los pedazos del capisterio, y se fué á una apartada estancia, y allá comenzó á orar con vehemencia y fervor extraordinarios. Al acabar su oración, el capisterio estaba entero, sin que apareciera rastro de la rotura. <sup>(7)</sup>

Nada como este milagro dá á entender la delicia con que Dios miraba á su siervo y cómo bendecía sus arriesgados pasos; nada tampoco retrata más al vivo el carácter y corazón de Benito. Austero, grave, capaz de los mayores sacri-



ficios y de las empresas más temerarias, se conmueve, no obstante, ante las lágrimas de una criada; penitente y despiadado para sí, es para los demás blando y compasivo.

Los piadosos moradores de la iglesia de San Pedro llevaron hasta el último rincón del pueblo la noticia del milagro del capisterio, y el pobre Benito se vió acosado por toda clase de gentes que le aclamaban y le llamaban santo.

Esta popularidad causóle honda congoja, temió que su virtud, ilesa de los peligros de Roma, pudiera estrellarse en los escollos de la vanagloria y del orgullo, y con aquella prontitud con que tomaba resoluciones extremas, resolvió huir de Efide, como poco antes había huido de Roma. No alcanzarán á Benito la tentación ni los peligros, que él los deja atrás, y corre más de prisa.

En las calladas horas de la noche abandona el pueblo de Efide, y á la fiel y cariñosa Cirila; harto le cuesta, porque la amaba con ternura; pero va decidido á seguir los caminos que Dios le señala, sin que nadie le pare ni detenga.



## NOTAS.

(Nota de la introducción (\*)) Bulteau: *Histoire des Moines d' Orient*. Conde de Montalembert: *Les Moines d' Occident*. César Cantú: *Historia Universal*.

(1) La *gens flavia* á que perteneció Vespasiano y otros prepotentes patricios.—Suetonio: *In Vespasiano*.

(2) «Finalmente de cuanta dignidad hayan sido los padres de San Benito lo certifican las ruinas de sus palacios, y una casa pequeña que está sita cabe los muros de la ciudad de Nursia; ésta se conserva de los tiempos pasados». Adrevaldo: *De Miraculis Sancti Benedicti*.

Las Casas de esta familia estaban labradas con tanto primor que para encarecer Secundino el galano estilo de San Agustín le escribe «Te confieso que las Casas Anicias no estaban labradas con tanta diligencia é industria como tus escritos con elocuencia y arte.» La carta de Secundino se halla en el tomo 6.º de las obras de San Agustín.

(3) *Familia toto orbe praedicata*. Casiodoro; *libr. 10, epist. 12*. La estirpe Anicia inspiró al poeta Claudiano los versos siguientes:

Quemcunque requires  
Hac de stirpe virum, certum est de consule nasci,  
Per fascces numerantur avi semperque renata  
Nobilitate virent, et prolem fata sequuntur,  
Continuum simili servantia lege tenorem;  
Nec quisquam procerum tentas, licet ære vetusto  
Floreat, et claro cingatur Roma Senatu  
Se jactare parem, sed prima sede relictâ  
Aucheniiis, de jure licet certare secundo.  
Paneg. de Prob, et olybr. Consul.

(4) San Jerónimo en su *epístola* 8.<sup>a</sup> y San Agustín en el tratado *De Viduitate ad Juliam* prodigan elogios y alabanzas á una joven religiosa nacida de esta raza, llamada Demetriada.

Después de haber sido conquistada Roma por los Godos, se refugió Demetriada en Africa con su madre Juliana, y su abuela Proba; quiso ésta casarla con un opulento Patrio Romano, expatriado como ellas, pero Demetriada, cuando tuvo conocimiento de los proyectos de su abuela, inspirándose en el recuerdo de Santa Inés, arrojó sus galas, y vestida de grosera túnica, se echó á los piés de su abuela, deshecha en llanto, protestando de que no quería otro esposo que Jesucristo.

(5) «Hubo un terremoto grande, y temeroso, mayor que todos los pasados en grandeza y duración de tiempo; duró por espacio de seis meses continuos, y no con intervalos, sino casi perpétuamente y en todo el mundo. Fué mas notable en Constantinopla donde todas las torres vinieron al suelo; el muro de la ciudad, y otros ménos fuertes se rompieron del todo y cuantos edificios había se caían en tierra. En Alejandría sucedió casi lo mismo, y en Antioquía otro tanto. No solamente en la tierra sino en el mar sucedieron desgracias, inundaciones, y daños espantosos. En partes eran sorbidos algunos pueblos enteros; en otras subitamente se secan las fuentes y ríos caudalosos; en otras nacían arroyos y salían avenidas de aguas, donde jamás se habían visto; en otras se arrancan los árboles con sus raíces; en otras se juntan á deshora los montones de tierra que parecían montes fuertes y antiguos. El mar salía de madre en muchas partes, y cuando se volvía á encoger, dejaba peces en la arena de monstruosa grandeza. Algunas islas se anegaron con toda la gente que moraba en ellas. Navíos que andaban en el agua se quedaron en tierra cuando la mar se encogía.» Nicephoro: *libr.* 14, *cap* 46.

Aniano Marcelino en su *Chronica*, refiriéndose al año 480, da cuenta de otros cataclismos y sucesos extraordinarios.

(6) «Son estos Capisterios (que hasta el día de hoy se usan y llaman así) del tamaño de un cribo pequeño, ó plato grande, llanos, cerrados, sin agujeros, con borde alrededor, de dos dedos en alto, para que el viento lleve el polvo y la paja, y después repasan grano á grano lo que quieren limpiar. Son de madera los de ahora, pero créese que los de entonces eran de barro.» El Padre Maestro Fray Ansonio Yepes: *Crónica general de San Benito; Vida de San Benito, cap. IV.*

«El Capisterio compuesto milagrosamente estuvo colgado sobre la puerta de la iglesia de San Pedro hasta las guerras de los Longobardos, en testimonio de la gran santidad de San Benito.» El citado Yepes.

(7) San Gregorio; *Diálogos.*





## CAPÍTULO II.

**Subiaco.—El monje Román.—Vida eremítica de San Benito en el desierto de Subiaco.—Es descubierto por un sacerdote y luego por unos pastores.—La tentación.—Los rosales de San Francisco.—Los monjes de Vico Varo.—Eligen por Abad á San Benito, y tratan de envenenarle.**



A diez y seis leguas al Este de Roma, se levanta un grupo de montañas desprendidas de la cordillera de los Apenninos, en las cuales labra el Anio profundo desfiladero que separa la Sabina del antiguo dominio de los Hérnicos. Siguiendo la orilla del río hácia su nacimiento, encuéntrase un manantial que, ensanchándose entre dos peñascos y enormes muros, envía sus frescas y

límpidas aguas á caer, formando espumante cascada, á un paraje llamado Subiaco.

Cautivado Nerón de lo agreste y severo del lugar, mandó retener con diques las aguas del Anio, y construir, junto á los lagos artificiales que con ellos resultaron, una quinta deliciosa, llamada por su situación *Sublacum*, de la cual existen aún ruinas informes.

El César moraba en ella con frecuencia; no iba allá ciertamente á buscar calma y reposo, sino á continuar con más holgura las orgías de Roma, y á fraguar nuevos atropellos y crímenes. Cierta día, en medio de ruidoso festín, un rayo le arrancó de las manos la copa que iba á llevar á los labios<sup>(1)</sup>; parecióle este suceso presagio de próxima desventura, y su alma, negra como la noche, se llenó de terror.

Cuatro siglos después, cuando la calma y el silencio hubieron reemplazado á las criminales algazaras de Nerón, Benito, huyendo de Efide, rodea el río Anio, y penetrando por desiertos desfiladeros, comenzó á trepar por aquellos montes fragosos y casi inaccesibles.

Por casualidad, ó mas bién por industria de la divina Providencia, hallábase á la sazón por aquellos vericuetos el monje Román, hombre temeroso de Dios. Pertenecía Román á una comunidad de monjes cuyo monasterio se levantaba no léjos de Subiaco, y andaba en hondas

contemplaciones y más que nunca encendido en ansias de amor de Dios, cuando levantando la vista, distinguió al animoso Benito, subiendo la montaña.

Causóle profunda extrañeza ver á aquel muchacho<sup>(2)</sup>, ataviado con ricos vestidos, caminar solo por aquellos agrestes parajes, y acercándose á él, le dijo: «¿A dónde vas, pobre joven?»—Vengo al yermo, á crucificar mi cuerpo y salvar mi alma—respondió Benito.

Misteriosa corriente de simpatía se estableció entre el corazón del monje y el corazón de Benito; los dos se conocieron, ó más bién se adivinaron; el santo reconoció al santo, y cuando la prudencia humana aconsejaba á Román despedir al que parecía joven inesperto y aventurero, le dijo, impulsado sin duda por inspiración de lo alto, «Paréceme que dices verdad y que Dios te guía; espera aquí,» y se echó á andar por la montaña pecho arriba. <sup>(3)</sup>

Benito quedó como prendado del monje, que no tardó en volver, trayendo en sus manos un hábito monástico hecho de groseras pieles. «Toma—le dijo—viste el hábito de la penitencia, y arroja los mundanales atavíos» Benito besó aquel hábito con júbilo indecible, y no le cambiara por la púrpura de sus antepasados.

El anciano y el adolescente anduvieron algún trecho juntos, deshaciéndose en loores y alaban-

zas á Dios bondadoso, que los había llamado á servirle tan de cerca. Hubieron por fin de separarse.

Román se encaminó á su monasterio, y Benito continuó la subida hasta llegar á la mitad de la cortada peña, que domina y se adelanta sobre la rápida corriente del Anio: allá vió una cueva<sup>(4)</sup> estrecha y sombría, morada quizás de fiera terrible, donde jamás hubo penetrado un rayo de sol. Parecióle á propósito para sus intentos, y se estableció en ella. No cabe nada más tétrico, sombrío y pavoroso que esta agreste vivienda; siete palmos no más tiene de largo y cuatro de ancho, el suelo es áspero y la techumbre baja y desigual.

Pocas cosas, y harto pobres, llevó Benito del mundo á su nueva morada; una cruz de latón de un palmo de largura con un crucifijo de bulto en medio, y cuatro medallas incrustadas en los cuatro lados, representando respectivamente el Salvador, la Virgen, San Juan Bautista y san Antonio Abad; un cilicio de áspera crin, y una imagen de Nuestra Señora. Esta imagen, bellísima por cierto, parece que Bonifacio IV se la regaló á Sisebuto, y fué luego á parar á la iglesia de Villafranca en la provincia de Burgos.<sup>(5)</sup>

Contaba para su sustento con las yerbas y raíces del monte y con la caridad del monje Román, que de vez en cuando le enviaba parte de



su mezquita ración; para hacerla llegar á sus manos, descolgaba desde lo alto de la elevada roca que domina la cueva una cuerda, y pendientes de ella una cesta y una campanilla, cuyo sonido anunciaba al anacoreta la llegada de los pobres manjares.<sup>(6)</sup>

Al llegar á esta parte de nuestro relato, ocurre al instante la idea de cuál fuera la Regla que abrazó Benito al dar los primeros pasos en la vida del yermo. Algunos autores antiguos para averiguarlo diéronse á indagar la que profesaba Román, porque entendían, que habiendo éste dado el hábito á aquel debió á la vez sujetarle á su instituto.

Cual sucede con Homero, que siete ciudades se disputan la gloria de haberle dado á luz, muchas Religiones se atribuyen la de haber tenido alistado en sus banderas al monje Román, para contar, como consecuencia, á Benito entre sus hijos preclaros.

Paréceme que nada resuelve mejor esta disputa que lo que dice san Gregorio en sus Diálogos, refiriéndose á San Benito. «El varón de Dios se recogió en una estrecha cueva, en la cual estuvo tres años, sin ser conocido de persona alguna, si no es de Román monje, el cual vivía en un monasterio debajo de la Regla del padre Teodato, pero con piedad hurtaba algunas horas á su Abad, y si de su comida podía cercenar alguna

cosa, escondidamente, en algunos días señalados, se la llevaba á San Benito.»

De las palabras de San Gregorio se colige que Román no guardaba otra Regla que la de su Abad, el piadoso Teodato; y esto no ha de causar extrañeza, si se tiene en cuenta, que por entonces, existían muchos monasterios que no tenían Regla fija, sino que se regían por antiguos usos, tradiciones aportadas de Oriente, ó por los preceptos que les daba su Abad, como sucedía en este caso.

Mas, aún dando por valedera la opinión de que Román profesara la Regla de San Basilio ó de San Agustín, está fuera de duda que Benito no profesó Regla ninguna. El texto de San Gregorio lo dice con harta claridad; tres años vivió en apartada cueva sin roce ni comunicación con nadie si no es con el monje Román. Al Abad Teodato ni le prestó obediencia, ni tuvo tratos con él ¿Cómo había de ser cenobita de un monasterio quien nunca estuvo en él? ¿Ni cómo había de formar parte de una comunidad á cuyos individuos desconocía en absoluto? San Benito fué anacoreta, habitante del yermo, y nada más.

Vocación señaladísima es menester para este arriesgado modo de vivir, gracia abundante de lo alto, y cooperación personal vigorosa y constante. Ninguna de estas circunstancias faltaron á Benito en los tres años que moró en el desierto,

apartado de la comunicación con las gentes; al contrario, la gracia de Dios caía sobre él como lluvia copiosa, y él devolvía á Dios amor vivísimo, mortificación constante, anhelos de su gloria, oración encendida con todas sus facultades y afectos.

Tres años de paz venturosa y de vida angélica fueron los que pasó Benito en el yermo, libre de ruidos mundanales. Seguía su vocación sin vacilaciones ni desmayos, y, como el ave en el espacio, vivía en su centro.

Cada día que pasaba hacíaase más mortificado; no bastaban ya á sus ansias de sufrir por Dios, la oscura cueva y el duro cilicio de retorcida crin, sino que buscaba nuevas industrias y trazas para aniquilar la vil envoltura de su alma. Cada día que pasaba hacíaase á la vez más sencillo. Sin tratos con el mundo, ignoraba lo que era doblez y fingimiento, y su ánimo candoroso se esparcía en los gozes apacibles de la naturaleza; amigos suyos eran los árboles del monte, las aguas puras de los lagos, donde las estrellas reflejaban blancos resplandores, las aves que cruzaban el aire, y hasta las fieras que se tornaban mansas y halagadoras en presencia del servidor de Dios.

¡Hermoso vivir era el de Benito en la soledad! Todo cuanto le rodeaba producíale encanto y deleite, porque todo era sencillo y puro como su alma. Las nieves con que el invierno cubría

los riscos de la montaña, y las flores que en la hondonada hacía brotar la primavera; el ruido del agua al romperse entre las guijas del río; el concierto de raras armonías del sereno amanecer, y los ocasos encendidos del sol al alejarse para dar lugar á la oscuridad de la noche, parecíanle voces puras que, unidas á la suya, alababan á Dios.

Bién hubiera querido Benito vivir en la soledad los días de su vida, ansiando sempiternas venturas, y apercibiéndose, fuera de todo comercio humano, para su hora postrera; mas Dios tenía dispuesto que la luz que brillaba solitaria en Subiaco extendiera sus rayos por el mundo.

Vivía á una legua de la cueva de Subiaco un sacerdote siervo de Dios, y guardador celoso de su ley. Con gran parquedad, y casi en perpétuo ayuno, había pasado la semana que conmemora los tremendos misterios de la pasión y muerte del Salvador, y al llegar el día de Pascua de Resurrección quiso celebrarla comprando algunos manjares más esquisitos que los que usaba de ordinario. Andaba en preparativos de la comida extraordinaria, cuando sintió interna congoja, y como una voz que murmuraba en su oído: ¿Cómo quieres tú regalarte cuando cerca de aquí vive un siervo mío, que no tiene á estas horas que comer?

El virtuoso sacerdote cogió una cesta con las

provisiones dispuestas para él, y se echó á andar sin saber á donde; mas sin estraviarse un punto del camino, llegó á la austera cueva de Benito. El párroco y el anacoreta se conocieron sin haberse visto nunca, y Benito sintió por vez primera, después de tres años, una voz humana resonar en su oído.

No hay nada más tierno y edificante que la conversación de dos santos. El ánimo se deleita, y los ojos rompen en tierno llanto cuando se trae á la memoria la entrevista de San Antonio Abad y San Pablo el primer ermitaño, en los arenales de Egipto, y cuando se recuerdan sus palabras, llenas de candor y sencillez, y la frugal comida llevada por el cuervo, mensajero de Dios.

Como los santos de la Tebaida, el piadoso sacerdote y Benito se regalaron en la presencia del Señor; en la orilla del lago colocaron los manjares de Pascua; pero antes de comer, entonaron dulce y pausada salmodía, cuyos ecos repercutían en las rocas y hondonadas de la montaña. En fervorosas pláticas de cosas celestiales pasaron la tarde, y al caer del sol partió el sacerdote para suparroquia, contando á cuantos hallaba al paso que en la cueva de Subiaco había un solitario, hombre maravilloso, que parecía un ángel.

Otro día, unos pastores, <sup>(7)</sup> que tenían sus majadas en las orillas del Anio, vieron á Benito

medio oculto á la sombra de corpulentos árboles; tomaronle por fiera dañina, y quisieron huir; mas el Santo les llamó con dulzura y trató de inculcar en su rudo entendimiento las verdades de la Religión.

Los pastores tornaron á sus viviendas, ponderando la santidad de Benito, y no hubo una cabaña en el monte donde no se supiera que en las alturas sucedían cosas maravillosas; que un hombre vestido de pieles ásperas y rotas, con el pelo crespo y enredado cayéndole por la espalda, llevaba vida angélica y milagrosa.

No fué menester más para que la soledad del joven anacoreta se viera turbada por incesante ir y venir de fieles de las cercanías. Las nuevas prodigiosas pregonadas por el sacerdote y los pastores corrieron hasta el último rincón, y no hubo nadie que no quisiera ver por sus ojos al solitario. Acudían las gentes en tropel, y le confiaban sus cuitas y pesares; pedíanle con instancia consejos para mejor alcanzar la gloria del Cielo, que él les pintaba entusiasmado, y allá quedaran días enteros absortas y pendientes de sus labios.

Sin duda, para que el entusiasmo popular no deslumbrara á Benito, y le hiciera caer en vanagloria, el Señor permitió que fuera tentado con tentación terrible.

El cebo de goces sensuales <sup>(6)</sup> turba su espíritu; el recuerdo de una mujer que viera en Roma

le persigue incesantemente; impulsos terribles le acometen de correr tras de ella, abandonando la cueva; á punto está de caer, y los ángeles del Cielo de taparse los ojos con las alas, cuando Dios, que miraba con amor la lucha valerosa de su siervo, le envía un torrente de gracia.

El esforzado y piadoso Benito arranca de su cuerpo las pieles que le servían de vestido, y desnudo, se arroja sobre unas zarzas que crecían junto á la gruta, revolcándose por ellas hasta quedar su cuerpo hecho una llaga.

«Siete siglos más tarde—dice Montalembert<sup>(9)</sup>—otro Santo, padre de la más dilatada familia religiosa que la Iglesia ha procreado después de la de San Benito, San Francisco de Asís, visitó aquel lugar agreste, digno de competir con la áspera roca de Toscana, donde le fueron á él impresas las llagas de la Pasión; y arrodillado junto á las zarzas que sirvieron de lecho triunfal á la varonil virtud del Patriarca de los monjes, regó con abundoso llanto la tierra de aquel glorioso campo de batalla, y plantó dos rosales.

«Los rosales de San Francisco crecieron, y han sobrevivido á las zarzas benedictinas.<sup>(10)</sup> El jardín, dos veces santificado, ocupa una especie de meseta triangular abierta en la peña, delante y un poco más abajo de la cueva de Benito; la vista detenida en todas direcciones por los muros que forman las rocas, sólo puede vagar en liber-

tad por el azulado cielo. Es este el último de los sitios sagrados que se visitan y veneran en el célebre monasterio de la Santa Cueva, conjunto de santuarios sobrepuestos unos á otros, levantados en el monte que Benito hizo célebre para siempre.»

A lo que se cuenta, San Francisco fué devoto entusiasta de San Benito y de su Orden, en cuyos monasterios comenzó á adornar su alma de virtudes, antes de ser, como fué luego, modelo y dechado de todas ellas. <sup>(11)</sup> Estrechos lazos de amor y gratitud, nunca rotos, unen á los hijos de San Benito con los de San Francisco, y éstos no olvidan que cuando el encendido serafín de Asís andaba desvalido y menospreciado de las gentes, recibió ayuda valiosa del Orden Benedictino. La ermita de Santa María de los Angeles, la *Porciúncula* amada de San Francisco, pertenecía á los monjes benedictinos de Subiaco, y se la dieron de limosna, en prueba de la estima que hacían de su apostolado. En reconocimiento de la propiedad y dominio que los benedictinos tenían sobre ella, todos los años les presentaban los franciscanos un canastillo de peces, cogidos en el riachuelo que corre al pié de la ermita. <sup>(12)</sup>

Después de la tentación vencida con tanto desnudo por Benito, nada sabemos de los sucesos de su vida en lo menos trece años. San Gregorio, su primer historiador, deja en su relato



esta inmensa laguna que no han podido llenar los que después han tratado de cosas del Santo Patriarca. <sup>(13)</sup> Es de suponer que multitud de fieles, ganosos de imitarle, se agruparan en rededor suyo, para llevar vida eremítica y penitente.

Treinta años de edad contaba nuestro Santo cuando sucedió lo que vamos á decir.

Entre Subiaco y Tívoli, cerca de Vico Varo, había un monasterio <sup>(14)</sup> cuyos monjes eran poco guardadores de su Regla. Habíaseles muerto el Abad, y no acertaban á ponerse de acuerdo para nombrarle sucesor. Uno de ellos tuvo la idea de proponer al joven solitario de los lagos de Nerón para la alta dignidad abacial, y los demás, casi sin tiempo de pensarlo, gritaron á una voz: «Benito ha de ser nuestro Abad.» Una comisión de monjes fué á poner en conocimiento de Benito la decisión de la Comunidad.

Mucho costó al sencillo anacoreta aceptar el espinoso y sobre manera difícil cargo que se le ofrecía; mas los monjes instaban tanto, pintándole el desórden y relajación en que vivían, y la confianza que abrigaban de que Dios le había elegido para volverlos á la observancia, que tuvo por fin que acceder mal de su grado.

Medio en triunfo llevaron á Benito al monasterio, colocaron en sus manos el báculo abacial, y uno á uno todos los monjes desfilaron delante de él, prestándole homenaje y obediencia.

Buena intención tenían los monjes de Vico Varo al elegir por Abad á un hombre de tan alta virtud como Benito; sin duda la de enmendar sus yerros, la de volver el monasterio á la observancia, y si hubieran perseverado en su buen deseo, la paz, el orden y la caridad hubieran reinado entre ellos; mas bien pronto se dejaron llevar de sus antojos, volvieron á sus antiguos malos hábitos, y la austeridad y observancia del joven Abad causóles indignación y enojo.

San Benito empleó con los monjes dulzura y bondad para traerlos á buen vivir; mas viendo que nada conseguía, usó de rigor y de castigos. Los monjes se irritaron, sus pasiones sueltas y sin freno lleváronles hasta el último extremo del furor y de la ira. La maldad entró en sus corazones hasta el fondo, y su insensatez llegó á punto de querer quitar la vida al Santo.

Era costumbre, por entonces, en los monasterios, que aún se observa en los de San Benito, que el Abad bendijera el agua que había de beber la Comunidad. Cierta día, los monjes de Vico Varo echaron veneno en la vasija que contenía el agua que había de bendecir Benito; mas al hacer éste la señal de la cruz, la vasija se rompió en mil pedazos, cual si hubiera arrojado sobre ella una piedra.

El Santo había adivinado la siniestra intención de los monjes, y mirándoles con más piedad

que enojo, les dijo estas palabras, que lo fueron de eterna despedida: «Hermanos, Nuestro Señor haya misericordia de vosotros, que yo de mi parte os lo perdono. Decidme, ¿por qué determinasteis hacer una cosa como ésta? Quedaos á la paz de Dios, y escoged Abad conforme á vuestro gusto, que yo no puedo serlo.»

Al acabar de decir estas palabras, se alejó del monasterio con el corazón hondamente dolorido al considerar la negra ingratitud de los monjes, y el estado lastimoso de sus almas. Por sacarles del abismo á que les había llevado su desorden hubiera dado con gusto su vida; pero comprendió que el mal había ido demasiado lejos, y consumiría en vano sus fuerzas en aquel campo árido y estéril.

De nuevo volvió á su cueva, á su yermo querido, con más anhelo que nunca de vida contemplativa y solitaria; pero precisamente cuando él quería vivir ignorado de todos, era cuando Dios tenía dispuesto que fuera más conocido que nunca, y que comenzara á desarrollar la alta misión que le había señalado.

Apenas se supo que Benito había vuelto á su primera vivienda, cuando se vió rodeado de número tal de discípulos, que para darles asilo hubo de fundar en las inmediaciones de su retiro doce monasterios,<sup>(15)</sup> sirviendo cada uno de morada á doce monjes. A sesenta pasos de su cueva, junto

al mayor de los lagos, construyó uno que se llamó de Columbaria en el cual residía él habitualmente. Siguiendo río arriba, en el enorme peñasco que corona el monte, edificó otro dedicado á San Cosme y San Damián, <sup>(16)</sup> y los otros diez en diversas partes de la montaña, á muy corta distancia unos de otros. A todos estos monasterios dió leyes y preceptos que sirvieron como de fundamento á la Regla admirable que escribió después.



## NOTAS.

(1) Tácito: *Anales*, 1, XIV, c. 22.

(2) El Cardenal Baronio sostiene que San Benito debió de ir al yermo cuando contaba diez y ocho ó veinte años porque, á su entender, eran muy pocos catorce para determinarse á seguir vida tan agria y penitente; duda además de que el monje Román se hubiera hecho cómplice del temerario empeño de un muchacho. Los autores de la Orden afirman que San Benito tenía catorce años al instalarse en la cueva de Subiaco, y citan á San Juan Bautista y á los Santos Mauro y Plácido que se fueron al desierto más jóvenes que Benito.

(3) En el lugar en que se vieron por vez primera Benito y Román, se construyó una capilla dedicada á la Santa Cruz; aún existe entre los monasterios de Santa Escolástica y de la Santa Cueva.

(4) Cuenta San Gregorio en sus *Diálogos* que en su tiempo perdió una pobre mujer el juicio, y andaba errante de un lugar á otro sin pararse hasta que la rendía el cansancio, y que recobró la razón en cuanto entró, sin darse cuenta de lo que hacía, en la Santa Cueva.

«En el año mil quinientos ochenta y nueve, comenzó la Sagrada Cueva á sudar unas gotas de color de perlas que los religiosos de Subiaco llaman el Maná (que otras veces ha sucedido otro tanto,) y sudó en tres tiempos y cada vez tres días, y dejaba de sudar otros diez entre medias. El día de hoy se conserva aquel licor, guardado en el relicario de la Sacristía en una redoma. Tienen ya experiencia de que semejante milagro suele ser pronóstico de malos sucesos y desastres públicos, y así lo interpretaron aquellos Padres

monjes que por tres veces que había sudado la cueva sucedieron tres grandes males, y se vieron pronto cumplidos, pues luego murieron cuatro Papas en brevísimo tiempo, hubo tres años de hambre general en aquella tierra, y comenzaron con rompimiento los tumultos de Francia». El Padre Antonio Yepes: *Crónica General de San Benito*.

Petrarca, que visitó la Santa Cueva, dice de ella «*Illud immane et devotum specus, quod qui viderunt vidisse quodammodo Paradisi limen Credunt*». *De Vita Solit. lib. II. c. 9.*

(5) Padre Argait.

Los Padres Iliberitanos, San Gregorio y el Concilio Niceno hablan de que en sus tiempos respectivos habia pinturas de la Virgen y no esculturas. Lo de que exista en el pueblo de Villafranca no lo hemos podido comprobar.

(6) La campanilla, la cruz de latón y el cilicio, se guardan en el relicario del monasterio de San Benito de Subiaco.

(7) San Gregorio: *Diálogos*.

(8) San Gregorio: *ibid.*

(9) *Les Moines d' Occident*.

(10) «El Patriarca San Francisco de Asís visitó la cueva de san Benito en Subiaco el año 1224, y deseando honrar la mortificación de San Benito hizo dos ingertos de rosal en la zarza donde siete siglos antes se había revolcado para vencer una tentación. La zarza fué transformada en rosal y aún hoy día produce bellísimas rosas, en cuyas hojas secas se ve impresa una sierpecilla. Los PP. Benedictinos de aquel monasterio recogen con mucho cuidado aquellas flores que hacen disecar, y reducidas á polvo, lo distribuyen á los devotos, que lo usan en sus enfermedades, obteniendo en muchos casos la salud. En memoria de la visita que en aquel santuario hizo el Patriarca San Francisco, se ve en

el lienzo de pared que dá frente al rosál, una antigua pintura que representa al Santo de Asís en el acto de ingerlar la zarza prodigiosa. P. Ramiro Rodamilans, monje de Monserrat, en una nota de las *Florecltas de San Benito*.

(11) «En los monasterios de San Benito aprendió Francisco la virtud, y en ellos prendió la semilla del amor recíproco que une á los hijos de Benito con los de Francisco» *Revista Franciscana. Año XVII. Número 204*.

(12) «Esta forma de feudo fué adoptada por varios conventos, entre otros el de San Francisco de Compostela, que pagaba la misma renta, por concesión de territorio, al Abad de San Payo» Emilia Pardo Bazán: *San Francisco de Asís*.

(13) San Gregorio Magno consagra el libro segundo de sus *Diálogos* á contar la vida de San Benito, según los datos recogidos de boca de sus discípulos, Constantino, Honorato, Valentiniano y Simplicio; pero no refiere todos sus milagros y sucesos, ni tampoco las cosas como iban sucediendo, sino como á él le iban más al caso para probar lo que pretendía.

(14) En el siglo XVI se veían aún ruinas del monasterio.

(15) Si alguno desea saber más noticias de estos monasterios las hallará en el libro, *Memorie Storiche della S. Grotta di S. Benedetto sopra Subiaco* escrito por el Abad Bini en el año de 1840; en unos artículos publicados por M. L'abbé Barbieri de Montanet en los *Anales Arqueológicos de Didrón, T. XVIII y XIX*. 1859; y en un tomo, in folio titulado *Immagine del Sacro Speco*, publicado en Roma por autor anónimo, en el año 1855.


(16) Este monasterio existe aún con el nombre de Santa Escolástica.





### CAPÍTULO III.

**Los monjes patricios Mauro y Plácido.—Cinco gracias concedidas por Dios á San Benito.—El sacerdote Florencio.—El pan envenenado.—Florencio trata de pervertir á los monjes.—San Benito se va de Subiaco.—Muerte desastrosa de Florencio.—El Monte Casino.—La idolatría en la montaña.—El eremita Martino.—San Benito edifica el monasterio.—Contrariedades.—Dones y gracias del Santo.—Varios milagros.**

LÉRIGOS y seglares, romanos y bárbaros, vencedores y vencidos acudían á Benito, atraídos por el renombre y fama de sus virtudes y milagros, y mientras Teodorico, acaudillando á los godos, destruía la monarquía de los Hérulos, se apoderaba de Roma, y dominaba á Italia, otros godos buscaban vida del espíritu y paz en el alma, sujetándose á las leyes de Benito; <sup>(1)</sup> á la



voz del Santo empuñaban el dalle y la segur, y empleaban sus robustas fuerzas en arrancar malezas ó desmotar la tierra, que desde los tiempos de Nerón había quedado yerma y baldía.

Los pintores de los buenos siglos del arte representan de mil maneras á Benito, devolviendo á un godo, lego de Subiaco, el hacha que había dejado caer en el fondo del lago, de donde la sacó milagrosamente el Abad: «Toma»—dice al obreiro bárbaro—«toma, trabaja y alégrate» Palabras simbólicas que parecen como el resumen de los mandatos y ejemplos prodigados por los monjes á cien generaciones de razas conquistadoras.

Al lado de los bárbaros, ocupados en devolver al cultivo la tierra de Italia que otros de su raza devastaban aún, veíanse muchos jóvenes de la nobleza romana confiados por sus padres á Benito para que los educara santamente. Dos de entre esos jóvenes patricios se hicieron célebres en los fastos benedictinos: Mauro y Plácido.

Una mañana, cerca del Mediodía, hallábase el Santo Abad á la puerta del Monasterio de Columbaria, cuando distinguió numeroso grupo de viajeros que se acercaban á las orillas del lago; formábanle ilustres personajes de Roma: Boecio Severino, compañero en su niñez de San Benito, Símaco, varón consular y suegro de Boecio, Equicio, de la extirpe Anicia, Tertulo, Señor y dueño del territorio de Subiaco, y varios senadores.

Entre la grave caravana andaban bulliciosos y alegres dos niños de apuesta y bellísima figura, de mirar candoroso y sereno, que revelaban precocidad y como algo que los distinguía de otros niños. Eran Mauro y Plácido, de doce y siete años respectivamente, que al divisar á Benito, se echaron á correr, y se hincaron de rodillas en su presencia con humildad y modestia encantadoras. El Santo Abad levantó su mano derecha, y amorosa y paternal bendición cayó sobre las cabezas infantiles.

Equicio, padre de Mauro, y Tertulo de Plácido <sup>(2)</sup> entregaron á Benito sus hijos «para que hiciera de ellos dos santos.» Los graves y prepotentes varones, gloriosos restos del patriciado romano, que habían ido desde Roma á Subiaco, para acompañarles, no sabían que admirar más, si la santidad de Benito, la noble abnegación de Equicio y Tertulo, ó el infantil alborozo de Mauro y Plácido al trocar sus vestidos por la burda cogulla monástica.

Lo que habían de ser estos niños el Santo lo presintió desde luego; como celeste aparición cruzaron los espacios de la vida sin tocar el polvo de la tierra; inmaculada vida, y muerte dichosísima fueron las suyas. Benito los amaba mucho, y puso particular esmero en inculcar en sus almas las más altas virtudes. A pesar de su tierna edad y distinguida alcurnia, los ocupaba en los

oficios más bajos del monasterio. Un día mandó á Plácido por agua al pozo de Nerón, y acontecióle que, vencido por el peso de la cuba, cayó en el lago. Bossuet <sup>(3)</sup> se expresa así acerca de este suceso, en el panegírico que, después de doce siglos, pronunció ante los hijos del fundador de Subiaco. «San Benito—dice el elocuente prelado—ordena á Mauro su fiel discípulo que corra á salvar al mancebo.....Mauro no vacila, y lleno de confianza en la orden que había recibido, camina sobre las aguas, como por tierra firme, y arranca á Plácido del remolino donde iba á sepultarse.»

Fueron Mauro y Plácido compañeros inseparables de San Benito, é imitadores suyos. Nunca, ni una vez, se desviaron del camino de áspera penitencia y austeridad que les señaló su maestro.

En muchas pinturas del Santo se le vé rodeado de los dos niños; uno le sostiene el báculo abacial y el otro le lleva el breviario; el Santo aparece de más que mediana talla, vestido de negra túnica, la capucha echada por la cabeza, cubriéndole la mitad de la frente, y sus ojos, que revelan firmeza y serenidad, se fijan con embeleso en las dos cándidas criaturas. <sup>(4)</sup>

Plácido fué enviado á Sicilia en el año de quinientos treinta y cuatro <sup>(5)</sup> y fundó en Mesina el primer monasterio benedictino que se constru-

yó fuera de la península italiana. El, treinta monjes, dos de sus hermanos y su hermana Flavia, fueron degollados por una horda de gentiles que habían ido á saquear las costas de la isla.

Un año antes de su muerte, en el de quinientos cuarenta y dos, recibió San Benito á dos enviados de Inocencio, Obispo de Mans en las Galias, que le pidieron con instancias monjes que llevaran á la diócesis del santo prelado la Regla y el instituto nacientes. San Benito designó á Mauro y otros compañeros para esta misión importante.

<sup>(6)</sup> Dió á Mauro un ejemplar de la Regla escrito de su mano, y á cada uno de los cinco monjes la ración de pan y vino para un día.

Al frente de este puñado de misioneros desciende Mauro de Monte Casino; atraviesa la Italia y los Alpes, y á vuelta de fatigas y penalidades sin cuento, llega á las orillas del Loire. El sucesor del Obispo que le había mandado llamar, le rechaza, y se dirige á Anjou, donde el vizconde Floro le dá tierras para fundar un monasterio, y á un hijo suyo para engrosar el número de sus monjes.

El discípulo querido de San Benito gobernó durante cuarenta años la nueva colonia monacal, cada vez más numerosa y floreciente; dos años antes de su muerte se retira á apartada celda para prepararse en la soledad y el silencio á comparecer delante de Dios. En su hora postrera besa

con respeto profundo una carta que tiempo atrás recibiera de su maestro, y manda que le entierren con ella. <sup>(7)</sup>

Tales fueron Plácido y Mauro, monjes patrióticos, discípulos predilectos de San Benito, santos de gran talla y timbre, preciadísimos del Orden benedictino.

Pero volvamos á San Benito, que andaba ocupado en dirigir y gobernar á los ciento cuatro monjes distribuidos en los doce monasterios de la montaña. Otros muchos discípulos se le agregaron después, y á todos los llevaba por el camino de la penitencia; pero con tal suavidad y dulzura que la virtud haciáseles amable, y carga ligera la vida del claustro.

Para poder formar idea de la manera cabal y discreta con que el Patriarca de los monjes dirigía á los de Subiaco, nada más al caso que el siguiente párrafo de su Regla. «El ordenado en Abad piense continuamente en la pesadumbre de la carga que le imponen, y en que ha de dar cuenta de su administración, sabiendo que le eligieron más para aprovechar, que para presidir. *Conviene que sea docto en la ley de Dios, para que sepa de donde ha de sacar instrucciones nuevas y viejas.* Casto, parco y misericordioso, prefiriendo siempre la clemencia á la justicia para que se haga lo mismo con él. Aborrezca los vicios pero ame á los viciosos como hermanos, y

en el mismo acto de corregirlos obre con prudencia, evitando toda demasía, no sea que se quiebre el vaso por quererlo limpiar mucho. Jamás pierda de vista su propia flaqueza, ni se olvide de que no se ha de acabar de romper la caña quebrada.»

El que así escribió, quien tal pensaba ¿cómo había de dirigir á los suyos? Con mano maestra; por manera inimitable. Sus discípulos casi no habían menester de conocer sus órdenes para ejecutarlas; adivinábanlas en su semblante, y se adelantaban á su querer. Con suavidad y dulzura dábales graves enseñanzas, y sobre todo les predicaba con su ejemplo. No se le vió nunca flaquear en su árdua empresa, ni en la vida áspera y penitente que abrazó desde su infancia: aumentaba, por el contrario, sus rigores. El, antes que nadie, asistía al coro de la media noche; él marchaba el primero al frente de las cuadrillas de monjes que se dirigían á cultivar los campos, y ninguno le aventajaba en la maceración de su cuerpo, ni en el casi perpetuo ayuno, ni en la práctica de las más elevadas virtudes.

La fama de su santidad y la observancia de sus monjes se extendió muy luego por toda Italia, y llegó hasta el Papa Hormisdas, que le llamó á Roma, y le dió la iglesia de San Juan de Letran para que estableciera en ella monjes de los suyos. <sup>(8)</sup> A la vuelta de su corta excursión á

Roma recibió del Cielo merced señaladísima; la de cinco divinas promesas trasmitidas por un ángel.

«Tu orden—dijo el celestial mensajero—ha de perseverar hasta el fin del mundo.

Será entonces la defensa y columna de la Iglesia, sirviéndola con gran fidelidad, y confortando á muchos en la fé.

No morirá alguno de tus hijos que no sea en estado de gracia, y si en tu Orden comenzase á vivir mal el monje, y no se arrepintiere ni reformase las costumbres, será confundido, le echarán de la Orden, ó se saldrá de ella.

Los que á tu Religión persiguiesen, si no se enmendaren, tendrán corta vida y mala muerte.

Los que la amasen, la tendrán buena, y serán llenos de bendiciones.» <sup>(9)</sup>

Aconteció á San Benito lo que ordinariamente sucede á los grandes hombres y á los santos: la envidia se cebó en él. Tenía su parroquia frente al primer monasterio, á la otra parte del río, un sacerdote llamado Florencio. Su nombre lo ha trasmitido la historia como el de Judas, como el de muchos y señalados malhechores. Deseaba Florencio llevar fama de virtuoso y santo, por más que su conducta fuera detestable é indigna, y se le antojaba que nadie había de repararen él mientras viviera Benito por aquellos contornos.

Trató primero de desacreditarle, inventando necias calumnias, á que nadie dió crédito. No habiéndole salido bien su primer intento, resolvióse á dar paso más decisivo y contundente, y le mandó un pan envenenado; pero eran tan claros los ojos del alma de Benito, que descubrió al momento la ponzoña.

El santo Abad, como todos los que han pasado su vida en la soledad y el apartamiento, tenía gustos sencillos, y placíale dar todos los días de comer á un cuervo, que recibía el alimento de su mano, y luego tornaba á la selva. <sup>(10)</sup>

El día en que San Benito recibió el pan que le mandara su enemigo, lo dió al cuervo, diciéndole: «Toma y llévalo donde á nadie haga daño» El cuervo se resistía, más el Santo le miró con insistente mirar, y la negra ave cogió con el pico el pan nocivo, y se alejó. Más de tres horas tardó en volver á recibir, como de costumbre, su pitanza.

Este nuevo fracaso llegó pronto á oídos del malvado sacerdote, y no logró apaciguarsus iras. Ciego y abandonado de Dios, se dió á pensar nuevos medios de atacar y aniquilar al Santo, y viendo que no había podido arrancarle la honra ni quitarle la vida, quiso, al menos, herirle en el objeto de sus más tiernos afanes; en las almas candorosas y puras de sus jóvenes discípulos.

No cabe imaginarse negrura mayor de ánimo,



é intención más siniestra que la de Florencio. Envió al huerto del monasterio, donde trabajaban los monjes, siete desgraciadas, cuyas acciones, juegos y escandaloso traje suponía que habían de llevar honda perturbación al alma de los jóvenes mancebos. <sup>(1)</sup> Rasgo de ruda barbarie y de perversión inaudita, que caracteriza bien aquellos tiempos malaventurados. San Benito, que vió desde el dintel de su celda á aquellas pervertidas mujeres, adivinó quien las había conducido allá, y se tapó los ojos con la mano, poseído de horror y de tristeza.

No logró Florencio que la cínica desenvoltura de las mujeres enviadas por él al monasterio turbara el espíritu de los hijos de Benito, pero sí que éste decidiera alejarse de aquellos sitios amados para ver si de este modo cesaba su enemigo de perseguir á los monjes, que eran su dicha y su corona. En efecto, así que vió Benito la última infernal asechanza de Florencio, formó el irrevocable propósito de abandonar á Subiaco para siempre.

No es fácil, ó mejor dicho, es imposible seguir paso á paso los sucesos de la vida de San Benito. Su primer historiador, San Gregorio, deja inmensos vacíos de un hecho á otro, que no han podido llenar otros historiadores; pero en lo que sabemos de cierto, en los diversos episodios de su existencia que vamos relatando, se

advierde que el Santo glorioso huye de los peligros así que saltan á su vista. Huye de Roma por temor de que la corrupción general le contamine, huye de Efide así que tiene noticia de que sus moradores le alaban y pregonan sus virtudes por doquiera, y huye, en fin, de Vico Varo y de Subiaco.

San Benito no teme á las fieras de la montaña, entre las cuales vive sin reparo; ni se arredra ante los poderosos de la tierra, á quienes aplasta con su mirar severo, como verémos más adelante; pero tiembla y se estremece si vé en peligro su alma. Lo mismo hacen sus hijos, á quienes comunica su espíritu; por eso huyen de los poblados, y buscan en apartadas islas y fragosos montes sitios para vivir á solas con Dios: allá ayudan á sus hermanos, no mezclándose con ellos, sino desde su celda solitaria, con puras plegarias, que alejan del mundo las iras del Señor, con el estudio, que luego redundá en su bien, y de otras maneras; pero lejos, lejos del comercio de las gentes y del ruido del mundo. Si Dios hubiera querido que los monjes fueran de otro modo, otro espíritu hubiera dado á su Patriarca. Así los quiere, militares y bravos guerreros, pero en las peleas del alma, cuya corrupción nativa expían con la penitencia y el sacrificio.

Luego de haber formado el proyecto de ale-

jarse de Subiaco, congregó á todos los monjes, y les dió cuenta de su resolución. No es para poderlo decir el pesar de aquella larga serie de penitentes, al hacerse cargo de que sumastroiba á dejarles, y acaso para siempre. Unidos estaban á él como el alma al cuerpo, nada hacían, nada querían pensar ni discurrir sino á impulsos de aquella potente voluntad que los dominaba por completo. Parecíales más hacedero que las plantas vivieran sin agua ni calor que ellos á distancia de su Padre.

En llanto copioso y gritos de angustia hubieran prorumpido todos si no fuera por el respeto profundo que les inspiraba, y por la educación grave, seria y varonil que de él habían recibido. También sufría Benito, y hacíasele pedazos el corazón al separarse de sus hijos queridos, y de los parajes que fueran campo de batalla en la recia pelea consigo mismo.

Por última vez besó los muros de la cueva sombría donde tantas horas había gozado los encantos de la soledad, y después de haber nombrado abades para los doce monasterios, acompañado de pocos monjes, entre los cuales figuraban Mauro y Plácido, se despidió con eterna despedida de las rocas de Subiaco, donde había vivido cuarenta y cinco años.

Nada de cuanto acaecía en los monasterios vecinos ignoraba Florencio, y la alegría feroz del

odio satisfecho brillaba en sus ojos. Errante por breñas y ásperos caminos el objeto de sus rencores, acaso acabara su vivir en negra sima, y él, sólo, y sin estorbos, sería blanco del buen querer y de la admiración de las gentes.

Embargado por estos y otros análogos ensueños, hallábase sentado en la portalada de su casa. Calma grande reinaba en la naturaleza, y la vista distraída del sacerdote se tendía, ora por los riscos vecinos y las aguas espumosas del Anio, ora por el sereno azul del horizonte. Alguno que otro campesino cruzaba las labradas colinas, y numerosa cuadrilla de monjes removía con pausa la tierra.

El ascético silencio de cuanto tenía delante incitaba á Florencio á hondas meditaciones; turbado andaba su espíritu é inquieta su conciencia; acaso Dios le daba aquella hora para volver sobre sí, y borrar con dolor sincero sus crímenes. Pero en todo pensaba menos en aprovecharla, cuando el Señor hizo caer sobre él su mano vengadora. La portalada donde estaba se vino abajo con estrépito, <sup>(12)</sup> envolviendo en sus ruinas el cuerpo magullado y sin vida del rencoroso sacerdote.

San Benito acababa de ponerse en camino. Mauro, su discípulo, supo la noticia del trágico é infausto fin de Florencio, y se dió prisa en comunicarla á su maestro, que tuvo honda pena, y lloró á su enemigo cual si fuera su hermano, y

sin duda por haber advertido en Mauro demasiada presteza y como algo de satisfacción en referir el suceso, le impuso severo castigo.

A la comitiva de San Benito agregóse el cuervo <sup>(13)</sup> que recibía de manos del Santo la comida, y á lo que cuentan autores dignos de fe, dos ángeles, en figura de gallardos mancebos. <sup>(14)</sup>

Al amparo de los celestiales enviados, se dirigió Benito al Mediodía; visitó en Alaterna á San Servando; dejó en Herculano dos monjes para que fundaran un monasterio dedicado á San Erasmo, mártir; y penetró en la tierra de Labor cuyo nombre cuadra perfectamente al terreno que había de ser morada de hombres laboriosos por excelencia

Al llegar al monte Casino, que se levanta en los confines del Samnio y la Campania, se detuvo. Bello, portodo extremo, y pintoresco es el monte; desde su ancha y esférica cumbre se domina la corriente del Liris, la ondulante vega que se prolonga al Medidía hasta las playas del Mediterráneo, y los angostos valles que al Norte parece como que se pierden en el firmamento.

Diferénciase en alto grado la montaña Casinense de la de Subiaco; pero, aunque en otra forma, reviste los mismos caracteres de originalidad y grandeza. La vista se dilata en la de Casino por claros horizontes, por selvas umbrosas, y valles por donde corre intrincada red de ría-

chuelos afluentes al Liris, y ora se fija en Arpino, patria del príncipe de los oradores romanos, ora en Aquino, que lo fué del lúgubre y sombrío Juvenal y del Doctor Angélico.

En su cima existió en otro tiempo la ciudad de Casino, célebre por haber nacido en ella Varrón, el hombre más sabio de Roma <sup>(15)</sup>, á quien Cicerón llama virtuosísimo, y cuya ciencia honraron por mucho tiempo los monjes benedictinos.

Extrañas cosas acaecian en esta cumbre, donde San Benito fijó definitivamente su morada. Habiánse albergado en ella los restos del paganismo, y allí, en medio de la cristiandad, tocando casi á la Sede de los Papas, se levantaba un antiguo templo dedicado á Apolo <sup>(16)</sup>, y una selva sagrada, á donde acudían los habitantes de las comarcas vecinas para ofrecer sacrificios á los falsos dioses. Al lado del ídolo vivía un eremita católico, llamado Martino que se deshacía en llanto y penitencia, y en oración ferviente y encendida para ver de alcanzar de Dios el acabamiento radical de la idolatría.

Singular contraste formaban los gritos de las víctimas sacrificadas en el bosque, y la descompuesta algarabía de los sacrificadores, con el suave murmurio del solitario, que recitaba salmos en escondida cueva.

Fué Martino como el precursor de San Benito,

y al poner éste sus plantas en la montaña, los ángeles que le habían acompañado, guiándole á través de peligrosos y ásperos caminos, comunicaron al eremita la orden de Dios de que se alejara de Casino, y fuera al monte Marsico, para continuar su modo de vivir sencillo y puro.

El primer cuidado de San Benito fué el de traer á los idólatras á camino de salvación <sup>(17)</sup>, y tal empeño puso, predicó con tan rara elocuencia, y Dios le ayudó de manera que en breve logró que las descarriadas gentes de los contornos abrazaran la fé de Cristo; y tan de veras se convirtieron que cortaron los árboles de la selva, hicieron pedazos el ídolo, y derribaron el templo. Sobre sus ruinas construyó San Benito dos Oratorios, uno dedicado á San Juan Bautista y otro á San Martín, ilustre monje y Obispo.

Líbre ya del cuidado de conquistar para Dios las almas de los moradores de la comarca, se dedicó con afán á construir en rededor de las capillas de San Juan Bautista y San Martín, el monasterio que había de ser, andando el tiempo, el más ilustre y poderoso de la cristiandad <sup>(18)</sup>. El Santo y sus monjes lo edificaron con sus propias manos, venciendo no pocos obstáculos y fatigas.

El demonio les armó guerra sañuda, ora apareciéndoseles visiblemente entre espantosos ruidos, ora destruyendo lo que acababan de

edificar, ora haciendo que las piedras y materiales fueran de tal modo pesados, que no bastaban las fuerzas humanas para trasportarlos, y de otras mil trazas y maneras. Sin duda presentía el demonio lo que había de ser aquella casa, las gracias que para el mundo habían de alcanzar de Dios sus moradores, y como habían de aplacar la cólera divina: por eso le hizo oposición tan violenta. Mas San Benito, á quien Dios concedió excepcional señorío sobre los demonios, destruía sus asechanzas con la señal de la cruz, ó tras de breve rato de ruegos fervorosos. <sup>(19)</sup>

El monasterio se terminó á pesar de la escasez de medios y la abierta lucha del demonio.

Mansión de verdadera dicha fué desde sus comienzos. San Benito era el Abad, Prior San Mauro, y conventuales San Plácido, San Herculano, San Antonio, San Feliciano, San Fausto, y San Constantino. La fama de su observancia se esparció por dentro y fuera de Italia, y de todas partes acudían varones eminentes, la flor del patriciado, jóvenes en la aurora de la vida, y ancianos débiles, que considerando vana la gloria del mundo, solicitaban con ansia vestir la negra y flotante cogulla benedictina.

Otros había que, retenidos en el siglo por deberes sacratísimos, daban al monasterio cuantiosas heredades y territorios, vasos sagrados y



espléndidos ornamentos. Solo Flavio Anicio Tertulo le donó diez y ocho territorios en la isla de Sicilia, en uno de los cuales alcanzó, como hemos visto, su hijo Plácido la palma del martirio.

A la muerte del Santo Patriarca, el florecimiento y nombradía del monasterio de Monte Casino fué mayor aún. Es cosa averiguada que en él escribió San Benito la admirable Regla de que hemos de tratar en el último capítulo, y esto solo fuera bastante para que se le tuviese veneración.

Pontífices, reyes y pueblos enaltecieron, dotaron y visitaron á porfía el santuario en el cual el Orden monástico, según frase de Urbano II, «manó del corazón de Benito, como de la fuente del paraíso.» <sup>(20)</sup> Monasterio celeberrimo y sin igual, que otro Papa no receló en comparar al Sinaí, en unos versos grabados en el altar del Santo Patriarca, <sup>(21)</sup> y que por otra parte guarda en sus bóvedas la ceniza de cinco mil quinientos santos que alcanzaron la aureola de la santidad en sus claustros solitarios.

Habituado San Benito á vencerse y á luchar con los espíritus infernales, cuyas asechanzas y apariciones le atormentaban de la misma manera que á los antiguos Padres del Yermo, había alcanzado del Señor el don de leer en las almas su oculto pensar cosa reservada sólo á Dios, y

que apenas concede á los hombres. Tenía también la gracia de discernimiento de espíritus, y de ambos subidísimos privilegios usaba, no sólo para dirigir á sus monjes en el estudio y trabajos agrícolas y de albañilería, sino también para seguirles con mirada interior en sus viajes. De este modo conocía sus menores faltas y descuidos.

Cual le acaeciera en Subiaco, muchos jóvenes de casas opulentas y nobles, se habían puesto bajo su dirección, ó habiánseles confiado sus padres, y el Santo los trataba de igual manera que á otros de pobre cuna. Una misma regla y disciplina tenía para todos.

De entre los nobles mancebos, algunos había que llevaban á mal esta igualdad y murmuraban á sus solas. Según cuenta San Gregorio vivía en el monasterio un joven, hijo del primer magistrado de una provincia, y cierta noche, al tocarle en turno alumbrar al Abad San Benito mientras cenaba, sintió mortificado su orgullo. y en tanto que sostenía el candelero, se decía allá en sus adentros «Pero ¿quién es este hombre para que yo le alumbre, como un esclavo, mientras cena? ¿Por ventura he nacido yo para esclavo?» San Benito, cual si hubiera oído sus palabras, <sup>(22)</sup> le dijo: «Haceos una cruz en el corazón, hermano, y retiraos.» Mandó que otro tomara el candelero, y el joven se retiró á su celda, confuso y arrepentido. De este modo iniciaba el gran Patriarca la

alianza, nunca rota, de las razas aristocráticas con el Orden benedictino.

En otra ocasión sucedió <sup>(28)</sup> que salieron dos monjes del monasterio para ejercer su misión de caridad en un pueblo vecino. Era costumbre que los monjes no tomarán alimento ninguno fuera de casa si habían de volver antes de la puesta del sol, pero los dos citados se dejaron vencer de los ruegos de una piadosa señora, gran devota y favorecedora del Orden naciente, y comieron. Al volver al monasterio fueron, como es de Regla, á pedir la bendición al Abad, «¿Donde comisteis hoy?» les dijo; «En ninguna parte respondieron los monjes, sin saber lo que decían.» «Ah, no decís verdad, les replicó el Santo; habeis comido fuera de casa y habeis quebrantado la ley. Que nunca más os vuelva á suceder».

Otra vez mandó el Santo á un monje á predicar á las gentes, recién venidas á la fé, de un pueblo situado en el valle, donde había un monasterio de monjas, y cuando hubo de volver á casa, diéronle éstas seis pañuelos, que guardó en su seno, sin acordarse más de ellos. Apenas llegó á Monte Casino le dijo el Santo «¿Cómo ha entrado la maldad en tu seno?» El monje, que no se acordaba de cosa mal hecha, quedóse admirado, y sin entender las palabras del Abad, hasta que éste le hubo traído á la memoria lo de los

pañuelos, infracción manifiesta de la Regla. <sup>(24)</sup>

Cuando se comenzó en Italia á fundar monasterios de la nueva Orden, un varón tan rico y principal como bueno, pidió á San Benito monjes para fundar uno, en terrenos de su propiedad, junto á la ciudad de Tarracina. El Santo satisfizo con gusto su deseo, y envió, al efecto, monjes para que lo edificasen. Al darles su bendición, les prometió que iría á verles y darles instrucciones. La noche anterior al día en que esperaban á San Benito, viéronle en sueños dos de ellos, y oyeron como les decía donde habían de levantar la iglesia, la hospedería y el refectorio. <sup>(25)</sup>

No sólo los monjes fueron testigos de la portentosa claridad con que el Santo leía los ajenos pensamientos, y observaba lo que sucedía á través de las distancias: otras personas lo fueron también.

Un rico seglar de Roma, hermano de Valentiniano, conventual de Casino, y que más tarde fué Abad del monasterio Lateranense, tenía costumbre de ir todos los años á visitar á su hermano, y gozar de la amena conversación y apacible trato de San Benito.

En reverencia al santo lugar, y para mortificarse algo, y hallarse de esta suerte mejor dispuesto para recibir las enseñanzas y consejos del Abad, se abstenía de tomar alimento desde la

mañana hasta su llegada al monasterio. En uno de estos viajes salióle al encuentro un demonio en figura de caminante, y travó con él animada plática. A poco de haber andado juntos, el fingido viandante le invitó á comer; pero rehusó el buen hombre, diciéndole: «no puedo, que siempre acostumbro á ir en ayunas á ver á Benito».

Nuevos ofrecimientos y nuevas repulsas, hasta que al llegar á una verde y amena pradera, por donde corrían frescas y cristalinas las aguas de un arroyo, el enemigo de las almas hubo de hacer el último esfuerzo. «No se puede ya caminar más—dijo á su compañero—la sombra de estos árboles, el agua que corre, el aire lleno de aromas, todo nos incita á que descansen y comamos, para luego seguir nuestro camino.» No resistió más el amigo de San Benito, y quebrantó su buen propósito. <sup>(26)</sup>

Al llegar al monasterio, á la caída de la tarde, con ese interno malestar que se experimenta cuando no se cumple lo ofrecido al Señor, San Benito le contó el suceso de la comida cual si hubiera estado presente, y le dió sabias enseñanzas para huir las sugestiones del demonio, que á pocos, por lo visto, combatía con más encono que á San Benito, á sus amigos y á sus monjes.

Un amigo y deudo de San Benito le envió dos botellas de vino por mano de un criado

llamado Exilarato. El criado se guardó una, y dió otra al Santo, que le dijo cuando le despedía: «No bebas, hijo, de la botella que escondiste; vuélvela hacia abajo, y verás lo que encierra» Quedóse Exilarato confuso, y al volver la botella, vió con terror que salía una culebra que quería morderle. El pobre criado se convirtió de veras, y fué luego monje aventajado y fervoroso. (27)



## NOTAS.

(1) En el siglo IV había monjes godos en los alrededores de Constantinopla. San Juan Crisóstomo los trató mucho, y habla de ellos. Bulteau: *Historia de los monjes de Oriente*.

(2) Además de los extensos territorios que Tertulo donó á San Benito, se cree que dotó con pingües rentas el monasterio de San Severino de Nápoles, que aún existe, y en el cual se admiran los hermosos frescos de Zingaro, representando los principales sucesos de la vida de San Benito.

(3) *Panegírico de San Benito*.

(4) En la iglesia de San Severo, en Perusa, se vé un fresco, pintado por Rafael cuando era muy joven, en el año de mil quinientos cinco, que representa á San Benito en el Cielo, sentado, y contemplando á Nuestro Señor; á su lado tiene á los Santos Mauro y Plácido, y en frente, á San Romualdo y dos mártires benedictinos.

(5) La vida de San Plácido fué escrita por el monje Gordiano, compañero suyo en la expedición á Sicilia. La escribió en griego, por orden del Emperador Justiniano; después se ha traducido, no sé por quién, al latín, pero de modo desacertado, añadiéndola con sucesos inverosímiles, que, por fortuna, se echan de ver en seguida.

Al despedirse San Benito de Plácido le exhortó así, en presencia de los monjes Donato y Gordiano; «Hijo, no puedo dejar de sentir tu ausencia, y verte apartado de mí, y tu has de tener el mismo sentimiento; pero importa que te encargues de esta jornada y conquista que yo te encomiendo en nombre de Jesucristo, el cual *fué obediente hasta la muerte*.

Acuérdate de qué dijo: *No vine á cumplir mi voluntad sino la de mi Padre que me envió.*

No te espante el camino prolijo, el trabajo grande, las muchas dificultades, pues el Apóstol dice que, por tribulaciones habemos de ir al Reino de los Cielos, y que son muy desiguales los trabajos y pasiones de esta vida conforme á la gloria que nos espera, pues á los que pelean varonilmente y siguen á Cristo les aguardan premios tan grandes, que ni los ojos los vieron, ni han llegado á ser oídos, ni han cabido en pensamiento humano.

Jesucristo, Hijo de Dios vivo te acompañe, tenga de su mano, y lleve á la vida eterna.» Gordiano: *Vida de San Plácido.*

(6) San Fausto: *Vida de San Mauro.*

(7) Cuando Mauro salió para Francia, descansó de su primera jornada en una casa de labor de Monte Casino, y al siguiente día recibió de parte de su cariñoso maestro una cajita de marfil que contenía reliquias de la verdadera Cruz, de la Santísima Virgen, de San Estéban Protomártir y de San Martín, y además la carta que citamos en el texto, sobremanera elegante, discreta y regalada; dice así: «Recibe, hijo amado, las últimas prendas y muestras de tu maestro, para testigos de nuestro grande y antiguo amor, y para que sean en todo el camino amparo y defensa á tí, y á los que van en tu compañía.

Pasados tres veces veinte años, contados desde que tomaste el hábito de monje, irás á descansar en la gloria del Señor, como Él mismo me lo reveló ayer después que de aquí partiste.

Quiero que desde luego vayas advertido, que has de hallar muchas dificultades; porque permitiéndolo el Señor, las procurará el demonio, y tardarás mucho tiempo en allanarlas, pero al fin, como esta es obra de Dios, tendrá efecto. No te faltará la benignidad y amparo del Señor; antes con las dilaciones y dificultades crecerán tus buenos deseos, y vendrá el monasterio á edificarse y plantearse en diferente



parte y mejor de lo que podria desearse. Dios te haga dichoso en la jornada, y más dichoso en el fin de ella. San Fausto: *Vida de San Mauro*.

(8) Padre Antonio Yepes: *obra citada*. Maestro Argaiz: *Vida de San Benito*.

(9) Arnolfo Uvi6n: *Lignum vitae*, lib. 1º. Cornelio Alapide: *In Jerem. Cap. 35*. El Cardenal Cienfuegos: *Vida de San Francisco de Borja*. El Padre Casalas: *In Candor Lillii*, y además muchos autores benedictinos.

(10) San Gregorio Magno: *Diálogos*, II. 8.

(11) San Gregorio: *lib. c*, 8.

(12) San Gregorio: *Ibid.*

(13) Fausto: *Vida de San Mauro*.

(14) León Hostiense: *Crónica Casinense*. Gordiano: *Vida de San Plácido*.

(15) Varro.....sanctissimus et integerrimus. Cicerón: *Phil II*.

Casinensis arcis sublimitas tanto olim culmine viguit, ut Romani celsitudo imperii philosophicis studiis illam in ævum. Hanc M. T. Varro omnium Romanorum doctissimus incoluit. Petr: *De vir illust. Casin.*

Nymphis que habitata rura Casini.

*Silio Italico*, I, 12.

(16) San Gregorio: *Diálogos*, c. 8.

(17) Quel monte, á cui Cassino é nella costa,  
Fu frequentato già in su la cima,  
Dalla gente ingannata é mal disposta.  
Ed io son quel che su vi portai prima  
Lo nome di Colui, che in terra adusse  
La verita, che tanto ci sublima;

E tanta grazia sopra me rilusse,  
ch, io ritrassi le ville circostanti  
Dall, empio culto che il mondo sedusse.

Dante: *Divina comedia. Paradiso.*  
*Canto ventesimosecundo*

(18) «Voy á limitarme, tan solo á indicarlas partes de que se compone la magnífica Abadía—1.<sup>a</sup> La puerta principal, cuyo bajo dintel indica el yugo de humildad, á que según la Regla habían de doblegarse los monjes.—2.<sup>a</sup> la parte inferior de la torre cuadrada, que cubre esa puerta y, á lo que parece, sirvió de habitación á San Benito y sus primeros compañeros, como lo expresan las siguientes inscripciones que se leen en dos distintas celdas: *Parte inferior de la torre en la cual habitaba N. S. P. Benito* y al lado: *Antiquísimo recinto en el cual moraban los discípulos del Santísimo Patriarca*. En el piso superior de la misma torre otra inscripción afirma que en aquel sitio tuvo el Santo la visión de la muerte de su hermana y del Obispo San Germán. Fuera del Archimonasterio, se ve el lugar en que San Benito oró antes de colocar la primera piedra del Monasterio, y aquel en que Santa Escolástica, su hermana y auxiliar, descansó al subir por vez primera á la cima del monte.

En la época de mayor esplendor del monasterio, el Abad era primer Barón del Reino de Nápoles y Administrador de una Diócesis especial. Contábanse entre sus dominios 4 obispados, 2 principados, 20 condados, 250 castillos 440 pueblos, 336 caseríos, 23 puertos marítimos, 33 islas, 200 molinos, 300 territorios y 1662 iglesias.

A fines del siglo XVI ascendían sus rentas á la enorme suma de 500,000 ducados, pero esta riqueza fué disminuyendo gradualmente, á causa de las encomiendas y de las guerras y revoluciones de Italia. Despojado por última vez por los franceses, y transformado en biblioteca por bonaparte en 1804, ha recobrado desde la restauración de los Borbones cierta vida y esplendor. «Conde de Montalembert: *Les Moins D' Occident*.

El que desee más noticias del monasterio de Monte Casino, vea los artículos publicados por M. Adolphe de Circourt en el tomo IX de la *Revue des Deux Bourgognes* 1839 y los de M. Dantier en el tomo X de la *Revue Contemporaine*, 1853.

(19) San Gregorio: *Diál. c.* 9.

(20) Son palabras de una Bula Pontificia, que ponemos al fin del Capítulo VI.

(21) Hæc domus est similis Sinai sacra jura ferenti,  
Ut lex demonstrat hic quæ fuit edita quondam  
Lex hinc exivit, mentes quæ ducit ab imis,  
Et vulgata dedit lumem per climata sæcli.

Didier, Abad de Monte Casino, sucesor de San Gregorio VII, con el nombre de Victor III.

(22) ¿Qui est hic cui ego manducanti assisto, lucernam teneo, servitutem impendo? ¿Quis sum ego ut isti serviam? San Gregorio: *Didlogos c.* 20.

(23) San Gregorio *lib:* 2, *c.* 12.

(24) San Gregorio *lib:* 2, *c.* 19.

(25) San Gregorio *lib:* 2, *c.* 22.


(26) San Gregorio *lib:* 2, *c.* 13.

(27) San Gregorio *lib:* 2, *c.* 18.



## CAPÍTULO IV.

**La cadena del solitario.—Caridad de San Benito para con los pobres.—Resucita al hijo de un labrador.—Historia de Galla.—Una visión.—De como organizaba el Santo la Comunidad.—Varias fundaciones.—La de San Pedro de Cardena.—Profecía de la destrucción del monasterio de monte Casino.**

RDEN admirable, virtud subidísima, obediencia perfecta, y porconsiguiente, ventura y paz reinaban en el monasterio de Monte Casino. Como ángeles vivían sus moradores, y hacíaseles suave y deleitosa la vida del claustro.

Nobles y plebeyos, pobres y ricos, niños y ancianos, todos vivían contentos, sujetos á una misma disciplina, y á la sábia dirección de San Benito, que si procuraba con afán que todos ob-

servaran la Regla, no quería, por otra parte, que se dieran á penitencias y rigores excesivos.

Como le dijeran una vez que en el monte Marsico vivía un solitario, que, no contento con morar en estrecha y húmeda cueva, se había atado una cadena al pié, fijando el otro extremo en una roca, de suerte que no podía moverse más allá de lo que era la extensión de la cadena, le mandó decir que la rompiera. Estas son las hermosas palabras, que un monje le trasmitió en su nombre: «Si verdaderamente eres siervo de Dios, conténgate, no una cadena de hierro, sino la cadena de Jesucristo.» <sup>(1)</sup> Obedeció con presteza el humilde penitente, que era sin duda el mismo que vivía en Monte Casino á la llegada de San Benito. La cadena, dos veces santificada, fué, por mucho tiempo, objeto de especialísima devoción.

Los cuidados y tierna solicitud de San Benito se extendían también á las poblaciones inmediatas, harto pobres y menesterosas. Revestido de la alta dignidad del sacerdocio, predicaba con rara elocuencia á los pobres campesinos de la comarca, la verdadera fe; pagaba sus deudas, <sup>(2)</sup> y repartía entre ellos el trigo, vino y ropa que le daban los cristianos ricos.

En la escasez y general miseria que sufrieron en el año cuatrocientos treinta y nueve los pueblos de la Campania, distribuyó entre los pobres cuantos víveres había en el monasterio, y

de tal manera lo hizo, que hubo día en que sólo se encontraron cinco panes para alimentar á toda la Comunidad.

Los monjes quedaron tristes y como temerosos con las larguezas del Abad, pero éste reprendió su pusilanimidad, diciéndoles: «Hoy no tenéis bastante, pero mañana tendreis demasiado,» y en efecto, al siguiente día se hallaron en la puerta del monasterio doscientas fanegas de harina, puestas allí por mano desconocida. De esta manera echaba el Santo los cimientos de aquella generosidad proverbial en su Orden. En lo de dar limosna, en amante y generosa hospitalidad á peregrinos, pobres y caminantes, nadie ha ido más allá que los benedictinos. No entra el probarlo en nuestro propósito: fuera para ello preciso un libro, -y muchos hay donde se puede ver. <sup>(3)</sup>

El cariño que el Santo profesaba á los pobres, y el cuidado que ponía en socorrer sus necesidades, eran causa de que estos tuvieran en él ciega confianza. Cierta día que había salido con los monjes á trabajar en el campo, llegó al monasterio un labriego transido de dolor, con el cuerpo exánime de su hijo en los brazos. Preguntó anheloso y sollozando por el Padre Benito, y como le dijeran que estaba en el campo, quedó en estado tal de angustia y desconsuelo, que el monje portero se compadeció mucho, y le dijo

con bondad «Id á buscarle que no anda lejos.»

El campesino dejó el cadáver á la puerta, y se echó á correr en busca del Santo; hallóle cuando volvía del trabajo, y antes de acercarse á él, dió grandes voces, diciendo: «Devolvedme mi hijo.» Benito se detuvo al oírle, y contestó: «Acaso os lo hé quitado yo?» Mas el labrador repuso sin arredrarse: «Ha muerto, resucitadle.» «Idos, esto no me toca á mí, sino á los santos Apóstoles; ¿por qué quereis imponerme tan pesada carga?»

No desistía sin embargo el afligido padre, y en su vehemente dolor, juraba que no había de irse de allá sin que el Santo hubiera resucitado á su hijo. Al preguntarle el Abad donde estaba el cadáver, «en la puerta del monasterio» contestó, y cuando hubieron llegado allí, Benito se hincó de rodillas, y se tendió luego sobre el cuerpo del niño, como Elías en casa de la viuda de Sarepta. Después se levantó, y oró: «Señor, no mireis mis pecados, sino la fe de este hombre, y devolved á este cuerpo el alma que le habeis quitado.» Apenas hubo terminado de rogar, el cuerpo del niño se agitó con vivo temblor á la vista de todos los circunstantes, y tomándole Benito por la mano, lo devolvió á su padre, lleno de salud y vida. <sup>(4)</sup>

La virtud de San Benito, el eco de sus mila-

gros, que llegaba hasta los últimos rincones de la comarca; la fama de su prudencia y santidad, extendida por sus discípulos, que iban, aunque lentamente, fundando monasterios, constituyéronle en protector de los pobres campesinos y aún de las nobles familias del país contra las violencias y ultrajes de los nuevos dominadores de Italia. El valiente ostrogodo Teodorico el Grande había organizado un gobierno tutelar y dado á Italia treinta y tres años de relativa calma y prosperidad, pero á su muerte volvió á reinar la barbarie y el desconcierto entre los godos.

Ricos y pobres sufrían el pesado yugo de los bárbaros. Vano fué el empeño de la reina Amalasunta de unir á vencedores y vencidos: no consiguió más sino que unos y otros pagaran sus esfuerzos con harta ingratitud. <sup>(5)</sup>

Benito, el patricio de Roma, el descendiente de la clara stirpe Anicia, tomó á su cargo la noble misión de unir á italianos y bárbaros, razas profundamente divididas por la religión, la lengua y las costumbres, y cuyo encono y enemistad aumentaban las catástrofes que desde los tiempos de Alarico sufría la desolada tierra italiana. El santo Patriarca de Monte Casino aparece como mediador y juez inflexible de ambas razas, y si Italia no le debiera mucho más, debía bastar este noble empeño para que su nombre corriera de cabaña en cabaña y de



palacio en palacio, envuelto en alabanzas, devoción y gratitud eterna.

Cual le sucediera en Subiaco, muchos godos, deponiendo su natural fiereza, hiciéronse monjes, y el santo Abad los empleaba en cultivar y roturar la tierra; pero otros había herejes decididos que profesaban odio y rencor á los buenos hijos de la Iglesia. Uno, en especial, llamado Galla, hombre fiero y perverso, que valiéndose de las revueltas de los tiempos, é impulsado sobre todo por la codicia, recorría la comarca, llevando por doquiera el terror y la muerte.

Emboscado en erizados matorrales ó en lobrega y escondida cueva, tiraba el dardo arrojadizo al honrado labriego que iba alegre á las faenas del campo; al monje que, recitando salmos, tornaba al monasterio; al caminante que andaba descuidado su camino, y les arrancaba vida y hacienda. Otras veces, al frente de cuadrilla feroz de malhechores y gente desalmada, caía, en las horas calladas de la noche, sobre pueblos indefensos, haciendo riza y estrago; mataba con sus propias manos al ministro del altar, y sometía á sus víctimas á bárbaro suplicio, hasta que le revelaban el lugar donde ocultaban sus riquezas.

Como le dijieran una mañana que en el valle que se tiende al pié de Monte Casino vivía un labrador que guardaba el importe de su cosecha recién

vendida, corre como el milano de las alturas que distingue la presa, y coge de improviso al campesino; sus voces y súplicas no conmueven al implacable Galla, que le hace sufrir duro tormento.

Idea peregrina cruza la mente del agobiado labrador : «No me atormenteis más—le dice—nada tengo; cuanto tenía lo he dado en depósito al Padre Benito» Creyóle el godo, y sus ojos relampaguearon con gozo infernal; «serán dos las víctimas—pensaba—tiempos há que ardo en ansias de ahogar entre mis brazos al falso profeta de la montaña.» Metió en su boca los crispados dedos, y rasgó los aires penetrante silbido, cuyos ecos se perdieron en los últimos confines del valle.

Los secuaces de Galla acuden á su aviso; rodean la casa, y rompiendo cuanto hallan al paso, penetran en la estancia del mísero labriego, que los contempla mudo de espanto. «Quitad á este hombre los instrumentos del suplicio—les dice su jefe—pero atadle los brazos con cordones.» «Y ahora—volvió á decirles, cuando hubieron terminado—en las alturas de Monte Casino haremos quizás algo que inmortalizará nuestros nombres.»

El campesino y Galla se encaminaron hacia el monte; el primero á pié con las manos atadas á la espalda y acosado á golpes é injurias por el godo que le seguía á caballo: imágenes uno y

otro harto exactas de las dos razas que Italia mantenía en su seno desgarrado.

Una vez en la cumbre, vieron al Abad, solo, y leyendo en la puerta del monasterio: «Hé ahí al Padre Benito», dijo el prisionero á su tirano, y éste que venía fraguando la manera de arrancarle el dinero del labrador y luego la vida, creyó conveniente comenzar con violencia y se puso á gritar «Monje, levántate, levántate, y entrega en seguida lo que tengas de este hombre.»

Al oír estas palabras el siervo de Dios, levantó los ojos del libro que leía, y sin decir nada, miró despacio y fijamente, primero al bárbaro á caballo y luego al labrador maniatado y confuso; y á impulsos de aquella mirada vengadora, se desataron por sí mismas las cuerdas que sujetaban los pobres brazos del labriego, quedando suelta y libre la inocente víctima, mientras el feroz godo, fuera de sí, y movido por extraña fuerza, caía en tierra y se postraba ante el Abad, «Orad por mí»—le dijo—y fueron tales los retorcimientos de su cuerpo, tal la fuerza de su asombro, que perdió los sentidos.

San Benito llamó á los monjes, y les encargó que llevaran al monasterio al desmayado godo y le dieran pan bendito. Más tarde, cuando hubo vuelto en sí, le hizo ver lo cruel é inicuo de su conducta, excitándole á que cambiara en lo sucesivo. El godo partió desconcertado y sin atre-

verse á exigir nada al labrador, libertado de sus garras por la mirada de un monje. <sup>(6)</sup>

Al imperio y poderío que, como acabamos de ver, ejercía el Santo sobre los hombres y las cosas por permisión de Dios; al don de milagros, al de discernimiento de espíritus, y al de profecía, gracias todas sublimes y raras, con que el Autor de la gracia enriquecía su alma pura, hemos de unir la de una visión de extraordinario precio y valer.

Ocupaba por entonces la silla episcopal de Capua San Germán, varón de los más ilustres y entendidos de su siglo. Los Papas Anastasio y Hormisdas hicieron mucho aprecio de su discreción y santidad, y le enviaron con difíciles embajadas á Constantinopla, desempeñándolas él con venturosos éxitos y rara prudencia. El Orden benedictino le era también deudor de la amorosa hospitalidad que dispensara á San Plácido y sus compañeros cuando se detuvieron en la capital de su diócesis, al ir á Mesina. Modelo de obispos, padre de los pobres, llegó á avanzada edad, y tuvo, como vamos á ver, muerte dichosísima.

Existía en la provincia de Campania un célebre monasterio de monjes, edificado por Liborio Patricio, y en el año de quinientos treinta y seis, lo gobernaba con sumo acierto el Abad Servando, hombre de mucha virtud. <sup>(7)</sup>

Era Servando amigo de San Benito, y cuando podía sustraer algunos días á los deberes de su cargo, corría presuroso á visitarle. En una de estas visitas, después de hablar ambos largamente una noche de las cosas del Cielo, retiráronse á descansar, llena el alma de anhelos de Gloria.

San Benito tenía su celda en lo alto de una torre, y Servando estaba hospedado en la misma torre, pero en el primer piso.

Al entrar San Benito en su aposento, estaba abierta la ventana, y como acababa de hablar del cielo, púsose á mirarle.

La noche era apacible y hermosa; en el ancho firmamento brillaban estrellas infinitas, y el Santo cayó en profunda meditación. De pronto cubrióse el horizonte de luz más clara que la de la luna, y más brillante que la del día, y en medio de aquel oceano de claridad se le mostró el alma de San Germán subiendo á la gloria. <sup>(8)</sup> Así mismo vió al mundo como recogido en un rayo de sol. <sup>(9)</sup>

Al terminar la visión, llamó San Benito á Servando, y le contó lo sucedido, y por si había algo de fascinación de la mente, enviaron un mensajero á Capua para que averiguara noticias de San Germán, y le trajo la de que había muerto precisamente cuando San Benito veía su alma subir al cielo.

Acerca de la visión del mundo recogido en un rayo de sol, dice el P. Yepes, y otros con él, que lo vió, no en sí mismo, ni en alguna especie ó semejanza que Dios le pusiera en el entendimiento, sino en la Esencia Divina, en que todas las cosas están por más perfecto modo; <sup>(10)</sup> pero otros la han interpretado como un anuncio del alto destino de la Orden de San Benito, que había de extenderse por todo el mundo, llenándole de claridad. Imágen exacta, por cierto, de la suerte de una institución, cuyo fundador quizás no entrevió su porvenir sino bajo esta forma misteriosa.

Y, á la verdad, nada indicaba á San Benito el vuelo y empuje que después de su muerte había de tomar su Orden. Su misma Regla parece escrita para servir únicamente á su monasterio, y aún cuando sospechara que acaso la recibieran las comunidades vecinas, no se vé en ella, por más que se la estudie, el pensamiento de unir unos monasterios á otros por medio de una autoridad común.

Tampoco fueron muchos los monasterios fundados en vida del Santo si se comparan con los que hubo después de su muerte, que fueron innumerables, y de gran renombre y santidad. De los fundados en su tiempo hemos de dar ahora cuenta, pero antes conviene saber la manera y traza que se daba para construirlos.

Tenía costumbre de elegir para los monasterios parajes agrestes y apartados, y los levantaba á manera de fortaleza, por temor á las acometidas de gente de guerra y de malhechores, cuidando de que en su recinto hubiera huerta, un molino, panadería y talleres diversos, para que, sin salir de él, pudieran ser atendidas las necesidades todas de la vida.

La casa abacial formaba cuerpo aparte, unas veces unido al monasterio, otras separado; pero á poca distancia, cual sucedía en Monte Casino, donde la torre en que vivía San Benito se hallaba á algunos metros del monasterio.

Elegía de entre los monjes á tres ó cuatro, graves y de virtud probada, para que una vez ordenados de sacerdotes, tuvieran á su cargo la dirección espiritual de la casa, porque es de advertir que la mayor parte de los cenobitas eran legos en aquel entonces.

Por lo general era un anciano y experto monje el que nombraba, con el título de Cillerero, para el cuidado de las cosas de la vida. Era este cargo difícil, complicado y de esmerada diligencia, porque abrazaba la administración de los bienes del monasterio, el reparto de la comida, la asistencia á los enfermos, y el proveer de ropas y calzado á la Comunidad.

Pero en lo que ponía nuestro Santo afán y esmero extraordinarios era en la construcción, y

luego de construida, en el sostenimiento de la hospedería. Queríala anchurosa y ventilada, con muebles modestos, cual convenía á una casa religiosa, pero limpios, y cuantos fueran precisos para que el forastero nada echara de menos. Los oficios de la hospitalidad eran desempeñados por el mismo Abad, y si no podía por ocuparle graves tareas, por un monje, en su nombre.

«Recíbaseles como á Cristo—dice el Santo en su Regla, refiriéndose á los huéspedes—pues él dirá: *Huesped fui y me recibisteis*. Dése á todos el honor correspondiente, y en especial á los peregrinos y á los que viven unidos con nosotros por los lazos de una misma fe.....Al momento pues que se sepa el arribo de algún huesped, recíbele el Prelado ó alguno de los monjes con todas las demostraciones de caridad, después de haber orado con él, y luego le den el ósculo de paz.....Y sean tratados con toda la humanidad posible.....Se dispensará el ayuno el Abad para comer con el huesped, á no ser ayuno tan principal que no se pueda violar....  
...Léase en presencia del huesped la palabra de Dios para que se edifique, y se le tratará después con el mayor agasajo» <sup>(11)</sup>

Estos párrafos de la Regla dán bien á entender el empeño que debía poner el encargado de recibir á los huéspedes en cumplir su oficio. San Benito lo desempeñó con tal caridad y cortesa-



nía que dejaba memoria indeleble en cuantos acudían á Monte Casino. Imitadores fieles han sido luego sus hijos, y la hospitalidad benedictina, por lo amorosa y esmerada, ha pasado como proverbial de una generación á otra.

No se crea por ésto que los huéspedes turbaban el orden y marcha regular del monasterio. Dificil les hubiera sido, pues no se comunicaban sino con el Abad y con aquellos monjes á quienes iban á ver directamente, y hallábase todo reglamentado de manera que para nada alterasen la soledad de los cenobitas, y el silencio de los claustros.

San Benito guardó constantemente afecto y entusiasmo grandes á la vida solitaria, que estimaba de mucha perfección, y en la cual se había ejercitado en Subiaco; por eso en algunos de los nuevos monasterios, sobre todo en el de San Salvador de Mijela, consintió á los monjes que pudieran retirarse al yermo después de bien probados en la obediencia, quedando, sin embargo, sujetos á la autoridad del Abad. No sólo fundó el Santo monasterios, sino que á otros que estaban ya fundados y que profesaban las Reglas de Oriente, dió la suya, y fueron muchos, sobre todo en Italia, los que esto hicieron.

Volvamos á nuestro objeto, que es el de referir las fundaciones de San Benito.

Ya recordará el lector la de los doce monas-

terios de Subiaco; la que hizo en Roma en los tiempos del Papa Hormisdas, y la de Herculano. De las nuevas que vamos á tratar fué ocasión la visita que Equicio y Tertulo, padres de Mauro y Plácido, hicieron á San Benito, á poco de haberse instalado en Monte Casino.

Ganosos de recibir de nuevo la bendición del Santo y de abrazar á sus hijos trás de larga ausencia, arribaron al monasterio, y, como en Subiaco, seguidos de numerosa comitiva de senadores y patricios. El respeto y amor que profesaban al Abad; la encumbrada santidad á que habían subido sus hijos; el orden y admirable concierto que reinaba en todos y cada uno de los actos de los monjes, en todas y cada una de las dependencias del monasterio, inspiráronles deseos de que se extendiera por otras partes el benéfico instituto, y al efecto, hicieron á San Benito cuantiosos donativos; sobre todo Tertulo, que, á más de grandes y ricos territorios, le cedió su palacio de Roma, <sup>(12)</sup> aquel en que había nacido su hijo Plácido, primer mártir del Orden Benedictino.

San Benito aceptó los dones de los patricios romanos, y como era agradecido y obsequioso en extremo, tuvo á bien premiar su generosidad, inscribiendo sus nombres en el libro donde estaban los de los monjes, quedando desde aquel momento como si formaran parte de la Comuni-

dad, y participantes de sus gracias, privilegios, y de sus rezos y buenas obras, sin que merced tan señalada les ligara á voto ninguno ni á dejar el siglo.

Aceptó también de grado y con muestras de verdadero contento el palacio de Tertulo para monasterio de su orden, pues para ese fin lo había dado, y cuando los piadosos patricios volvieron á Roma, fueron con ellos los monjes designados al efecto para formar la Comunidad.

La noble mansión de los Anicios, que ya había tenido la dicha de que por sus salas y claustros corriera el monje mártir San Plácido, en sus primeros años, tuvo también la de verse trocada en insigne y preclaro monasterio, bajo la advocación de San Erasmo mártir. A esta fundación se siguió la de San Pablo, iglesia antiquísima y venerada, que pasó á ser Abadía de la Orden de San Benito.

Por ser Roma la capital y centro del mundo católico, accedió San Benito á que hubiera en ella monasterios de su Orden, que, por lo demás, no los quería sino en soledades y yermos, como más al caso para la vida ascética y contemplativa de sus monjes.

Él mismo, según se colige de un texto de Gordiano <sup>(12)</sup>, fundó el de San Salvador en el fragoso monte Mijela, que se levanta en los Abruzzos, á corta distancia de Casino.

Fué este monasterio como un noviciado para los eremitas: después de pasar algunos años ejercitándose en áspera penitencia, y de ser fuertemente probados, se retiraban los monjes á las grietas y concavidades de las rocas para vivir sólo para Dios, cuyas alabanzas cantaban día y noche.

El noble y santo Desiderio, que llegó á ser Abad de Monte Casino, y luego Sumo Pontífice con el nombre de Victor III, quiso en sus mocedades retirarse del mundo, y andaba, al efecto, buscando paraje donde con más aspereza y rigor se profesara la vida monástica. «Cuando—como dice León Hostiense—oyendo el nombre tan célebre que tenían los eremitas de Majela, deseando servir á Dios más secretamente, rogó al Conde que le enderezase allí, lo cual le concedió el Conde, y allí estuvo casi tres meses viviendo con suma templanza.»

Allí hubiera acabado sus días con harto gusto suyo, pero Dios le llamaba para otros destinos, que supo cumplir con extraordinaria virtud y acierto.

El monasterio de Majela fué célebre por la penitencia y santidad de sus monjes, y lo fué también porque en sus claustros se cultivaron las letras con esmero y cuidado, según testimonio de Blondo, en su obra *Italia Illustrata*. Al hablar este escritor ilustre del monasterio de Majela, no sólo pondera su fábrica suntuosa y la

vida angélica de sus moradores, sino que alaba grandemente la biblioteca, compuesta de muchos y raros libros.

Comocosaprobada se tiene también que San Benito fundó en la falda de los Alpes el monasterio llamado Novalicense, <sup>(18)</sup> que fué destruido en el año quinientos sesenta y cinco por los Longobardos, gente fiera y cruel, que degollaron á San Arnulfo, monje á la sazón del monasterio, y si sus hermanos no corrieron suerte igual, fué porque huyeron á tiempo, como de milagro.

Tales fueron los monasterios que San Benito fundó en Italia, y si no es el de Mesina, donde padeció glorioso martirio San Plácido, y que puede considerarse como dentro de ella, ninguno se había establecido en extranjeras tierras.

Volvamos los ojos á la nuestra, donde antes que á ninguna otra llegó la Orden del Patriarca de Monte Casino, y veremos en el año quinientos treinta y siete levantarse en el riñón de Castilla, muy cerca de lo que luego fué ciudad de Burgos, el insigne monasterio de San Pedro de Cardeña.

Monjes benedictinos fueron sus primeros moradores, pero con menos fortuna que los que seis años después fueron con San Mauro á Francia, no tuvieron historiador que dejara á la posteridad sus nombres y sus hazañas.

De que vinieron á España en tiempos en que

vivía el Santo Patriarca no queda sombra de duda: lo afirman así las tradiciones no interrumpidas del monasterio, y Máximo, obispo de Zaragoza, en su *Historia de los godos*. Dice así el sabio Prelado: «Sancha, madre de Severiano, habiendo edificado el monasterio de San Pedro de Cardena para los primeros monjes *que envió San Benito*, murió en Toledo, y se enterró en el mismo monasterio. <sup>(14)</sup>

Parece que D.<sup>a</sup> Sancha, esposa de Teudis, que reinó en España, á pesar de su origen Ostrogodo, tenía un hijo llamado Teodorico, á quien amaba con especial ternura. Teodorico murió en una cacería; su madre corrió desolada al lugar del siniestro, y en el mismo paraje donde encontró el cadáver, allí edificó el monasterio de San Pedro. No se opuso el rey su marido, porque á pesar de ser arriano, la historia nos dice que fué tolerante con los católicos.

Mucha gloria á Dios había de dar este monasterio, y de que se la dió es buen testimonio el hecho de que dieran su vida por la fe doscientos monjes, tres siglos después de haberse edificado; ¡doscientos mártires en un solo día! No es menester más para que sea objeto de veneración para los cristianos; debe serlo también para los amantes de las glorias patrias, porque en sus claustros, regados con sangre de mártires, han reposado las cenizas del Cid, y las de ínclitos

monarcas castellanos aguardan allí la común resurrección de la carne.

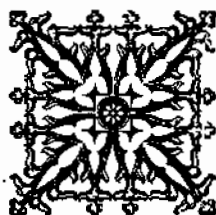
Los monasterios de Santo Toribio de Liévana y de San Claudio de León, se cuentan también entre los fundados en la época de San Benito.

Mucho contento sentía el Santo al ver como su Orden se iba extendiendo por diferentes partes del mundo, y cantaba alabanzas á Dios cada vez que tenía conocimiento de algún nuevo monasterio, pero al mirar al suyo, prorrumplía en amargo lloro.

Entre sus monjes había uno llamado Teoprobo, que mientras vivió en el mundo fué grande amigo suyo; al cabo pasó á ser discípulo y súbdito, sin que por eso dejaran ambos de profesarse vivo afecto. Cierta día entró Teoprobo en la celda del Abad, y le halló anegado en llanto; contemplóle largo rato en silencio, mas viendo que no cesaban sus lágrimas, sino que eran cada vez más abundantes y amargas, hubo de preguntarle la causa de aquella angustia desusada. San Benito le respondió con emoción vivísima: «Este monasterio edificado por mi, todo esto que he preparado para mis hijos, ha sido entregado á los paganos por un alto juicio de Dios Omnipotente. A duras penas he conseguido gracia de sus vidas».<sup>(15)</sup>

La profecía del Santo se cumplió en todas

sus partes. Cuarenta años después de su muerte, los Lombardos, llamados á Italia imprudentemente por Narsés, destruyeron el monasterio, y si no mataron á los monjes, no fué porque les faltara intención de hacerlo, sino porque su Patriarca velaba por ellos desde el Cielo.





## NOTAS.

(1) *Si servus Dei es, non te teneat catena ferrea, sed catena Christi.* San Gregorio: *lib. III, c. 16.*

A poco de suceder lo que acabamos de referir, hizo Dios muchos milagros por medio de la cadena, según dice San Gregorio en sus *Diálogos*.

(2) «Una vez llegó á él un hombre afligido, diciéndole que su acreedor le perseguía por doce sueldos, y que no podía por ninguna vía pagarlos; el Santo le consoló con buenas palabras, encargándole que llevase su pobreza en adelante con paciencia, y que volviese de allí á tres días, porque no había al presente que darle. Vino el pobre hombre con puntualidad, como necesitado, y á la misma hora se hallaron sobre el arca de pan unos trecesueldos, que por la oración de San Benito Dios había proveído de ellos: diólos al pobre para que pagase los doce que debía, y le sobrase uno para su gasto.» San Gregorio: *lib. 2, c. 27.*

(3) *Les Moines d'Occident* por M. Le Comte de Montalembert, entre otros.

(4) San Gregorio: *lib. 2, c. 32.*

(5) César Cantú: *Historia Universal*, 3.

(6) San Gregorio: *lib. 2; c. 31.*

Este milagro se halla representado en una de las paredes de la Iglesia Abacial de Fleury.

(7) San Gregorio: *lib*, 2, c, 35.

(8) «Hallábase S. Ignacio en Monte Casino, donde había ido á dar los ejercicios al Doctor Pedro Ortiz; entendió por divina revelación la enfermedad de Hoces, y estando rogando á Dios por su salud, le manifestó Dios su muerte en el mismo punto que sucedió; porque en el mismo lugar donde San Benito vió el alma de San Germán, Obispo de Capua, ser llevada por los ángeles al cielo, vió San Ignacio subir al cielo una alma rodeada de ángeles y vestida de una resplandeciente luz, y supo que era de su discípulo y compañero Hoces». El P. Francisco García: *Vida, virtudes y milagros de San Ignacio de Loyola*.

(9) Padre Antonio Yepes.

«Quod autem collectus mundus ante oculos ejus dicitur, non Cœlum, et terra contracta sunt, sed videntis animus est dilatatus; qui in Deo raptus, videre sine difficultate potuit, omne quod infra Deum est». Palabras de San Gregorio, citadas por el P. Yepes.

Algunos autores sostienen que San Benito vió en esta ocasión la Divina Esencia, pero á otros, les parece favor tan soberano, privilegio tan grande, caso tan raro, que lo niegan, fundándose en la Sagrada Escritura.

(10) *Santa Regla*, C, L III.

(11) Gordiano: *Vida de San Plácido*.

(12) «Necnon, et res suas in Majela, ubi pascua ab eodem Patre Benedicto, Monasterium Domini liberatoris, constructum est». Gordiano: *Vida de San Plácido*, c, 12.

(13) «Por el año 536 temiéndose ya el Abad y monjes del monasterio Novaliense, la venida de los sarracenos, pusieron en salvo las reliquias, joyas y ornamentos de la sacristía, y más de seis mil setecientos cuerpos de libros, que era un tesoro para aquel tiempo, el mayor que podemos encarecer.

estando el monasterio entre los Alpes, entre priscos y despeñaderos. De donde se puede echar de ver con que veras se profesaban las letras en la Orden de San Benito. Pingoño: *Crónica*; año 906.

(14) Palabras citadas por Sandobal: *Historia de los Monasterios de España*.

(15) San Gregorio: *lib. 2. c. 17*.





## CAPÍTULO V.

**Entrevista del rey Totila con San Benito.—Santa Escolástica.—El monasterio de Plumbariola.—San Benito no oye los ruegos de su hermana; Dios los oye.—Últimos momentos de San Benito.—Su tránsito.—Epílogo de las virtudes del Santo por el P. Yepes.**



HEMOS visto, poco há, el misterioso ascendiente que la mirada y las palabras de Benito ejercían sobre los godos. Cosa extraña y singular que un anciano inirme, flaco y extenuado por los rigores de dura penitencia, sin siervos, riqueza, ni poder, avasallara á hombres que semejaban fieras; pero si el andar de Benito era tardo y débil, si eran flacas sus fuerzas, y su rostro extenuado y macilento, sus ojos, en cambio, brillaban con ful-

gores que nadie podía resistir, y Dios había dado á su porte y á su palabra incontrastable poderío.

Esta fascinación, rara y acaso sobrenatural, iba á ocasionar un suceso que parece maravilla, un acontecimiento de resonancia. En él veremos frente á frente, y en su más alta representación, á los bárbaros y á los monjes, elementos constitutivos de la sociedad naciente.

Totila, el más bravo é ilustre de los sucesores de Teodorico, recogió el ensangrentado cetro de su tío Hildebaldo en el año de quinientos cuarenta y dos, y se propuso desde luego restaurar la monarquía de los Ostrogodos, puesta en grave peligro por Belisario. Fuéle propicia la fortuna, y alcanzó en Faenza ruidosa victoria sobre el numeroso ejército bizantino.

Cubierto de gloria, ceñido de lauros, se dirigía á atacar á Nápoles cuando le vino antojo de conocer al varón famoso, á quien romanos y bárbaros á una voz calificaban de profeta. Extraña ocurrencia la suya: ¿qué podía importar al héroe de las huestes bárbaras, el pobre cenobita de la montaña? Pero así son los hombres, los hombres, sobre todo, á quienes halaga el mundo; se llenan de caprichos, y quieren satisfacerlos en seguida.

Al desear Totila visitar á Benito, no dice la historia que fuera para causarle daños, sino por

mera curiosidad y antojo vano. En vez de continuar su marcha hacia Nápoles, se detuvo al pié de la montaña Casinense; en vez de aprestar sus tropas para recio combate, hubo de entretenerse en el juego pueril de engañar á un anciano y solitario monje.

Al efecto, y para probar el espíritu profético del Santo, dispuso que Rigo, capitán de sus guardias, se adornara con los vestidos reales y el calzado de purpura distintivo de la Majestad, y que con numerosa escolta, mandada por los condes Vulterico, Roderico y Blindinio, que velaban de ordinario por la persona del rey, se presentara al Abad, simulando ser el soberano. <sup>(1)</sup>

Así lo hizo, pero apenas le hubo visto el Santo, acercandose á él, le dijo dulcemente: «Triste es lo que hace tu rey; y tú, hijo, quítate el vestido que llevas, que no es el tuyo.»

Al oír estas palabras, el capitán cayó de hinojos, confundido, asustado, y lleno de angustia, por haberse prestado como instrumento de tanta superchería. Ni él, ni los de su comitiva osaron decir ni una palabra, y se partieron con presteza á llevar al Rey las nuevas de lo sucedido.

Totila, entre tanto, aguardaba con zozobra y viva inquietud. Se creyera, al verle así, que sus mensajeros habían de traerle de las alturas de Casino la corona de nuevos dominios, ó fausta novedad largo tiempo esperada. Al verles bajar

las vertientes del monte, corrió á ellos presuroso.

Rigo venia como fuera de sí, descompuesto el cabello, el mirar extraviado, y con señales de profundo pavor en el rostro, cual si saliera de lóbrego subterráneo.

Al hallarse en presencia del Rey, no pudo dominar su emoción, que era grande, y se manifestaba en la vehemencia de su hablar.

Todo, oh Rey, todo lo ha descubierto el misterioso monje á quien tratábamos de engañar. No hay para él secreto, ni ficción, ni arcano, ni cosa oculta y escondida. Todo lo sabe, todo lo ve, todo lo descubre. Hombre es maravilloso, que intimida y avasalla, más que intimidaban á nuestros padres las sombras de los suyos al cruzar las selvas nativas.

Veamos, veamos repuso Totila, después de enterado del suceso, y comenzó á subir la montaña monástica. Al llegar á la cumbre vió al Abad que le estaba aguardando. Su vista le produjo impresión indefinible, y sin acordarse para nada de que era Señor de Italia, cayó en el suelo, y se prosternó delante del siervo de Dios.

Por tres veces le dijo Benito, «levantaos»; mas como no quisiera dejar su humilde actitud, el Santo le dió las manos, y le ayudó á levantarse. (2)

Trabada luego conversación, Benito le reprochó las malas acciones de su vida, y le predi-

jo cuanto le había de suceder en adelante. «Mucho mal habeis hecho—le dijo—y hora es ya de que cesen vuestras iniquidades. Entrareis en Roma, atravesarais el mar, reinarais nueve años, y al décimo morireis.»

El Rey, muy conmovido, se encomendó á sus preces, y partió; pero en el alma llevaba un dardo vengador y saludable á la vez, y á contar de aquel día, su carácter iracundo se tornó en blando y apacible. <sup>(3)</sup>

Según lo había anunciado San Benito, Totila alcanzó nuevas victorias; seapoderó de Benevento y Nápoles, luego de Roma y Sicilia, y más tarde de Córcega; pero en todas sus conquistas mostróse dulce y clemente. Trató á los napolitanos como á hijos, y á los soldados prisioneros como á soldados suyos.

Rendida Roma tras prolongado asedio, prohibió á sus godos derramar ni una gota de sangre, libró á las mujeres de insultos y atropellos, y dejó para siempre renombre y fama de moderación y templanza.

Murió Totila, según la predicción de San Benito, en el décimo año de su reinado en una gran batalla con el ejército greco-Romano capitaneado por Narses.

La gloria y poderío de los godos puede decirse que se extinguieron con él, pues su sucesor Teias murió al año de reinar. No entraba, sin



embargo, en los designios del Señor que volviera Italia á sufrir el yugo degradante de los Césares de Bizancio: aunque dura y sangrienta, era mil veces preferible la dominación de los bárbaros. A los godos sucedieron los Lombardos, que habían de destruir la amada y santa fundación de San Benito, cuarenta años después de su muerte.

La entrevista de San Benito con Totila fué en quinientos cuarenta y dos, año que precedió al de su muerte; tocaba ya pues el fin de su carrera por el mundo, y Dios iba á apercibirle para la última batalla con un costoso sacrificio: el sacrificio de la más tierna afección que profesaba en la tierra.

San Benito, como hemos visto al comienzo del libro, tenía una hermana; llamábase Escolástica; los dos habían nacido en el mismo día, y cual buenos hermanos, se amaban con especial ternura; pero amaban á Dios sobre todas las cosas y todos los amores.

Poco, casi nada, se sabe de la vida de Escolástica; pero eso poco hemos de decirlo, porque es de suyo edificante, y va además unido á las cosas de nuestro Santo. Cuando supo que su hermano había dejado el mundo para unirse con Dios más estrechamente, no sintió pena ninguna, sino contento y satisfacción; le amaba mucho, es cierto, y por eso se complació al saber que to-

maba el camino más derecho para alcanzar la felicidad verdadera.

Con la ausencia de Benito quedaba heredera de los cuantiosos bienes de su casa. Cuenta el P. Ratisbona en la *Historia de San Bernardo* <sup>(4)</sup> que después que éste y sus cinco hermanos hubieron recibido de su padre la licencia y bendición para retirarse al claustro, hallaron á su hermano menor jugando con otros niños de su edad á la puerta del castillo. Guido, el mayor, y el heredero, le abrazó tiernamente y le dijo: «¡Nivardo! ¿ves ese palacio y esas tierras? pues bien, todo será para tí.» «¡Como!—respondió el niño, con un sentimiento que nada tenía de infantil—¿vosotros tomáis el Cielo y me dejáis la tierra? el reparto no es igual.» Nos sabemos si hubo quien dijera á Escolástica: los palacios de Nursia, los amenos jardines de la vega, la riqueza inmensa de la familia Anicia, todo es para tí, por la ausencia de Benito; pero sabemos de cierto que, como Nivardo, halló el reparto desigual, y eligió la parte de su hermano.

Joven, rica, agraciada, de ingenio peregrino, llamábala la suerte á brillar en el mundo como pocas; pero desde el punto que supo las santas empresas de su hermano, se propuso imitarle, y ya no aspiró á más que á servir á Dios con todas sus fuerzas y toda su alma.

Hay quien dice que cuando su hermano se

fué á Subiaco ella se retiró á un monasterio cuyo nombre no se cita. <sup>(5)</sup> Otros autores afirman que vivió retirada en su palacio de Nursia, dejando sólo trascender al público mansa fragancia de sus virtudes. Sea como fuere, vivió retirada del mundo, y consagrada á Dios con voto, que en esto andan todos conformes, hasta que San Benito se trasladó á la soledad de Monte Casino. Entonces fué á verle.

Fácil es presumir cual fuera la primera conversación de los dos hermanos, toda de Dios, toda edificante y santa, y es fama que mientras hablaban los envolvía luz resplandeciente, y que sintieron gracia interior, obradora de grandes prodigios en sus almas.

Escolástica manifestó á su hermano el propósito de abrazar su Regla, y de edificar un monasterio á poca distancia del suyo. San Benito consintió, y se hizo como ella quería. El monasterio construido á expensas de Escolástica se llamó de Plumbariola, y distaba una legua escasa del de Monte Casino.

A él se retiró la piadosa fundadora, y pronto se vió lleno de vírgenes, que fueron las primeras monjas benedictinas. No hacían en aquel entonces voto de clausura, y Escolástica salía del monasterio una vez al año para visitar á San Benito. Estas visitas periódicas tenían lugar en una granja dependiente de Monte Casino, á corta dis-

tancia del monasterio de Benito, porque el Santo Patriarca había prohibido que las mujeres pasaran la cerca de la morada de los monjes. <sup>(6)</sup>

Grata por extremo y provechosa era esta anual entrevista para los dos hermanos, para Escolástica, sobre todo, que recibía instrucciones y alientos para gobernar el monasterio y aventajarse ella en la virtud. Con una conversación habida con su hermano atesoraba para mucho tiempo espiritual deleite y dulcedumbre.

Trece veces durante trece años había ido Escolástica á Monte Casino, y cuando se acercaba el tiempo de ir la décima cuarta, tuvo presentimiento y acaso revelación de su próxima muerte. Con ansia viva deseaba comunicar la nueva á su hermano, pero obediente y sumisa al Santo Patriarca, aguardaba á que él la señalara el día de verle. Ese día llegó, y fué el siete de Febrero del año quinientos cuarenta y tres, día solemne, de júbilos y excepcional contento para Escolástica

Visitar á su hermano era para ella siempre un acontecimiento fausto, pero visitarle como de despedida y en vísperas de alejarse del mundo para vida mejor, debía de alegrarla sobremanera. Bien se la manifestaba la alegría en el rostro, en el porte, en la vehemencia de su decir, con harta extrañeza de sus monjas, acostumbradas á verla grave y mesurada.

En la mañana del día citado, levantóse antes de la hora de costumbre, cuando aún brillaba en la serena atmósfera el lucero vespertino, y se fué al coro á orar. El contento interior de su alma se exhaló en himnos de gozo y rendida alabanza al Criador; veía próxima la hora de su libertad y tránsito á la gloria, y saludaba á la muerte como á buena amiga, y cantaba á Dios y á los moradores todos del Cielo cantos alborozados. Cuando la comunidad se hubo reunido en el coro para salmodiar maitines, las monjas notaron que la voz de Escolástica tenía ecos dulcísimos, y dejos celestiales, nunca hasta aquel momento oídos.

Al llegar la hora de partir, las monjas se echaron á sus piés.

Oh santa madre, gimió la más anciana, andamos temerosas y nos parece que no vas á volver. Cuando otras veces subías la montaña, quedábamos tristes, pero luego nos consolaba tu vista, y las nuevas y los consejos que traías; pero ahora no volverás, el corazón nos lo dice, nos lo dice tu rostro: te vas al Cielo y nos dejas en el desierto.

Escolástica salió conmovida del monasterio, pero pronto cayó en abstracción completa. Ni los rayos del sol al dorar los ribazos del monte, ni las blancas ovejas pacienco por los collados, ni el ruido de los riachuelos de la vega lograron

turbar las hondas meditaciones de su mente.

San Benito la aguardaba como de costumbre en la granja; al verle Escolástica, como quien despierta de un sueño, salió de dentro de sí, é inmensa alegría se dibujó en su semblante. Tenía prisa de comunicarle las consolaciones de su espíritu, y sus presentimientos y esperanzas.

El tiempo pasaba como olvidado para los dos hermanos, sumidos en fervorosa y vehemente plática. A punto de arribar á la morada del eterno gozo, hablaban de ella como de cosa que habían de ver en breve, y oyéndoles, debieron de enmudecer las aves, y saltar de gozo las rocas del monte.

Al caer de la tarde pusiéronse á comer, pero Escolástica embargada, fascinada con las palabras de su hermano, no veía los manjares de la mesa, y, como San Bernardo seis siglos después, hubiera bebido aceite por agua sin advertir la diferencia. Pendiente de sus lábios saboreaba la doctrina que caía de ellos, y no se saciaba sino que deseaba oírle más y más. Al ver que se acercaba la hora de marchar, la entró gran desconsuelo y nuevas ansias de prolongar la entrevista: «Hermano—le dijo—ruégote que no te apartes de mí esta noche para poder hablar hasta el alba de las delicias del Cielo.» «¿Qué estas diciendo?—contestó Benito—por nada del mundo puedo pasar la noche fuera del monasterio».

Al oír esta repulsa, dejó Escolástica caer la cabeza entre sus manos apoyadas sobre la mesa, y oró á Dios, rompiendo en llanto, siendo sus lágrimas tantas que la mesa quedó como anegada.

El cielo estaba sereno, sin una sola nube; mas al levantar Escolástica su frente angustiada, oyóse un trueno, que fué el primer anuncio de una tempestad violentísima.

La lluvia, los truenos y relámpagos fueron tales que ni San Benito ni los monjes que le acompañaban pudieron salir de la granja; «Perdonete Dios, hermana mía, pero ¿qué es lo que has hecho?» «Te supliqué y no me oíste—contestó ella—he suplicado á Dios y me ha oído; parte ahora á tu monasterio, si puedes, y déjame.»

En santos coloquios pasaron las horas de la noche, y al amanecer del nuevo día, se separaron los dos hermanos, para no volver á verse más en la tierra. <sup>(8)</sup>

Tres días después, hallándose Benito asomado á la ventana de su celda, <sup>(9)</sup> vió entrar en el Cielo, en figura de paloma, el alma purísima de Escolástica, y trasportado de gozo, prorrumpió en cantos é himnos á la gloria de Dios. Llamó alborozado á los monjes, y les manifestó lo que acababa de ver. El cuerpo de la Santa estuvo tres días en Plumbariola, pasados los cuales fué trasportado á Monte Casino y enterrado en la sepultura que Benito había hecho abrir para él. No quiso

el Santo Patriarca que la muerte separara sus cuerpos, ya que las almas habían vivido tan estrechamente unidas en el Señor.

La muerte de Escolástica fué para Benito como la señal de partir: sólo la sobrevivió cuarenta días. En íntima y frecuente comunicación con el Cielo, no se le ocultaba, ó mejor dicho, sabía de cierto que la última hora de su vida estaba próxima: así lo comunicó á varios de sus discípulos ausentes del monasterio, entre ellos á Mauro, que andaba á la sazón caminando por las Galias.

El día catorce de Marzo hubo de caer enfermo, vencido su cuerpo por aguda y violenta fiebre.<sup>(10)</sup> Profundamente recogido su espíritu, pronunciaba pocas palabras que parecían impregnadas del dulce calor que consumía su alma. Sus hijos, sus monjes queridos compartían sus dolores: día y noche arrodillados en los claustros, en las celdas, al pié de las imágenes de la iglesia pedían á Dios con lloro amargo que no les arrebatara á su Padre, y á la más leve mejoría prorrumpían en ferviente acción de gracias.

Al sexto día de su enfermedad, débil, extenuado, moribundo, se levantó del lecho, y quiso á toda costa que lo llevaran al oratorio de San Juan Bautista donde de antemano había hecho abrir la fosa que guardaba los restos de su hermana.



Penetremos con el espíritu en la silenciosa capilla.

El cuerpo de Escolástica despide puro aroma que embalsama el ambiente; el Santo Patriarca, junto á la sepultura abierta de su hermana, y rodeado de sus discípulos, sostiene con braveza el último combate, y sus ojos, donde parece que se ha reconcentrado la vida y el calor del cuerpo, no se apartan ni por un instante del altar. Los monjes, consternados, poseídos de ansiedad y congoja, ruegan con lágrimas, y miran como van extinguiéndose las últimas llamaradas de aquella antorcha que los había guiado por el camino del Cielo. No todos caben en el estrecho oratorio, y entran y salen, le miran, y mirándole se quedan como extáticos. Todos han ofrecido á Dios sus vidas por la vida de su Padre, y anhelosos y atentos siguen sus últimos instantes, como si quisieran recoger todas las palpitaciones de su pecho, todos los fulgores de su mirada.

El Santo parece como insensible á cuanto le rodea, y es que espera á Aquel que es Señor de la vida y de la muerte, y va á ser en breve su premio y eterna ventura. Un monje se dispone á darle el Viático.

Benito, por un supremo esfuerzo de su voluntad, se incorpora, y al divisar en manos del sacerdote la blanca Hostia, pan divino de amor y

misericordia, imán que le roba el alma, luz que le envuelve y fascina, quiere volar y desfallece; celestial contento inunda su rostro, pugna por salirsele el corazón, y con voz de timbre claro y varonil pronuncia: *Domine non sum dignus*.

Y después....después de recibir á Dios en su pecho, mira con inexplicable dulcedumbre á sus monjes arrodillados, y los bendice, y extendiendo luego hacia el Cielo sus brazos abiertos, en pié, y orando, entregó su espíritu al Criador.<sup>(11)</sup>

Dos monjes, uno en el monasterio, otro andando por lejanas tierras, vieron infinitas estrellas formando como una vía inundada de luz hacia el Oriente, desde el Monte Casino hasta el Cielo, y oyeron una voz que les decía: «Benito, el amado de Dios, ha subido por aquí á la gloria»

---

Tal fué el tránsito dichoso del Patriarca de los monjes, del esclarecido San Benito, Bendecido por nombre y por gracia. Lo que pasó en el monasterio después de su muerte, la pena de los monjes, y como un epílogo de sus virtudes, lo copiamos del P. Antonio Yepes, que en el arte de manejar la pluma con galanura y aticismo pocos le han aventajado. Dice así el ilustre Cronista de la Orden benedictina: «En el Cielo estaban gozosos y alegres con el alma de San Be-

nito, pero sus discípulos y monjes acá en la tierra quedaron muy tristes y llenos de lágrimas, llorando la pérdida de tan gran maestro, aunque consolados con la esperanza de seguir el mismo camino.

Pusieron el cuerpo en el sepulcro donde estaba enterrada su hermana Santa Escolástica, como lo había mandado á la hora de su muerte.

Fué nuestro Padre San Benito alto de cuerpo, de estatura justa y bien proporcionada, de rostro grave y severo, pero en ocasiones alegre y apacible, y en la barba y cabello tenía las canas muy bién puestas, que autorizaban su venerable presencia.

Estuvo ordenado de sacerdote; <sup>(12)</sup> tratóse en toda la vida con mucha aspereza, particularmente en las cuaresmas, en las cuales no comía cada semana sino dos veces: su bebida era siempre agua, y en todos tiempos comía y bebía muy poco y dormía menos, y así fué muy continuo en la lección y oración.

Naturalmente era amigo de soledad y silencio, y escogió en sus primeros años la vida eremítica; después fundó sus monasterios en lugares retirados de la conversación, en montañas y en islas, y de ellos nunca leemos que haya salido, si no es á fundar nuevos monasterios ó á predicar á los infieles.

Aunque consigo fué muy riguroso y peni-

tente, con sus súbditos guardó una medianía en todo discreta. Quería que hubiese aspereza, puntualidad y observancia, pero mezclada con prudencia y suavidad.

Amó mucho á sus monjes, y era con extremo amado de ellos, y esta fué la principal traza con que gobernó á sus monasterios, y es lenguaje y dicho suyo, escrito en su Regla, que el Abad ha de procurar más ser amado de sus monjes, que temido. Con esto los tuvo siempre obedientes y rendidos, y si bien los mortificaba y probaba en cosas dificultosas, les parecían fáciles.

Con los peregrinos y personas principales que le visitaban fué muy cortés y cumplido, y comía siempre con ellos. Al principio, en Subiaco, pasó con mucha pobreza, pero en el Monte Casino tenía el monasterio lo necesario para sustentar la vida, y fué de parecer San Benito que tuviesen las casas rentas para que se estorbasen las salidas de los monjes: decía que en ninguna manera convenía á los monjes salir fuera del monasterio. Los de su Orden han sido riquísimos y poderosísimos, pero juntamente con esto, ningunos religiosos más pobres en sus personas, porque el Santo no permite en su Regla que ni un pañuelo, ni una pluma se tenga sin licencia del Abad.

Estudió muy poco en el siglo, pero después

leyó tanto, y tuvo tan gran trato con Dios, que su Majestad fué su preceptor.

De las palabras de la Regla de San Benito se colige que los principales vestidos que señala son: saya, que corresponde á la túnica de los antiguos, y la cogulla, que es como capa ó toga, y porque sería inconveniente traerla siempre puesta, manda San Benito que para las obras y y trabajo de manos sirva el escapulario.

En lo que toca al color del vestido no lo dejó determinado en su Regla, sino que indiferentemente se puede usar negro, blanco, pardo, leonado, y los demás colores que son decentes y monásticos. Con esta permisión algunos santos que desde su principio recibieron el hábito negro de San Benito, y después hicieron nuevas congregaciones, y fueron escogidos por Dios para fundar nuevos monasterios, (aunque dejándolos en la profesión de su misma Regla de San Benito) escogieron colores diferentes, sin ser visto contravenir á la Regla que habían profesado. De aquí vino que San Romualdo, fundador de los monjes camandulenses, los vistiese de blanco, y San Juan Gualberto mandare á los suyos los trajesen de color gris. San Estéban Alverno, Padre de los grandimonteses, y el Papa San Celestino V, fundador de los que por su respeto se llamaron celestinos, visten hábito blanco, juntamente con los monjes olivetanos. La insigne

de los cirtercienses, que por otro nombre llaman de San Bernardo, usó la mezcla de blanco y negro, casi desde el principio de su fundación.

El color que San Benito traía vestido y sus monjes era negro; <sup>(13)</sup> este mismo traían sus discípulos, en cuantos monasterios se fundaron en el mundo, por más de cuatrocientos años, y aunque San Benito permitió que trajesen los vestidos del color que mejor les pareciese, no se lee que ningún monje benito, en muchos siglos, haya traído sino cogulla y hábito negro. De suerte que en tiempos antiguos lo mismo era decir monje negro que monje benito.»



## NOTAS.

(1) Cui dum protinus mandatum de monasterio fuisset ut veniret spatarius.....Tres qui sibi præ cæteris adhærere censueverat... San Gregorio: *lib*, 2, c, 14.

(2) En la iglesia de los benedictinos de San Miniato, cerca de Florencia, existe un precioso fresco de Spinello Aretino, representando con primor esta escena.

(3) Le Comte de Buat: *Histoire ancienne des peuples de l' Eglise*, T, X, p, 320, 329, 444. Procopio: *De Bell*, *Goth*, 1, 3.

(4) La *Historia de San Bernardo*, escrita en francés por el P. Teodoro de Ratisbonne, se está publicando en nuestra lengua, á lo que me parece, en Sevilla.

(5) Esta opinión no vá contra los decretos del Papa San León, que prohibían á las mujeres vestirse el velo de religiosas si no contaban á lo menos cuarenta años. En estos decretos sólo se trataba de la bendición solemne, que equivalía á lo que en la actual disciplina se llaman votos solemnes. Veáse la obra de Tomhasin: *Vetus ac Nova Disciplina pars*, 1.<sup>a</sup> *lib*, III, c, 58.

Existían por entonces diversas clases de monjas: unas vivían en celdas aisladas; otras en el seno de sus familias, obligadas á ciertos rezos y penitencias; y otras en comunidad, bajo la autoridad de una superiora y de una Regla permanente. Mabillon prueba, contra los Bollandistas, que Escolástica perteneció á la última clase, y la califica de *Virginum Benedictinarum Ducem, Magistram et Antesignanam*.

(6) Ahora existe allá una capilla levantada en memoria de las entrevistas de los dos santos hermanos.

(7) Insertis digitis manus super mensam posuit.....Caput in manibus declinans lacrymarum fluvium in mensam fuderat...Parcat tibi omnipotens Deus, soror; quid est quod fecisti?...Ecce rogavi te, et audire me noluisti...Modo ergo, si potes, egredere, et me dimissa, ad monasterium recede. San Gregorio: *Diálogos*, II, 33.

(8) He oído decir á un P. benedictino, que fué por algún tiempo conventual de Subiaco, que las benedictinas de la ciudad de Subiaco salían una vez al año de su monasterio, é iban en procesión á visitar la santa cueva, y allá pasaban el día para conmemorar la visita anual de Santa Escolástica á San Benito. Las monjas no salen de su monasterio desde que Victor Manuel despojó inicua-mente de sus Estados al Papa.

(9) «El día de hoy se muestra en el mismo monasterio Casinense, hacia la parte de Mediodía y Poniente, el lugar de la celda de nuestro Padre San Benito, en que hay una capilla bien edificada y labrada, que tiene de largo diez y ocho pasos, y siete de ancho; está allí la ventana, donde tuvo esta revelación, y la otra que dejamos contada, cuando vió San Benito el alma de San Germán, en el cerco de fuego, subir al cielo.» P. Yepes: *Crónica general de San Benito*.

(10) San Gregorio: *lib*, 2, c, 37.

(11) Erectis in cœlum manibus stetit, et ultimum spiritum inter verba orationis efflavit. San Gregorio: *Didl*.

(12) Mabillón asegura que San Benito fué solamente Diácono, y otros autores que no recibió ningún orden; pero la Regla del Santo y otros numerosos testimonios prueban que fué sacerdote, y así lo han creído y sostenido los autores benedictinos, y otros de fuera de la Orden, como Sozomeno en el tomo 1.º *De los Patriarcas*, Justino en la *Crónica Vicenciana*, y Zonaras en las *Cosas de Bizancio*; todos tres autores griegos.



«Consta de un libro antiguo, escrito en pergamino, el cual se halla en el monasterio de Santa María de Amer, de la diócesis de Gerona, en el cual se halla un himno de los milagros de San Benito, cuyo metro, por su falta de elegancia, manifiesta que se escribió en tiempo en que estaba aquella tierra oprimida de los moros, y en él se pone el sacerdocio en la estancia cuarta, y es como sigue:»

### HIMNUS.

Fratres alacri pectore  
Venite conceptu pari,  
Fruamur hujus inclitæ  
Festivitatis gaudiis.

Hac Benedictus aurea  
Ostensor arcti tramitis  
Ad Regna conscendit Pater  
Captans laboris præmia.

Efulsit ut sidus novum,  
Mundana pellens nubila.  
Resplenduit prodigiis  
Ventura seculo præcinens.

Deus in Sacrificiis  
Cum Benedictus se offerat  
Amoris verbis resonans  
Dicebat illi in auribus.

Laturus essum pluribus  
Sanis reformat vasculum,  
Aretumque dans ergastulum  
Extinguit ignes ignibus.

Fregit veneni bajulam  
Crucis per arma cymbam  
Coercuit mentem vagam  
Leni flagello Corporis.

Funduntur omnes rupibus  
Redit calibs è gurgite,

Hostem ruina conterit.  
Cedit fremens Leo gravis.

Immota sit moles levis,  
Rogus migrat fantasticus  
Fractum revertit sospitas  
Excessus absentem patet.

Rector vaser reprehenderis  
Inique possesor fugis,  
Futura prænoscimini  
Arcana cor non contegit.

Fundatur edes eminus,  
Tellus vomit cadavera  
Dracone frenatur fugax  
Æther pluit numismata.

Vitrum resistit cautibus  
Manant olivo doliæ.  
Victum resolvit visio  
Vitam receptam funera.

Tanti potestas luminis  
Voto sororis vincitur.  
Quo plus, qui plus, valet  
Enare quam cernit Polo.

Nonante seclis cognitum  
Noctu jubar efulgerat.  
Quo totus Orbis cernitur,  
Flammisque sub votis pius.

Hæc inter instar nectaris  
Miranda plectro claruit,  
Nan pinxit apte lineam.  
vitæ sacræ sequacibus.

Jam dux alumni fat potem  
Adsis gregis suspiriis,  
Gliscat bonis hydrum canens  
Sit callis, ut sequar tui.

Padre Fray Antonio de Heredia: *Flos sanctorum de la Orden de San Benito.*

(13) «En las historias de la provincia de Nursia, donde nació San Benito, se cuenta que muchas veces en cercos y guerras que ha tenido aquella ciudad, veían á San Benito, con saya y cogulla negras, socorriendo á los de su patria, y con su presencia alcanzaron señaladas victorias. Dícese también del Gran Capitán que en tiempos de nuestros abuelos, en el cerco de Barleta, se vió muy afligido, y una noche se encomendó muy de veras á San Benito, de quien era devotísimo. El Santo se le apareció animándole, dió palabra de ayudarle, y le pidió que, en reconocimiento de este favor y merced que le hacía, fuese á Casino, y diese orden como se viniese con la congregación que entonces se reformaba en Italia.

Otro día mandó el Gran Capitan que llamasen á algún monje para decirle lo que había visto; vinieron dos olivetanos, que visten blanco, y guardan la Regla de San Benito; desconociólos el Gran Capitán, diciendo que no se le había aparecido el Santo con aquel hábito. Llamaron luego á otros de San Severino de Nápoles, de la congregación de Santa Justina, que son monjes negros, y entonces dijo: «Estes sí, estos es el hábito con que se memostró San Benito,» y con ellos trató y comunicó la revelación que había tenido. «Padre Antonio Yepes: *Crónica General de San Benito*.





## CAPÍTULO VI.

**Las reliquias de San Benito y de Santa Escolástica.—  
Diversas opiniones acerca de donde se encuentran.—Su traslación á la Abadía de Fleury.—Carlo-  
mano.—Nueva traslación de las reliquias desde Fleury  
al monasterio de Monte Casino.—Varios milagros.  
—Una bula del Papa Urbano II.**



La profecía que oyera Teoprobo de labios de San Benito se cumplió en todas sus partes, cuarenta años después de su muerte.

En el de quinientos cuarenta y tres, los Longobardos subieron, haciendo estrago, la montaña de Casino, y destruyeron el monasterio. Los monjes lograron huir, y se establecieron en Roma, dejando con honda pena, envueltos entre las ruinas, los cuerpos venerandos de San Benito y de Santa Escolástica.

Acerca de cual haya sido la suerte y parade-ro de estos cuerpos gloriosos, andan tan encontrados los pareceres, que es harto dificultoso averiguar la verdad.

El cardenal León Hostiense, <sup>(1)</sup> á quien siguen muchos autores italianos, afirma que, en efecto, los cuerpos de San Benito y de Santa Escolástica quedaron entre montones de escombros después de la destrucción del monasterio; pero que los monjes enviaban desde Roma individuos de la comunidad para que vigilaran las ruinas; que nunca los sagrados parajes de Monte Casino estuvieron del todo desamparados, y por último, que cuando se reedificó el monasterio y los monjes volvieron á él, allá estaban los sagrados cuerpos, y allá han seguido, sin que fueran trasladados á Francia ni á parte ninguna.

Los autores franceses, y al frente de ellos Adrevaldo, monje de Fleury, <sup>(2)</sup> dicen, por el contrario, que en tiempo del rey Clodoveo fueron los santos cuerpos trasladados á Francia, y depositados, el de San Benito en la Abadía de Fleury, y el de Santa Escolástica en un monasterio de monjas en la ciudad de Mans, y que ya no han salido de Francia.

Los sostenedores de ambas opiniones pretenden hacer probanza de ellas, alegando juicios de historiadores, Bulas pontificias y milagros acaecidos. Sin penetrar nosotros en esa erizada selva,

diremos solamente lo que sobre el particular aparece más probado; lo que ha sido sostenido por personas imparciales y ajenas á la apasionada contienda, como el P. Antonio Yepes, y los monjes todos de la antigua Congregación de San Benito de Valladolid, y es como sigue:

Por los años de seiscientos sesenta gobernaba San Múmoló con sumo acierto el monasterio de Fleury, á orillas del Loire, y cercano á la ciudad de Orleans. El piadoso Abad, al leer en los *Diálogos* de San Gregorio el Magno la profecía de San Benito sobre la destrucción del monasterio de Monte Casino, le entraron fuertes deseos de indagar si se había cumplido, y no tardó en saber que, en efecto, sólo quedaban ruinas del monasterio, y que se ignoraba el lugar donde habían quedado ocultos los cuerpos de los santos hermanos.

La idea de que los restos del Patriarca y Fundador de su Orden quedaran así olvidados y perdidos atormentaba de día y de noche á San Múmoló, y pedía al Señor, con fervientes ruegos, que le mostrase manera de volver las preciadas reliquias á la veneración y culto de los fieles.

El Señor oyó sus súplicas, y le mandó que enviara un monje á Monte Casino. Este monje fué Aygulfo, hombre sencillo y de sólida virtud: Dios le dió fuerzas y aliento para llevar á cabo

la empresa dificultosa que acometía por orden de su Abad.

Primero fué á Roma, á implorar la protección de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y luego se trasladó á Monte Casino. Al ver profanado y destruido el monasterio donde San Benito había hecho cosas tan señaladas, sintió gran desconsuelo, pero no desaliento ni desmayo, porque el buen éxito de su jornada lo tenía muy de veras encomendado á Dios, y en Él esperaba con viva fe.

La primera noche después de su llegada á Monte Casino la pasó en oración, y al día siguiente se le apareció un anciano de rostro venerable y hermoso, y le dijo: «Verás una luz clarísima que como monte de nieve se despeña de los Cielos, y donde la luz se pare allí descansan los huesos.» <sup>(3)</sup> La luz, en efecto, cayó del cielo refulgente y clara, y se detuvo sobre un promontorio formado por los escombros. Aygulfo cavó en él, y halló una sepultura, y dentro de ella la caja que contenía los restos que buscaba con tanto anhelo.

Contento con el precioso hallazgo se disponía á llevarlo á Francia, cuando vió que llegaban á la explanada unos hombres que dijeron venir de la ciudad de Mans sin otro objeto que cavar y buscar entre las ruinas el cuerpo de Santa Escolástica, porque los Señores de la ciudad, sabedores del cumplimiento de la profecía

de San Benito, se lo habían mandado así. Cuando Aygulfo les mostró la caja que contenía el cuerpo de la Santa y el de su hermano, se alegraron sobremanera, y ya no quisieron separarse de aquel tesoro que habían ido á buscar desde tan lejos.

Aygulfo y los ciudadanos de Mans salieron de Monte Casino, escoltando las reliquias, guardándolas y ocultándolas con mil precauciones é industrias, para que no fueran vistas por nadie, porque sentían hartos temores de que se las arrebatasen. Sin embargo, los sagrados cuerpos fueron dejando por el camino rastros de bendición: dieron vista á dos ciegos, uno que lo era de nacimiento, y sanaron á un manco. <sup>(4)</sup>

San Múmoló recibió aviso de la llegada de las reliquias, y su contento fué tan grande que no es para decirlo. La buena nueva corrió por los valles deleitosos que fertilizan y embellecen las aguas del Loire, y en Fleury, Gien, San Martín, Bray, Germigny y otros pueblos comarcanos cesaron las labores del campo, y hombres mujeres y niños se dieron á frenéticas manifestaciones de alegría.

Cuando Múmoló supuso que las reliquias debían de estar cerca, salió á recibirlas en procesión; seguíanle todos los monjes de la Abadía, los Señores de los castillos vecinos, el clero, é inmensa multitud de gentes.



En presencia de esta muchedumbre sucedió un prodigio que hizo subir hasta lo increíble el entusiasmo y el amor á los dos santos hermanos. Sus reliquias venían en dos departamentos de una misma caja, pero no se sabía cuales fueran las de San Benito y cuales las de santa Escolástica.

Para averiguarlo, puso San Múmoló los huesos que estaban en un departamento, y que por ser mayores había lugar á suponer que fueran los del Santo, en contacto con una muchacha que acababa de morir, y sobre aquel cuerpo inerte y frío no produjeron efecto ninguno; tocó después con ellos á un niño muerto, y resucitó instantáneamente: aquellos eran sin duda los restos venerables del Patriarca. <sup>(5)</sup>

Aplicando después los huesos del otro departamento, que eran menores, á la muchacha antes citada, volvió á la vida, con general admiración y asombro: aquellos eran los de Santa Escolástica.

En una capilla dedicada á la Virgen en la iglesia abacial puso San Múmoló el cuerpo de San Benito; el de Santa Escolástica lo dió á los hombres de Mans que habían ido á buscarlo á Monte Casino.

La ciudad de Mans celebró fiestas memorables para recibir el cuerpo de la Santa, y construyó en las afueras suntuoso templo para colo-

carlo; más adelante fué trasladado á un monasterio de benedictinas fundado para este fin.

Pasaron los años; el monasterio de Monte Casino, centro y cabeza del Orden de San Benito, se reconstruyó con inimitable magnificencia, y volvieron á él los monjes que desde su destrucción habían vivido en Roma, puestos siempre los ojos en aquella santa montaña, de donde había salido su Regla, como sale el sol de entre las nubes para alumbrar el mundo. Dicha grande era para ellos vivir donde había vivido su Patriarca, pero faltábales su cuerpo, su santas y suspiradas reliquias, y esta falta era como un vacío que nada podía llenar en su corazón, como una angustia del alma abrumadora y constante.

El monasterio reconstruido en el año de setecientos treinta y uno fué consagrado por el Papa Zacarías en el de setecientos cuarenta y ocho. Por esa época precisamente llegaba á sus puertas un Príncipe ilustre, que, habiendo pasado sus mocedades entre el estruendo de las batallas, iba á buscar en los callados claustros de Monte Casino la paz del alma y vida más perfecta.

Era Carlomano hijo de Carlos Martel, hermano de Pepino, y tío de Carlomagno. A la muerte de su padre heredó los reinos de Austrasia, Suabia y Turingia, como Mayordomo *por la gracia*

*de Dios.* Trás vida azarosa y guerrera, fatigado del mundo, y ganoso de enmendar con dura penitencia los yerros y pecados de su juventud, se retiró á un monasterio edificado á sus expensas en el Monte Sorate; pero eran tantas las gentes que iban á verle, sobre todo de entre los Francos, que no le era posible darse de lleno á la contemplación de las cosas divinas, y para buscar más soledad y apartamiento se fué al monasterio de Monte Casino.

Acababa, como hemos visto, de restaurarse, y era á la sazón Abad el docto y piadoso Petronio, hombre de gran voluntad y entereza. La reconstrucción del manasterio se debió á su actividad y celo.

Petronio vistió á Carlomano la austera cogulla benedictina, y le tuvo, desde que le vió, como enviado de Dios para la alta empresa de volver á su primer asiento el cuerpo del Patriarca.

Carlomano, por su parte, cooperaba valientemente á la gracia del Cielo, y fué, desde que entró en el monasterio, monje obediente, mortificado y ejemplar.

Así que hubo pasado algún tiempo ejercitándose en oficios humildes y en la práctica de la virtud, el Abad le envió con otros monjes á Roma para que pidiera al Papa, que lo era entonces San Zacarías, los restos del Patriarca y de su hermana. El Papa accedió, y envió *Letras*

á los monjes de Fleury para que devolvieran las reliquias á los de Monte Casino; pero el Pontífice murió sin que se hubieran cumplimentado sus *Letras*, y murió también el Abad Petronio, sin ver realizado el más vivo deseo de su vida.

En el año setecientos cincuenta y uno, Optato sucedió á Petronio en la Abadía de Monte Casino: por entonces ocupaba la silla apostólica Esteban II.

Entre el Papa y el Rey de los Longobardos Astolfo, surgieron diferencias, y el Papa se fué á Francia para implorar el apoyo del Rey Pepino. Temeroso Astolfo de que la alianza de Esteban con el Rey de los francos pudiera traerle perjuicios, suplicó al Abad de Monte Casino, cuyo territorio estaba enclavado en sus dominios, que enviase á París á Carlomano para que abogara por él con el Rey su hermano.

Con la doble embajada de procurar la paz entre el Papa y el Rey de los Longobardos, y de traer á Casino las reliquias del Patriarca, fué Carlomano á Francia. <sup>(6)</sup>

Para conseguir lo primero, se presentó en la Dieta de Kiersi, y si no logró lo que intentaba, fué por causa de Astolfo, que se negó en absoluto á ceder la Pentápolis, por más que Pepino le ofreciera en cambio doce mil sueldos en oro; pero sí consiguió que su hermano y el Papa, de acuerdo, mandaran que los monjes de Fleury y la ciu-

dad de Mans le entregasen respectivamente los cuerpos de San Benito y Santa Escolástica. Así lo hicieron, con harta pena, y no sin propio vencimiento. <sup>(7)</sup>

La marcha de los cuerpos gloriosos por Francia é Italia fué como en triunfo, y rodeada de maravillas y milagros. Al colocarlos en una barca para atravesar el río Ligeris, los hielos obstruían el paso; mas al sentir el contacto de los santos cuerpos, se deshelaron las aguas, y corrieron raudas y límpidas. <sup>(8)</sup>

Era en el mes de Diciembre, y esto no obstante, por donde pasaban brotaban flores de entre la nieve, se cubrian de verdor las montañas, y luces refulgentes envolvían de día y de noche á las reliquias y á su cortejo, señalando los derechos derroteros de Monte Casino. <sup>(9)</sup>

En el monasterio Casinense los aguardaban el Papa Esteban II, el Rey de los francos, siete Cardenales, los monjes del monasterio, y los de otros monasterios vecinos; y día más venturoso que aquel en que llegaron, no ha amanecido para los austeros cenobitas de la Abadía de Monte Casino.

Las reliquias, anhelo de su vida, volvían á estar entre ellos trás de larga ausencia, y era su dicha completa. Con entusiasmo, con fervor, con delicia indefinibles, las colocaron debajo del altar mayor, para poder verlas desde el coro,

mientras dirigían á Dios sus rezos y plegarias. <sup>(10)</sup>

Si alguna vez surgieron dudas sobre la autenticidad de las reliquias, Dios se encargó de disiparlas. Los milagros allá obrados son imposibles de contar en una obra de las dimensiones de esta, pero diremos tres, cogidos como al azar de entre millares.

Refiere León, Obispo de Hostia, que «en el año mil veinte, vivía en el monasterio de Monte Casino un monje virtuoso y observante, que se llamaba Adán; algunas veces le enviaba la obediencia á Roma para negocios que se ofrecían, y siempre se hospedaba en San Pablo, que estaba fuera de la ciudad, y es de la misma Orden de San Benito. El Abad era muy amigo suyo, porque ambos eran muy grandes religiosos, y hablando un día de este caso, y preguntando el Abad que si era así que San Benito estaba en Francia en el monasterio Floriaciense, porque se decía que sucedían allí continuos milagros, y ningunos en Monte Casino, dijole Fray Adán que se fuese con él. Llegaron juntos al altar de San Pablo, y puso Fray Adán la mano encima, y dijo: «Yo, hago juramento á Dios, y al cuerpo de San Pablo que aquí está, que lo que voy á decir es gran verdad, aunque há muchos días que lo guardo en secreto. Yo tuve gran duda de esto por ver que muchos la tenían, y en tanto grado iba creciendo, que se entibiaba mi devo-

ción por esta causa. Un día saliendo el convento de Completas, me dió particular deseo y devoción de llegarme al sepulcro, y estúvelo mirando muy despacio, y entristeciéndome de la poca certeza que había en esto; y embebecido en este pensamiento, hínqueme de rodillas, y comencé á rezar y meditar, y encomendarme á San Benito con más veras y atención que solía, sin advertir la novedad que intentaba, porque no fué virtud mía, sino gracia del Cielo. Pasado gran espacio de tiempo, me apareció el mismo Santo, y me dijo: «¿De qué estás triste, Adán? ¿Por qué dudas si estoy en este lugar? Aquí estoy presente con Santa Escolástica mi hermana, aquí asistimos á vuestras oraciones cuando son fervorosas y devotas, y os ayudamos ante Nuestro Señor; y aquí estaremos hasta el fin del mundo, y desde aquí resucitaremos para el juicio final; y porque entiendas que esta es revelación y no ilusión, te doy esta señal: que cuando te levantes á Matines, (pues acostumbras ir el primero al coro) verás que sale de este sepulcro una como vara de humo de perfumes olorosos y suavísimos» Con esto se desapareció el glorioso Padre, y yo quedé pasmado entre gozos y lágrimas, sin acabar de reportarme y volver en mí, hasta que, pasado buen espacio de tiempo, considerando aquel favor tan grande, me recogí en mí mismo, y di gracias á Dios y á San Benito por tan gran m er-

ced. Deseaba infinito que llegase la hora de Maitines para acabarme de certificar de esta revelación, y entonces vi muy claro el humo y la señal que el Santo me había dado, con que me hallé consoladísimo.»

Por si alguno tacha de parcial el testimonio de Fray Adán, que al cabo era monje de Monte Casino, referimos el siguiente suceso en que intervinieron personas extrañas al monasterio.

«Siendo Abad de este monasterio (el de Monte Casino)-dice Pedro Diácono- <sup>(11)</sup> el año mil ciento diez había un soldado valentísimo llamado Hugo, y como tal, estimado de todos los capitanes y Príncipes, de quienes tiraba gajes, y ventajas. Allende de ser valeroso por su persona y manos, era muy elocuente y discreto, y á esta causa tenía cabida con todos los buenos de la tierra. Era grande amigo suyo Raonio, hijo del Conde Raquelo, con quien se concertó de ir al monasterio Casinense para que los dos tuviesen en aquel santuario la Pascua de Resurrección. Es muy agria y dificultosa la subida de aquel monte; iban todos por una senda estrecha y el caballo de Hugo resbaló y dió una tan gran caída, que á Hugo se le quebraron ambas piernas. Con el grave dolor quedó desmayado y sin sentido; y para llevarlo al monasterio fué necesario ponerle en unas andas, y así lo presentaron en el altar, debajodel cual está enterrado el cuerpo de nues-



tro Padre San Benito. Era cosa lastimosa considerar á un hombre valiente y ligero como un gamo, y que el día antes se había visto favorecido de todo el mundo, verle ahora postrado, dando voces, quebrantadas las piernas, y mucho más las esperanzas de subir al grado que merecian sus prendas. Solamente le habían quedado las que tenía en San Benito, á quien con muchas lágrimas que derramaba, suplicó que le restituyese la salud que había perdido viniendo á visitarle.

Con este sentimiento estuvo llorando todo el día, y llegando la noche, el sacristan mandó á sus ministros que sacasen los enfermos de la iglesia; pero cuando llegaron á Hugo prometió con grandes juramentos que si San Benito no le daba la salud que de ninguna manera saldría del templo. «Aquí me estaré—decía gritando con lágrimas,—delante de este santo cuerpo, á quien yo venía á visitar con tanta codicia y fervor. Aquí me estaré perpetuamente echado, hasta que me muera, ó sane por milagro» Repetía muchas veces esta razón; (ni sé si era de impaciencia ó por devoción) «yo vine aquí á visitar á San Benito á su casa y sepultura; aquí tengo de estarme.»

Mandó á sus criados que le dejaran solo, y al sacristán que cerrase la iglesia y le dejase en ella, y á media noche, de puro cansado, comenzó á adormecerse. Vió luego, de repente, abrir-

se el sagrado altar, donde están las reliquias de nuestro Padre San Benito; salió de él un viejo de venerables canas, en aquel traje y hábito que suelen usar los Abades cuando van en alguna procesión solemne; llegado cerca del enfermo, puso las manos en las piernas quebrantadas de Hugo, y tocando blandamente los huesos molidos, le dijo con un rostro muy apacible: «Veís, aquí estais sano, basten las amenazas hechas. no tan bravo en adelante» Diciendo esto, desapareció San Benito, y el soldado saltó del lecho, en pié, sano y bueno. No cabía de contento, tocando de cuando en cuando las piernas, para asegurarse que no estaba durmiendo. Al fin, viendo el favor que el Señor le había hecho, gastó lo restante de la noche en dar gracias á Dios y á San Benito por la merced recibida. Llegada la mañana, lo contó á los monjes, y todos alabaron á su Majestad, que por méritos de su patrón Benito hubiese hecho una maravilla tan patente y notoria.

Estúvose Hugo, allí en Casino, la Semana Santa y la Pascua, y después dió vuelta á la ciudad de Teano; pero mucho mayor la dió en su vida, porque San Benito, imitando á Jesucristo, no sólo le sanó el cuerpo, pero también le alcanzó la salud del alma, y si bien estaba arraigado en el siglo, se despegó de él, y de allí adelante trató sólo de servir á Dios con grandes veras.

Para ejercitarse en obras de caridad, hizo un hospital donde servía y curaba á los pobres, castigando su cuerpo con rigurosa y áspera penitencia. Perseveró en la vida activa quince años, al cabo de los cuales, pareciéndole que la salud que había recibido de nuestro Padre San Benito era bien gastarla en su servicio, se vino á Casino, tomó el hábito y profesó, y era perpetuo testigo del favor que en aquel lugar, por respeto de las santas reliquias de nuestro Padre San Benito, hace el Señor á sus devotos, y acabó santamente en servicio de aquel monasterio.»

La Bula pontificia con que terminamos este capítulo hará, por ventura, probanza cumplida, no sólo de la curación milagrosa del Papa Urbano II, mas también de la autenticidad de las reliquias del Patriarca en el monasterio de Monte Casino. <sup>(12)</sup>

«Clemente Obispo, siervo de los siervos de Dios, á los amados hijos Abad y monjes del monasterio Casinense, inmediato á la Sede Apostólica; salud y bendición:

He visto con diligencia el privilegio de Nuestro predecesor Urbano, que ante Nos presentasteis, pidiendo que lo renovásemos, porque se había gastado y borrado con el tiempo, y declaramos que es este que se sigue.»

«Urbano Obispo, siervo de los siervos de Dios, á todos los hijos de la Iglesia Católica, redimidos

con la sangre preciosa de Cristo, salud y bendición Apostólica. Escrito está que los dones y llamamientos de Dios son sin pesar á su Majestad de haberlos concedido, y el don, y las mercedes que hizo á San Benito, y por él á su monasterio Casinense, no es posible perderse, ni trocarse, sino que ha de ser este Santo, (y con justa razón) Padre de los religiosos, y el monasterio en que vivió cabeza de todos los demás.

Del pecho de este Santo nació la Religión, como de la fuente que regaba el Paraíso, y de los milagros y santidad de este monasterio la fama y nombre. Visitándole, pues, el día de su fiesta, como ha sido costumbre de nuestros antecesores, me sobrevino el dolor de costado, que otras veces me suele dar, y me puso en peligro de la vida. Víme desahuciado, y con particular devoción me encomendé á este Santo, aunque con duda particular de la presencia de su sagrado cuerpo en esta casa. Tuvo por bien de aparecerme aquella noche, y me dijo: «¿Por qué dudas de mi asistencia en esta casa?» Yo le pregunté quien era. Respondióme que «Fray Benito el fundador de ella.» Y dijo más: «Porque no tengas género de duda que yo y mi hermana estamos en esta iglesia, te doy esta señal: á la hora que los religiosos tañeren á Mañines, se te quitará el dolor de costado.»

El Santo desapareció con esto, y el dolor cesó

al punto que tañeron al oficio divino, y celebróse la fiesta con particular gozo y hacimiento de gracias, ayudándome los Cardenales, Obispos y religiosos á dárselas á Dios y á San Benito. Por esto, encargamos y mandamos á todos con gran rigor, que no se atrevan á celebrar la falsa traslación de San Benito; y por la obligación que tenemos de mirar por la defensa de todos, que no sean agraviados, y de ser gratos á San Benito, que nos alcanzó la salud, para que los discípulos y religiosos vivan con quietud y conserven el culto divino, y tanto más atiendan á la contemplación, y nos ayuden con oraciones, cuanto estuvieren más quietos y desocupados de cuidados seculares. Por la presente damos y confirmamos al monasterio Casinense todo cuanto le han dado personas pías desde el tiempo de Justino y Justiniano emperadores, y el derecho que puedan tener á cualquiera cosa que legítimamente les pertenezca. Confirmámosles todos los privilegios de los romanos Pontífices, y donaciones de los emperadores, reyes, marqueses, duques, principes y de los fieles, que han hecho á San Benito, ofreciéndoselas á su monasterio Casinsnse. Si alguna persona eclesiástica ó secular contradijere esta Nuestra constitución y escritura, y advirtiéndoselo una y otra vez, no se enmendase, sea depuesta de la dignidad y oficio que tuviese, y no se le pueda dar el San-

tísimo Sacramento del Altar, y entienda que en el juicio de Dios ha de ser gravemente castigada; con las que la obedeciesen y guardasen sea la paz de Jesucristo de suerte, que en esta vida tengan el fruto de las buenas obras, y en la otra el premio de ellas. Dada en Capua, primero de Abril, en la indición trece, el año nono del pontificado de Urbano segundo.»



## NOTAS.

- (1) *Historia de Casino, lib, 2, c, 45 y 47.*
- (2) *De miraculis Sancti Benedicti, c, 3.*
- (3) P. Fray Alonso de San Vitores: *El sol del Occidente.*
- (4) Adrevaldo: *ibid.*

Facto mane conspiciuntur eminus duorum parvulorum cadaverum exequiæ quorum unum erat masculini sexus, alterum fæminini. Miro que modo mox, ut mortui mortua tetigere ossa jacentis, per mortuum mortua vita reddita est. Adrevaldo: *Obra citada.*

- (5) P. Fray Alonso de San Vitores: *El sol de Occidente.*
- (6) César Cantú: *Historia Universal T, 3.*

(7) Es indudable que al entregar los santos cuerpos, tanto los monjes de Fleury, como los ciudadanos de Mans, debieron de guardar algunas reliquias.

La iglesia del monasterio de Fleury existe aún, y recientemente ha sido declarada Monumento Nacional por el Gobierno de la República Francesa. Veáse el libro: *Description Archéologique de L' Eglise Abbatiale de Saint—Benoit—Sur—Loire, Suivie de notes historiques sur les reliques du trésor de l' abbaye et sur les antiquités de la ville et les environs de Saint—Benoit, par M. L, Abbe Roether 1865. Orleans, Cloître, Saint Etienne, 4.*

- (8) Dioderico: *Traslación del cuerpo de San Benito.*

(9) «Ingens frigus, ut tunc temporis solet, cuncta obstrinxerat arua. Ac si in medio Aprili, ita omnes arbores,

tam pomi feræ, quam agrestes, spineta etiam et arbusta in flores eruperunt.» Dioderico, *ibid.*

(10) En el sepulcro que, aún existe bajo el altar mayor de la iglesia actual de monte Casino se lee esta inscripción: Benedictum et Scholasticam, uno in terris partu editos, una in Deum pietate Coelo redditos, unus hic excipit tumulus, mortalis depositi pro aeternitate custos.

(11) *Historia de los Godos.*

(12) León Hostiense: *Apéndice á la Historia de Casino.*








## CAPÍTULO VII.

**Regla de San Benito.—Elogios que se la han tributado.  
—Acrecentamiento de la Orden.—Sermón de San  
Benito sobre el martirio de San Plácido.—Plática  
á San Mauro al partirse para Francia.**

o sólo sus virtudes y milagros, y los sucesos de su vida hicieron célebre y querido en el mundo á San Benito; acaso le haya dado más que nada eterna fama, la Regla que escribió para los monjes de Occidente.

La constituyen una serie de disposiciones morales, económicas, litúrgicas y penales, y vá en caminada á prevenir las caídas, conjurar los pe-

ligros de la vida del claustro, y llevar á los monjes á las más altas cumbres de la perfección.

En tiempo del Patriarca vivían los monjes sin legislación fija; unos guardaban la de San Basilio, aportada de Oriente; otros se regían por las tradiciones de los PP. del yermo, recopiladas por Casiano, y muchos no tenían Regla ninguna, y ajustaban sus actos á lo que de viva voz les mandaba su Abad.

No era ciertamente duradero este modo de vivir de los monjes, y cuando se acercaba para ellos la hora de las grandes batallas, Dios inspiró á San Benito que escribiera la Regla, que vino á sustituir las leyes vagas y confusas de San Pacomio y San Basilio, con otras claras, precisas y uniformes.

A lo que parece, el Santo escribió su Regla á poco de trasladarse á Monte Casino, <sup>(1)</sup> ó más bien, la concluyó y puso tal como hoy anda en nuestras manos, porque ya en Subiaco observaban los monjes la mayor parte de sus preceptos. Está escrita en latín, y de elegante manera.

Pontífices, Doctores de la Iglesia, poetas, pensadores, Príncipes y Obispos, monjes de la Religión de San Benito y de otras religiones, se hacen lenguas en alabanza y elogio de la legislación benedictina.

De los que se la han tributado vamos á decir algunos, que sería larga labor decirlos todos.

«No quisiera que ignores que el varón de Dios Benito, entre tantos milagros con que brilló en el mundo, resplandeció en sabiduría, no como quiera, pues escribió para los monjes la Regla más discreta y elegante, y estuvo lleno del espíritu de todos los justos.» <sup>(2)</sup>

«Las gracias espirituales que santifican con la incomprensible variedad de su división á las otras Ordenes, son parte de la plenitud comunicada á la vuestra; porque su fundador estuvo lleno del espíritu de todos los justos.» <sup>(3)</sup>

«Los Abades y monjes deben observar en todo lo dispuesto por la Regla de San Benito, y si así lo hacen, librarán al mundo de contagios y males por sus oraciones» <sup>(4)</sup>

«El Bendito por gracia y nombre, San Benito, escribió su Regla, inspirado por el Espíritu Santo, la que alabó el Papa San Gregorio» <sup>(5)</sup>

«Benito, Padre santísimo de los Padres, y Doctor dulcísimo de los Doctores» <sup>(6)</sup>

«Procura vivir siempre según la Regla de los Padres, y sobre todo, según la del santísimo confesor Benito, de la que nada omitas, ni la añadas, cuyas palabras y preceptos llevan al que los cumple á los palacios del Cielo» <sup>(7)</sup>

«La santa Regla es como una gran casa hermosa y espaciosa, donde caben toda especie de gentes; niños, viejos y débiles.» <sup>(8)</sup>

«Es suprema la autoridad de San Benito;

como que hablaba en él el Espíritu Santo.» <sup>(9)</sup>

«¿Qué diré del bienaventurado Benito, que nos abrió un pozo (habla de su Regla) tan excelente, cuyas aguas dulcísimas y saludables aprovechan y sanan á todos los que quieran beberlas?» <sup>(10)</sup>

«Por inspiración del Espíritu Santo, acomodada á los hombres espirituales el Padre San Benito su Regla, tomada de las vidas de los Santos» <sup>(11)</sup>

«Escribió el P. San Benito su doctrina con temor y piedad, caridad y castidad, de forma que nada se la puede añadir ni quitar, porque nada le falta, como que la inspiró el Espíritu Santo» <sup>(12)</sup>

«La Regla de San Basilio es bastante intrínseca, la de San Agustín muy general, y descende á pocas cosas particulares. La de San Francisco es breve, y tiene muchos preceptos que llenan de escrúpulos; pero la del santísimo Benito describe cada cosa con claridad.» <sup>(13)</sup>

«Fué famoso por su vida, y tuvo ciencia infusa San Benito» <sup>(14)</sup>

«Escribió San Benito una Regla rectísima de vida; la más prudente y elegante.» <sup>(15)</sup>

«Lo que enseña nuestro bienaventurado Padre en su Regla, es lo que nos recomienda el Evangelio.» <sup>(16)</sup>

«A petición de Mauro, su discípulo, escribió con sus santas manos la Regla San Benito, inspirado por el Espíritu Santo; y así, carísimo,

no sigas el sentido reprobado, sino á esta Regla selecta, escrita por San Benito, inspirada por el Espíritu Santo, y alabada por el esclarecido Doctor y Sumo Pontífice San Gregorio» <sup>(17)</sup>

«Lleno del Espíritu Santo, escribió la Regla de los monjes San Benito, sin nada de oscuridad, con grande elegancia y discreción. Ella es la puerta angosta, y camino estrecho que lleva á los que la observan á Dios» <sup>(18)</sup>

«Preguntado Cosme de Medicis, gran Duque de Toscana, por qué tenía ordinariamente en sus manos la Regla de San Benito, respondió: «porque en los preceptos tan prudentes de este santo Padre, hallo medios muy oportunos para gobernar á mis vasallos»; y este Príncipe instituyó un Orden de caballería que guardase la misma Regla» <sup>(19)</sup>

«No es posible admirar, como merece, la profunda humildad de este gran Santo. Todas las palabras que acaba de pronunciar son otros tantos oráculos. Nos presenta una Regla llena de verdades santas y puras que contiene las más sublimes máximas del Evangelio, y sin embargo, este hombre llama rudimento de honestidad y perfección religiosa á esta obra de una santidad consumada» <sup>(20)</sup>

«Casi no hay libro, fuera de los sagrados, que haya merecido tantos intérpretes y comentadores como la Regla de San Benito» <sup>(21)</sup>

El prelado elocuente por excelencia, el gran Bossuet, resume los anteriores elogios, en estas hermosas palabras, «Esta Regla—dice—es como una suma del cristianismo, y un misterioso y sabio compendio de la doctrina del Evangelio, de los escritos de los santos Padres, y de los consejos de perfección. En ella resplandecen la prudencia y la sencillez, la humildad y la fortaleza, la severidad y la dulzura, la obediencia y la libertad. La corrección tiene en ella vigor, y la condescendencia inmenso atractivo; el mandato fuerza, y la sumisión reposo; tiene el silencio gravedad, y deleite la palabra; campo donde ejercitarse la fuerza, y apoyo donde sostenerse la debilidad; y sin embargo, Padres míos, Benito la califica de *comienzo*, para que no ceseis nunca de temer» <sup>(22)</sup>

La bondad intrínseca de la Regla se manifestó, por sus frutos, desde que fué conocida; á luego de morir el Santo Patriarca se extendió del uno al otro confín del mundo. Sin ella los monasterios de Occidente no hubieran sido más que miembros dispersos; por ella formaron un cuerpo animado de un mismo espíritu, y en España, Italia, Germania, Francia, Inglaterra, y en las heladas regiones del Norte, todos los monjes, sin distinción de raza ni de clima, se sometieron á sus leyes; y al hacerlo así, brilló para ellos la era más venturosa de su historia.

Hubo tiempo en que existieron treinta y siete mil Abadías, catorce mil Prioratos de monjes benedictinos, y quince mil monasterios de monjas, todos con numeroso personal.

El monasterio de Cardeña albergaba á doscientos monjes, el de San Pedro de Arlanza doscientos cuarenta, y no eran los mayores de Castilla, pues el de Alcobaça llegó á tener mil, y así, los de Sahagún, San Millán, Oña y Celanova.

En Francia, sólo en la provincia de Vienne, existieron sesenta monasterios, algunos de ellos con quinientos y seiscientos monjes. En Alemania fueron ricas y pobladas las Abadías, y en la Isla de Ibernia, que es pobre y de corto territorio, hubo un monasterio, el de Bencor, con tres mil monjes <sup>(23)</sup> No hemos de añadir más datos, que estos son bastantes, para formarse idea de la alteza y esplendor que llegó á alcanzar la Orden que profesa la Regla de San Benito.

Del número de casas y de monjes citados se colige que debió de ser grande el de santos, pues siendo la Regla que profesaban santa, discreta y perfecta, no es menester más, que cumplirla bien, para subir á la más encumbrada santidad. Un Pontífice lo ha dicho: para canonizar á un religioso no es necesario averiguar si ha hecho milagros; basta asegurarse de que ha observado exactamente su Regla.

Algunos autores han querido sumarlos, pero

parece trabajo perdido, porque ni pueden contarse, ni hay libro donde estén escritos, si no es en el de la vida, oculto á la mirada de los mortales. Arnoldo Uvi6n, Tritenio, Pedro Mesia y otros afirman, que fueron treinta y siete mil cuatrocientos cuarenta y nueve; Pedro Calcolario cincuenta mil; y Raulín cincuenta y cinco mil setecientos cinco.

Muchos, innumerables fueron, sin duda, pues cuando un Papa quiso canonizar á Arnolfo, monje del monasterio de Vellerio en Flandes, suplic6le la Congregaci6n benedictina, que no canonizara á m6s monjes de su Orden, no fuera que por ser tantos, los tuvieran los fieles en menosprecio. <sup>(24)</sup>

El Papa Juan XXII cuenta los que estaban en el Cat6logo, y adem6s los Papas, Cardenales, Arzobispos y Obispos que hasta su tiempo, que fu6 por los a6os de mil trescientos diez y seis, tuvo la Religi6n de San Benito.

«Yo, Juan XXII, hice segregar del Cat6logo de los Santos los que han sido de la Orden del sant6simo Benito, y as6 mismo los Prelados y monasterios que desde su tiempo hasta el presente ha tenido. Y se hallaron ser de este sant6simo Orden, veinticuatro Pont6fices, doscientos Cardenales, siete mil Arzobispos, quince mil Obispos, quince mil setenta y cuatro Abades cuya confirmaci6n pertenece al Papa, cinco mil



quinientos cincuenta y cinco santos canonizados, sin contar los mártires de cuyo número sólo contaremos estos pocos, que son: San Plácido, Abad, y discípulo del bienaventurado San Benito con treinta y tres monjes martirizados por el capitán Manuca; San Bertario, Abad de Casino, que goza de Dios por medio del martirio, con otros muchos y casi innumerables monjes. Además de estos, muchísimos y casi infinitos fueron martirizados por los sarracenos en Sicilia, por los bárbaros en el monasterio Nonantulano, y en el monasterio de San Vicente, cerca de Casino, por el Rey Seoda. Otros mil setecientos diez y seis subieron al Cielo por el martirio que les dió el rey Josafat. San Porcario, Abad, logró la palma del martirio con quinientos monjes. En el monasterio Bencorense fueron martirizados novecientos monjes, consumados en virtud, Fueron también agregados al Colegio de los mártires, ciento diez y seis en el monasterio de Tours. San Aigulfo, Abad, fué muerto con muchos compañeros, y casi innumerables monjes, con varios géneros de tormentos, en la India. En el monte Tabor y en el monasterio de Leríns por los sarracenos, turcos y por el Rey Josafat. Estos hemos elegido de muchos, como primicias de las rosas. Los demás, por su multitud, sólo Cristo los puede numerar. Hemos hallado, también del mismo Orden, treinta y tres mil Abadías, catorce

mil Prioratos, sin los monasterios de monjas. Y para concluirlo brevemente, la Iglesia Romana fué gobernada quinientos años por este santísimo Orden»

La santa Regla de San Benito es accesible á los ricos y á los pobres; la han observado veintiun emperadores, doce emperatrices y veintiun reyes de los cuales doce son santos; la han observado también pastores y artesanos; ancianos, como el padre de San Bernardo, y jóvenes, casi niños, como Mauro, Plácido y Nivardo.

Es para todos los tiempos; y tal como se observaba en Monte Casino en el siglo VI, y en las soledades del Cister en el Siglo XII, se observa hoy en el monasterio de Monserrat, sin que, el transcurso de largas edades, haya hecho impracticable ninguno de sus preceptos. <sup>(26)</sup>

Como arbol de rica sabia plantado junto á un río, brotan de su tronco ramas lozanas y de fresco verdor; <sup>(26)</sup> son las múltiples congregaciones que la guardan, unas de monjes benedictinos propiamente tales ó monjes negros, otras de monjes apellidados del Cister ó monjes blancos; y las de camandulenses, celestinos, grandimonteses, y muchas más hasta cincuenta, amén de las Ordenes españolas de Caballería, y casi todas las conocidas. <sup>(27)</sup>

El Código inmortal de San Benito tiene excelencias que no hay modo de decirlas y ponderarlas;

es preciso leerlo, y, para eso, lo ponemos en nuestro libro, advirtiéndole que cautiva más cuanto más se ahonda en él; como los libros clásicos, como los lienzos florentinos, que descubren nuevas bellezas y primores, cuanto más se los lee y se los mira.

San Benito no escribió más que la Regla, y aunque algunos autores antiguos le atribuyen un libro titulado *Orden monástico*, otros, con mejor crítica, no lo reconocen como del Santo.

Fuera de la Santa Regla, no se sabe que escribiera otra cosa sino dos pláticas ó sermones; el uno con motivo del martirio de San Plácido; el otro dirigido á San Mauro y sus compañeros al partirse para Francia, y una carta escrita á San Mauro. La carta, y una exhortación á San Plácido, tomada al oído por Gordiano, vienen en las *Notas* del Capítulo IV: en el presente cuadran bien, á nuestro entender, los dos sermones.

### Sermón de San Benito sobre el martirio de San Plácido.

«Como es propio de un padre gozarse en el aumento de los hijos, así lo es de los hijos tener por ganancias tuyas las de su padre. Por tanto, os hago saber que mi dulcísimo y amantísimo

hijo Plácido subió al Cielo con la aureola del martirio. Ya he acompañado su inmaculada hostia, agradable á Dios, con el interior de mi alma hasta la altura de los cielos. Cuando yo le recibí de su padre, no ignoraba que era hombre mortal; no tengo, pues, de que quejarme, antes bien, de que dar muchas gracias á Dios, porque siempre he deseado ofrecer á Dios Omnipotente algún fruto de mi corazón. Y, á la verdad, no he tenido otro más precioso que este, ni más estimado.

Eligió Plácido una muerte momentanea por Cristo, y llegó al que reina á la diestra del Padre en el solio celestial. Murió Cristo por todos, para que viviésemos para él, no para nosotros. Por lo cual doy gracias al Redentor de todos, pues no puedo ser ingrato. Alegrarme debo de haber tenido tal discípulo, y no entristecerme de su falta, que aquello fué favor, y esta es deuda. Gocé del obsequio de Plácido mi discípulo mientras Dios quiso, después llevóle para sí el que me lo dió. Dió Plácido por Cristo lo que es común á todos, y recibió una gracia singular; ¿por qué pues lloraré la muerte de mi hijo Plácido, cuando por nuestra salud no perdonó Dios á su hijo, antes lo entregó por todos al suplicio? ¿Quién ha nacido hasta ahora con la excepción de morir?

No lloraré, pues, á mi hijo Plácido, de quien

no dudo que pasó de la muerte á la vida. Alegrarnos debemos en su muerte, no entristecernos, pues lá sufrió por la verdad. ¿Por qué razón te lloraré, hijo carísimo Plácido, si á mi te me quitaron para ser de todos? Trocaste, no perdiste, el uso de la naturaleza; podías antes apartarte de Dios, pero ya eres una cosa con El. ¡Dichosos consejos los que te he dado! ¡Felices cuidados los que empleé en tí! Mientras vivías conmigo no pudo el amor de tu padre Tertulo Patricio, apartarte de mí; ni jamás le preferiste á mi hasta que pasaste á la vida eterna.»

### Plática de San Benito á San Mauro y sus compañeros.

«Si la presente causa, amados padres é hijos, lo fuera de tristeza, más que vosotros me correspondía á mí esta pena, que al presente me veo privar de grandes consuelos. Mas porque, según el Apóstol, la caridad es benigna, debemos mostrar de todos modos la benignidad de nuestro amor, á los que conocemos en alguna manera necesitados de ella, y no buscar tanto nuestras conveniencias cuanto las ajenas. Por lo cual, con la solicitud de un amor eterno, os pido que templeis vuestro dolor, y vuestras lágrimas,

porque poderoso es Dios para enviar á esta congregación, después de mi fallecimiento, otras mejores que yo, cuyos méritos y ejemplos puedan servirlos de edificación.

Debemos procurar con sumo cuidado que por la malignidad del enemigo antiguo no se nos convierta en daño, por medio de la tristeza, lo que para otros sea provecho. No podrá la larga distancia de tierras dividirnos á los que unió en santa caridad la concordia; porque siempre nos podemos mirar con los ojos del hombre interior, que se renueva conforme á la imagen de aquel que le crió. *Y luego, dirigiéndose á Mauro y sus Compañeros.* Y vosotros, carísimos hermanos, á quienes enviamos á esos países de Francia para edificar la obra del Señor, obrad varonilmente, y fortálézcase vuestro corazón en el santo propósito y en la religión, teniendo por sin duda que, cuantos mayores trabajos sufriereis en este mundo por la salud de otros, tanto mayores gozos recibiréis de Dios por premio. Tampoco os cause pena la resolución y deposición de mi cuerpo, pues estaré con vosotros más presente, después de dejada la carga de mi cuerpo, y os será continuo compañero en la obra de Dios.»



## NOTAS.

(1) La empezó en Subiaco cuando fundó los doce monasterios, y la perfeccionó en Monte Casino por los años de 529; á los 48 de su edad ó á los 49. Mabillon: *Præf. in sæc.* 1, n. 41.

(2) Aprobación de la Regla dada, por San Gregorio año de 585, en el Concilio Romano, según afirma el cardinal Baronio *En dicho año núm. 57*, donde dice: «En un código manuscrito de Subiaco, hallamos que el mismo Papa Gregorio aprobó y confirmó la Regla de San Benito. Subscribieron á este Concilio 22 Obispos y 34 Cardenales. R. P. Don Juan de Sada y Gállego: *Traducción de la Santa Regla.*

(3) El Papa Urbano VIII: *A las monjas Xancionenses.*

(4) Concilio de Autum año de 670. *Canón 15.*

(5) El mismo Concilio.

(6) Venerable Beda: *Sermón de Santa Escolástica.*

(7) San Ambrosio Autperto, Abad de San Vicente de Wulturno: *Conflicto de los Vicios, lib. 1. 6.*

(8) San Pedro Damiano: *Opus.* 13, c. 7.

(9) San Bruno, Fundador de la Cartuja: *Sermón de San Benito.*

(10) San Bruno, Obispo Signiense: *Lib. 6 de las Sentencias, cap. 2. serm. 4.*

(11) Santa Hildegarda: *Vida de San Disibodo.*

(12) La misma Santa en su: *Comentario de la Regla de San Benito.*

- (13) San Antonino, Arzobispo de Florencia.
- (14) San Vicente Ferrer: *Serm. de San Benito*.
- (15) El Beato Guerrico, Abad Igniacense, discípulo de San Bernardo: *Serm. 4.º de San Benito*.
- (16) El Beato Gaufrido, discípulo, secretario y sucesor de San Bernardo sobre el: *Ecce nos*.
- (17) León, Arzobispo de Ravena: *A Durango monje*.
- (18) El Emperador Ludovico Pío: *Carta al Abad de Fulda*.
- (19) Tomás Galeato en su libro: *El Religioso, c. 1.*
- (20) *Gomentarios de un Capítulo de la Trapa*:
- (21) D. Agustín Calmet: *Comentarios de la Santa Regla*
- (22) *Panegirico de San Benito*.
- (23) P. Antonio Yepes: *Crónica general de San Benito*.
- (24) Cum enim aliquando, oblatu esset Romano Pontifici canonizandus, Capitulum Generale Ordinis impedivit, ne multitudine sancti vilescerent. Molano. *Fiestas de los Santos, día 30 de Junio*.
- (25) La traducción más reciente de la santa Regla es la que ha publicado en Nueva-York D. Charles Brandes, monje de la Abadía de Einsiedeln; tiene, además, atinados comentarios, y un compendio de la vida de San Benito.
- (26) Di lui si fecer poi diversi rivi.  
Onde l' orto cattolico si riga.  
Si che i suoi arbuscelli stan piu vivi.

Dante: *Paradiso, c. XII.*

- (27) Gran número de estas congregaciones ha desaparecido en el siglo que recorreremos. Existen, sin embargo, la de Solesmes y otra en Francia, una en Inglaterra, una en Austria, que debe de andar floreciente, pues cuenta con



veintiseis Abadías y nueve colegios; dos monjes de esta congregación son Arzobispos Cardenales. En Italia hay dos; la Casinense, y la Casinense de primera observancia. Todas ellas comprenden varias Provincias monásticas, y estas, á su vez, diferentes Abadías y Prioratos.

En nuestra patria quedaron, á luego de la exclaustación, sólo y en abandono los monasterios benedictinos. Cuarenta y cuatro había, sin contar los del Cister, antes de este infausto suceso; todos joyas preciadas de artístico valor, todos fundados por nuestros antiguos reyes.

La acción del tiempo fué con ellos despiadada, y la lluvia y el huracán barrieron sus muros solidísimos; no lo fué menos la avaricia de los hombres, y algunos, por vil precio, —aunque acaso les costara el alma, que vale más que el mundo todo,—se hicieron dueños legalmente de insignes Abadías, plácida mansión, en otro tiempo, de reposo y de paz, asilo de las letras, del arte, del amor patrio, de la caridad, y de todas las virtudes.

Trás de esta oscura noche, aparece en nuestros días bella aurora del renacimiento de la Orden. Los austeros monjes, los hijos del patricio de Nursia, ocupan los monasterios de Monserrat, el Pueyo, Valvanera, Samos y Santo Domingo de Silos.

Los tres primeros forman la Provincia Hispánica de la congregación Carinense de primera observancia. Lleva trazas esta Provincia de ser más floreciente y extendida que otra ninguna.

El Señor bendice, sin duda, el celo y perseverancia del R. P. Deas, Abad de Monserrat. Es el P. Deas hombre verdaderamente de Dios, y como elegido para la alta misión de restablecer en España el Orden benedictino; lo que él ha hecho para cumplir su empeño, su modo y maestría para instruir á los novicios, y hacer de ellos monjes graves y austeros, y su desvelo para que el culto divino sea majestuoso y solemne en su Abadía, harán su memoria para siempre querida y respetada en la Religión de San Benito.

Bien de la Orden merecen, de igual manera, el P. Monta-

das, ya difunto y antecesor del P. Deas, y los PP. Osorio Prado y Casanovas, Superiores, respectivamente, de los monasterios de Valvanera y el Pueyo, y el P. Mauro Planas que ha logrado, venciendo toda suerte de obstáculos, restituir la Virgen de Valvanera á su santuario, y el P. Ruera, Prior de Monserrat, y en general, todos los actuales monjes, que todos son fervorosos, sencillos y observantes.

En la provincia de Lugo se ha rehabilitado el insigne monasterio de San Julián de Samos, que comparte fama y antigüedad con los más célebres de España. Es Abad mitrado de este monasterio el sábio y venerable anciano señor Villarroel; altas dignidades eclesiásticas trocó por la cogulla benedictina, y sus fuerzas, su saber, las altas dotes de su entendimiento, todo lo emplea con afán, sin que se rinda ni desmaye, en la noble tarea de restablecer la antigua y gloriosa congregación de San Benito de Valladolid.

Los monjes de la congregación de Solemnes, expatriados por el gobierno de la República Francesa, han encontrado apartado y suntuoso asilo en la Abadía de Santo Domingo de Silos; ellos la han restaurado con tal acierto y arte, que hoy puede compararse con las más bellas del mundo; admiten novicios españoles, y hay muchos, á lo que se dice, en la actualidad.

La restauración del Orden benedictino comienza, en España, con solidez y firmeza. En sus cinco monasterios van agrupándose novicios, que son esperanza de la Orden; de muchas provincias de España los llaman para establecer nuevas Abadías y Prioratos, pero sus maestros quieren que permanezcan no dos ni tres, sino más y más años en el retiro; instruyéndose en el canto monástico, en los preceptos de la Regla y en el arte difícil de vencerse á sí mismos; y cuando esto sepan, y cuando ya sean muchos, entonces saldrán de trece en trece, como en tiempo de San Bernardo, y fundarán por donde quiera monasterios, no sobre arena, sino sobre peña viva, gracias á la prudencia y discreción de sus actuales Abades.



## APÉNDICES.

---

### MEDALLA DE SAN BENITO.



AUNQUE el Padre San Benito veneró toda su vida, con piadoso y devoto culto la Cruz; que fué nuestra salud redención y vida, y usó de esta señal cuando tenía que ejecutar algo importante, como puede verse en el libro II de los *Diálogos* de San Gregorio, con todo, la manera y ocasión en que nuesro Patriarca dió la medalla de la Santa Cruz, ó principió á predicar sus oraciones, es todavía incierta.

Pero lo que parece cierto, sin género ninguno de oscuridad, es que dicha medalla trae

su origen de un insigne milagro acaecido á principios del siglo undécimo. Habiendo nacido Bruno hijo de Hugo, Conde Eginiskeimense y de Eilewidis, el día décimo sexto de las Calendas de Agosto, en el año de mil dos, ocurrió que su madre fué avisada en sueños por cierto venerable monje de que su hijo alcanzaría gran mérito delante de Dios, y además el cuerpecito del niño apareció lleno de cruces, impresas de modo admirable.

Como Bruno, siendo niño, hubiese sido acometido por un sapo feo y venenoso, y luchase más de dos meses, en horrorosa contienda, con la vida, vió una escala, rodeada de esplendor, que subía desde su cama al Cielo, y que por ella bajaba un anciano de venerable aspecto, vestido con el hábito monástico; el cual, poniéndole una Cruz sobre su boca, le devolvió la salud. Bruno afirmó repetidas veces á su amigo Adalberono que él, en aquella claridad, había conocido perfectamente al beato Patriarca de los monjes San Benito, que era quien le puso la Cruz. Habiéndose hecho monje Bruno, y siendo después obispo Tullense, fué, por fin, en el año de mil cuarenta y ocho, elegido Sumo Pontífice de la Sede Romana, con el nombre de León IX, y más tarde colocado entre los santos; y entonces por Adalberono, que fué obispo Mettense, fué descubierto el hecho á todo el mundo.

En el año de mil seiscientos cuarenta y siete se encontró en el monasterio Mettense un códice en pergamino, que contenía la descripción de la Cruz ó medalla del Padre San Benito, con arreglo á la cual se ha acuñado, y entregado á los fieles cristianos.»

«Sobre una de las caras se representa al santo Patriarca, teniendo en la mano la Cruz con la cual obraba tantos milagros. A sus piés el báculo y la mitra, indicando su dignidad; el cuervo con el pan emponzoñado recuerda el milagro de que antes hemos hablado. En la otra cara se leen en el contorno las letras siguientes:

V. R. S. N. S. M. V. S. M. Q. L. I. V. B.  
iniciales de las palabras latinas que forman estos dos versos:

*Vade retro, Satana; numquam suade mihi vana;  
sunt mala quae libas, ipse venena bibas:*

En castellano:

*Apártate de mí, Satanás; no me tientes con la  
vanidad; lo que brindas es el mal; bebe tu esos vene-  
nos.* Las primeras palabras se cree que las pronunció San Benito cuando fué tentado en el desierto de Subiaco, y las últimas cuando sus enemigos le presentaron la bebida emponzoñada.

Las letras C. S. P. B. de los cuatro ángulos que forma la cruz significan; *Cruz Sancti Patris*

*Benedicti*; en castellano. *Cruz del Santo Padre Benito*.

En la línea perpendicular de la misma cruz se lee; C. S. S. M. L; que quieren decir: *Crux sacra sit mihi lux*; en castellano, *La cruz santa sea mi luz*. En la línea horizontal de la misma se lee: N. D. S. M. D; *Non draco sit mihi dux. Nunca el demonio sea mi guía*.

### Modo de usar la medalla.

Para conseguir sus saludables efectos en nuestras necesidades espirituales y corporales, y para que más esencialmente nos defienda de las asechanzas del maligno espíritu, la Iglesia ha dispuesto, que en su bendición se digan oraciones especiales.

La medalla debe llevarse al cuello ó de otro modo sobre la persona. Puede colocarse también en las puertas de las casas, y algunos las entierran en sus cimientos.

Se aplica en caso de enfermedad á la parte dolorida. Para los animales enfermos se sumerge en el agua que han de beber.

Innumerables son los casos en que el Señor ha confirmado en los fieles la devoción á la milagrosa medalla de San Benito; y principalmente se ha experimentado su eficacia consiguien-

do conversiones repentinas, muchas en la hora de la muerte; salvando á madres é hijos en los partos; y preservando de rayos, centellas, tempestades, pestes enfermedades, venenos, y otros peligros, como también de las influencias del maligno espíritu.

Ninguna oración hay señalada para el conseguimiento de estas gracias, pero es costumbre besar la medalla, y algunos rezan, al pedir las, cinco *Gloria Patri* en memoria de la Pasión de Nuestro Señor, tres *Aves Marias* en honor de la Santísima Virgen, y un *Pater Noster* para alcanzar la intercesión de San Benito. La medalla debe ser bendecida por los Padres benedictinos, y ha de tener la imagen del Santo y la Cruz con todas las iniciales.

### Indulgencias concedidas á la medalla

Son innumerables las indulgencias concedidas á esta medalla por los Sumos Pontífices, y particularmente por el Papa Benedicto XIV, en Breve de 12 de Marzo de 1742, que empieza: *Cœlestibus Ecclesiæ thesauris*, del que extractamos las siguientes:

1.<sup>a</sup> *Indulgencia plenaria* á los que, habiendo recibido los santos Sacramentos, visiten cualquiera iglesia de la Orden benedictina, rogando

según la intención de los Sumos Pontífices, en los días de San Benito, 21 de Marzo; San Mauro, 15 de Enero; Santa Escolástica, 10 de Febrero; San Plácido, 5 de Octubre; Santos Monjes, 13 de Noviembre, y Santa Gertrudis, 17 de Noviembre.

2.<sup>a</sup> A las personas que tengan por costumbre rezar, á lo menos una vez á la semana, el santo Rosario, el oficio divino, (el parvo ó el de difuntos) los salmos penitenciales ó los graduales; que visiten á los presos ó enfermos; que socorran á los pobres; que oigan ó digan Misa, se concede *indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados*, en las festividades siguientes: Natividad del Señor, Epifanía, Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Santísima Trinidad, Corpus, Inmaculada Concepción de Maria, su Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción. Son aplicables á los difuntos.

3.<sup>a</sup> Otra *Indulgencia plenaria* ganarán en la hora de la muerte los que, recibidos los santos Sacramentos con perfecta resignación, recomienden su alma á Dios. El Papa Gregorio XVI confirmó esta indulgencia para los que invoquen con los labios ó con el corazón los santísimos nombres de Jesús y María.

4.<sup>a</sup> *Indulgencia plenaria*,—cual la concede el Sumo Pontífice con la bendición que suele dar en San Pedro del Vaticano el Jueves Santo y



el día de Pascua,—á aquellos que, confesados y comulgados en aquellos dos días, rogaren por la exaltación de la Santa Iglesia y conservación del Sumo Pontífice.

5.<sup>a</sup> El que con sus buenos ejemplos ó consejos, redujere algún pecador á penitencia, alcanzará una *Indulgencia* y remisión de la *tercera parte* de las penas que él debiere por sus propios pecados.

6.<sup>a</sup> Indulgencia de *veinte años*, una vez á la semana, al que rogare, cada día, por la extirpación de las herejías.

Muchas otras indulgencias parciales, que aquí omitimos, pueden ganarse con la medalla de San Benito, como consta en el citado Breve Pontificio.

Cuando se proyectaron las solemnísimas fiestas conmemorativas del XIV centenario del nacimiento de San Benito concedió Su Santidad el Papa Pío IX nuevas gracias, confirmando las de Benedicto XIV, según decreto de fecha de 31 de Agosto de 1877, y recientemente, á petición del P. Abad de Monte Casino, con el beneplácito de la congregación de Indulgencias y Santas Reliquias, se dignó Su Santidad León XIII conceder *indulgencia de 100 días*, ganable una vez cada día, y una *indulgencia plenaria*, en la fiesta de San Benito, á los que rezen la *antifona, versículo y oración* conmemorativa de su glorioso

tránsito, con tal que lleven la medalla, estén debidamente contritos de sus pecados, y hayan hecho la citada oración en los nueve días anteriores á la festividad, confesando y comulgando en uno de ellos. Consta en rescripto de 17 de Mayo de 1879.

Se advierte que es invalido el traspaso de indulgencias por cesión de la medalla, y en caso de extravío no basta comprar otra igual, sino que es preciso que sea también bendecida por un Padre benedictino como la primera»

(Traducida, la historia de la medalla, del *diploma de facultades que para bendecirla expide en Roma el Padre Procurador general de la congregación Casinense*, y tomado lo demás de las *Florecitas de San Benito*.)

#### FÓRMULA PARA BENDECIR LA MEDALLA

✠ Adjutorium nostrum in nomine Domini,  
✠ Qui fecit Cœlum et Terram.

Exorcizo vos numismata per Deum Patrem ✠ Omnipotentem, qui fecit Cœlum, et Terram, Mare, et omnia quæ in eis sunt. Omnis virtus Adversarii, omnis exercitus Diaboli, et omnis incursus, omne phantasma Satanæ eradicare, et effugare ab his numismatibus, ut fiant omnibus qui eis usuri sunt, salus mentis, et Corporis, in Nomine Patris ✠ Omnipotentis, et Jesu Chris-

ti✠ Filii ejus Dimini Nostri, et Spiritus Sancti✠ Paracliti, et in charitate ejusdem Domini Nostri Jesu Christi, qui venturus est judicare vivos, et mortuos, et sæculum per ignem.

℟ Amen.

Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison,  
Pater noster etc.

✠ Et ne nos inducas in tentationem,

℟ Sed libera nos a malo.

✠ Salvos fac servos tuos,

℟ Deus meus sperantes in te.

✠ Esto nobis Domine turris fortitudinis,

℟ A facie inimici.

✠ Dominus virtutem populo suo dabit;

℟ Dominus benedicet populum suum in pace.

✠ Mitte eis Domine auxilium de Sancto,

℟ Et de Sion tuere cos.

✠ Domine exaudi orationem meam,

℟ Et clamor meus ad te veniat.

✠ Dominus vobiscum,

℟ Et cum spiritu tuo.

#### OREMVS

Deus omnipotens, bonorum omnium largitor, suplices te rogamus, ut per intercessionem S. P. BENEDICTI his sacris Numismatibus literis, ac characteribus a te designatis tuam✠ benedictionem infundas, ut omnes qui ea gestaverint, ac bonis operibus intenti fuerint, sanitatem

mentis et corporis, et gratiam sanctificationis atque indulgentias Nobis concessas consequi mereantur, omnesque Diaboli insidias, et fraudes per auxilium misericordiæ tuæ effugere valeant, et in conspectu tuo sancti et immaculati appareant. Per Dominum nostrum etc.

#### OREMVS

Domine Jesu Christe, qui voluisti pro totius Mundi redemptione de Virgine nasci, circumcidi, a Judæis reprobari, Judæ osculo tradi, vinculis alligari, spinis coronari, clavis perforari, inter latrones crucifigi, lancea vulnerari, et tandem in Cruce mori; per hanc tuam sanctissimam Passionem humiliter exoramus ut omnes diabolicas insidias, et fraudes expellas ab eo qui nomen sanctum tuum his literis, ac characteribus a te designatis devote invocaverit, et eum ad salutis portum perducere digneris. Qui vivis et regnas etc.

Benedictio Dei Patris ☩ Omnipotentis et Filii ☩ et Spiritus ☩ Sancti descendat super hæc Numismata, ac ea gestantes, et maneat semper. In Nomine Patris ☩, et Filii ☩, et Spiritus Sancti ☩. Amen.

*Aspergantur aqua benedicta*

**Conmemoración del glorioso tránsito del Patriarca  
San Benito.**

ANTIFONA. Estando en su oratorio el amado de Dios, San Benito, confortado con el Cuerpo y Sangre del Señor, sosteniendo aquellos desfallecidos miembros sus discípulos, alzadas las manos al cielo, entre fervorosas oraciones, exhaló su espíritu: viósele subir al cielo por un camino ricamente tapizado é iluminado por innumerables antorchas.

✠ Glorioso apareciste en la presencia del Señor.  
✠ Por eso el Señor te revistió de hermosura.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que con tantos privilegios favoreciste la muerte de nuestro Padre San Benito, concede á nosotros tus siervos que, con la bienaventurada presencia de aquel cuya memoria veneramos, seamos defendidos en aquella hora de las asechanzas de los enemigos! Por Jesucristo Señor nuestro. Amen.

ORACIÓN Á SAN BENITO.

Glorioso Padre San Benito, os ruego, por aquella dignación por la cual el Señor santificó y enalteció vuestra muerte, favorezcais la mía

con vuestra presencia y con el cumplimiento de las promesas que hicisteis á la Virgen Santa Gertrudis.

(Esta Santa tuvo revelación del Santo—Véanse las *Revelaciones* de Santa Gertrudis libro 2.º Capítulo xi—que asistiría en la hora de la muerte, impidiendo poderosamente las sugestiones del enemigo infernal, á todos los devotos que rezaren esta última oración todos los días. Además tiene indulgencia plenaria concedida por el Papa Clemente XIV. R. P. Ramiro Rodamilans en sus notas á las *Floreccitas de San Benito*).





## REGLA DEL PATRIARCA SAN BENITO.

**Aprobación y confirmación de la Regla, por San Gregorio el Grande.**



Yo, Gregorio, Pontífice de la Iglesia Romana, escribí la vida del Bienaventurado San Benito, y leí la Regla que, por su misma mano, escribió y compuso. La alabé, y confirmé en la Santa Sínodo celebrada en San Pedro de Roma con asistencia de veinticuatro obispos, y mandé que en diversas partes de Italia, y en todas las demás en donde se lee y profesa la lengua latina, la observen perpetuamente con la mayor exactitud, todos los que, renunciando al mundo, desean convertirse

á Dios. *Bular. Roman. impr. en Roma, año 1739, tomo 1, fol. 100.*

También la aprobó, ensalzó y confirmó el Papa Zacarias I, con asistencia de trece Arzobispos, y sesenta y ocho Obispos. En el mismo *Bul. y tom. fol. 147.*

## PRÓLOGO.

Escucha, hijo, los preceptos del Maestro: aplica el oído de tu corazón: recibe con gusto, y ejecuta con eficacia los avisos de tu piadoso Padre; para que vuelvas, por las penalidades de la obediencia, á aquél de quien te habías apartado por la desidia de tu desobediencia. A tí, pues, se dirige ahora mi exhortación, cualquiera que seas, que, despojándote de tu propia voluntad, tomas las brillantes y muy fuertes armas de la obediencia para militar bajo las banderas de Cristo, verdadero Rey y Señor.

El primer aviso que te doy es que le pidas con oración muy fervorosa y continuada, que perfeccione cualquiera obra buena que emprendas, para que, pues se ha dignado contarnos ya en el número de sus hijos, no tenga motivo jamás de contristarse por nuestra mala conducta: porque de tal modo le hemos de obedecer, y ha-



cer en todo tiempo un uso tan fiel de este dón de la obediencia, que no sólo no tenga lugar como Padre airado de desheredarnos alguna vez como á hijos ingratos, sino que tampoco le tenga como Señor terrible, irritado por nuestros excesos, de condenarnos á penas eternas, como á siervos perversos que no quisieron seguirle á la gloria.

Despertemos, en fin, de una vez á las voces de la Escritura, que dice: *Ya ha llegado la hora de salir de nuestro sueño.* Y abriendo los ojos á la divina luz, escuchemos con pavor las palabras que el celestial Oráculo hace resonar todos los días en nuestros oídos, diciendo: *Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.* Y otra vez: *El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu Santo dice á los fieles.* ¿Y qué dice? *Venid, hijos, escuchadme: os enseñaré á temer á Dios: corred mientras os dure la luz de la vida, antes que con la muerte os anochezca.*

Y en otro lugar, buscando un obrero fiel en medio de su Pueblo, á quien dirige estas palabras, dice también: *¿Quién es el hombre que desea la vida, y disfrutar días felices?* Y si, oyendo tú su voz, respondieras: *Yo,* repite diciéndote: *Si quieres lograr perpetua y verdadera vida, no se abra tu boca para hablar mal, y no pronuncien tus labios dolo alguno: apártate del mal, y obra bien: busca la paz y siguela.* Y cuando esto hiciéredes, *pondré en vosotros mis ojos, y mis oídos á vuestros*

*ruegos; y antes que me invoqueis, diré: Aquí estoy.* ¿Qué cosa más dulce para nosotros, carísimos hermanos, que esta voz del Señor que nos convida? Tanta es la bondad de Dios, que él mismo nos muestra el camino de la vida.

Ceñidos, pues, con la fe y práctica de buenas obras, sigamos el camino del Señor, por las sendas del Evangelio, para que merezcamos ver en su Reino á aquél que nos ha llamado. Mas si queremos morar en su Real Palacio, hemos de saber que no se llega á él sino corriendo por el camino de las buenas obras. Pero preguntemos al Señor, diciéndole con David: *¿Quién, Señor, habitará en tu Palacio, y quién tendrá en tu Santo Monte descanso eterno?*

Hecha esta pregunta, escuchemos lo que el Señor responde, y cómo nos guía, y muestra el camino de esta morada, diciéndo: *Aquél, cuya vida es inocente, y que obra bien: el que habla verdad con sincero corazón: el que en sus palabras no tiene dolo: el que no hace mal á su prójimo: el que no da oídos á calumnias de su hermano: el que, cerrando todas las puertas de su corazón á las sugestiones y malicia del demonio, lo aleja de sí, destruye sus fuerzas, reprime y estrella sus tentaciones, luego que las advierte, contra la verdadera piedra, que es Cristo.*

Los que, temiendo al Señor, no se ensoberbecen por su buena conducta; antes sabiendo

que por sí nada pueden y que Dios es el Autor de sus buenas obras, le glorifican en ellas, diciendo con el Profeta: *No á nosotros, Dios mio, no á nosotros, sino á vuestro solo nombre es á quien toda gloria es debida.* Al modo que el Apóstol San Pablo, no atribuyéndose cosa alguna á sí de los frutos de su predicación, decía: *Por la gracia de Dios, soy lo que soy;* y en otra parte: *El que se gloria, gloríese en el Señor.*

Por esto dice Cristo en su Evangelio: *El que oye y guarda mi doctrina, será semejante al varón sabio que ha edificado su casa sobre piedra. Vinieron recias borrascas de viento y lluvia, y la batieron; pero se mantuvo firme, porque estaba fundada sobre piedra.* Pronto el Señor á cumplir lo prometido, nos espera por instantes, deseando que correspondamos con buenas obras á estos sus santos avisos. Por eso nos da treguas, todo el tiempo de nuestra vida, para que enmendemos nuestros excesos, diciéndonos con el Apóstol: *¿Por ventura ignoras que la paciencia de Dios te convida á penitencia?* Y este Dios, todo lleno de piedad, dice en otra parte: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva.*

Habiendo preguntado, pues, hermanos míos, al Señor por el que ha de habitar en su casa, oímos que nos mandó habitar en ella; y que si cumplimos con las obligaciones de sus moradores, seremos herederos del Reino de los Cielos.

Preparemos, pues, nuestros cuerpos y corazones para militar bajo la santa obediencia de sus preceptos; y roguemos al Señor que nos de las gracias necesarias para poder observar lo que excede á las fuerzas de nuestra naturaleza. Porque si queremos evitar las penas del infierno y conseguir la vida eterna, es preciso que mientras podamos, mientras estamos en este cuerpo mortal y nos lo permite la luz de esta vida, corramos y hagamos, desde luego, lo que puede hacernos eternamente felices.

Para esto vamos á instituir una escuela en que se enseñe á servir al Señor; en la cual esperamos no establecer cosa alguna que sea austera, ni muy penosa. Mas si la justicia y la razón, el deseo de corregir los vicios y de conservar la caridad, nos obligare á ordenar algunas cosas con alguna estrechez, no por eso dejeis asustados el camino de la salud, cuyos principios son siempre estrechos; pero á medida que se adelanta en las sendas de la piedad y de la fe, se corre, dilatado el corazón, en el camino de los divinos mandamientos con inefable dulzura de caridad; de modo, que no apartándonos jamás de la escuela de este divino Maestro, y perseverando hasta la muerte bajo sus instrucciones en el claustro, nos hagamos dignos de participar, por medio de la paciencia, de la Pasión de Cristo, y merezcamos estar con él en su Reino.

## CAPITULO PRIMERO.

### **De los diversos géneros de monjes.**

Es notorio que hay cuatro géneros de monjes. El primero de Cenobitas ó monasterial, que militan bajo de una regla y de un Adad. El segundo es de Anacoretas ó Ermitaños: los que no por un fervor novicio, sino habiendo aprendido, por largas pruebas en el monasterio y con el socorro de muchos, á combatir al demonio, se sienten con bastantes fuerzas para dejar la compañía de sus hermanos y emprender por sí solos una nueva guerra, y pelear, sin socorro ajeno, con solo su brazo y la protección de Dios, contra los vicios de la carne y de los pensamientos.

El tercero, y sumamente detestable género de monjes, es el de los Sarabaitas, que, sin observancia de alguna regla, sin direccióu de maestro, y sin haber sido probados como el oro en el crisol; susceptibles, al contrario, de todo género de impresiones como el plomo, guardan, en sus obras, fidelidad al mundo, y manifiestan que es contraria su vida á lo que prometen á Dios con su tonsura. Enciérranse éstos sin Pastor, de dos en dos, de tres en tres, y á veces solos, no en los apriscos del Señor, sino en los suyos, sin

más ley que el placer de sus deseos; pues cuanto ellos piensan ó eligen, lo llaman santo; y lo que no les acomoda, juzgan que es ilícito.

El cuarto género de monjes es de los que llaman Girovagos, que pasan toda su vida girando por varias provincias, hospedándose tres ó cuatro días en diversos monasterios, siempre vagos, nunca estables, esclavos de la gula y de sus deleites, y peores en todo que los Sarabaitas; de cuya infeliz conducta mejor es callar que hablar. Dejados, pues, estos, apliquémonos á arreglar, con el favor divino, la vida de los fortísimos Cenobitas.

## CAPÍTULO II

### **Cual debe ser el Abad**

El Abad que ha sido tenido por digno de gobernar algún monasterio, debe acordarse siempre de este nombre, y llenar con obras el nombre de Superior, porque se cree que hace las veces de Cristo en el monasterio; pues se le dá el mismo tratamiento, según el Apóstol, que dice: *Recibisteis el espíritu de adopción, por el cual clamamos Abad, Padre*. Por tanto el Abad nada debe enseñar, establecer, ó mandar, que se aparte (lo que Dios no quiera) de los preceptos del Señor: lejos de esto sus mandatos y doctrina deben, al

modo de una levadura de la divina justicia, deramarse en los corazones de sus discípulos.

Tenga siempre presente el Abad que se le pedirá estrecha cuenta en el tremendo juicio de Dios, así de su doctrina, como de la obediencia de sus discípulos, y sepa que se imputará á culpa del pastor lo que el Padre de Familias echare de menos en el adelantamiento que esperaba de sus ovejas. Sólo se le dará por libre, si habiendo puesto el mayor cuidado en el gobierno del rebaño inquieto y desobediente, no perdona á fatiga alguna para curar sus enfermedades, de modo, que, hallándose justificado en el juicio del Señor, pueda decirle con el Profeta: *No escondi tu justicia en mi corozón, he hecho patente tu verdad, y el camino de la salvación; pero ellos me despreciaron á mí y á mi doctrina.* Y entonces, por fin, recaerá la pena de muerte sobre las ovejas rebeldes á sus cuidados.

Aquel, pues, que recibe el nombre de Abad debe instruir á sus discípulos de dos modos; esto es, enseñar todas las cosas buenas y santas antes con obras que con palabras; de tal suerte que á los discípulos capaces dé á conocer los mandatos del Señor con sus discursos, y á los menos dóciles y de cortos talentos con su ejemplo. Demuestre, sobre todo, con el ejemplo á sus discípulos lo que les hubiere enseñado ser contrario á su salvación, no sea que, predicando

á los demás, sea él hallado réprobo, y le diga Dios cuando pecare: *¿Por qué anuncias tu mis leyes, y tomas en boca mi testamento? ¿Tú, que has sacudido el yugo de mi doctrina, y has echado al trezado mis preceptos, y que, notando en los ojos de tu hermano una mota, no viste en los tuyos una viga?*

No haga distinción de personas en el monasterio. No ame más á uno que á otro; sino al que hallare más adelantado en la virtud y en la obediencia. No sea preferido el noble al plebeyo, á no ser que haya algún motivo justo para ello. Pero si le pareciere justo preferir á alguno, hágalo indiferentemente de cualquiera condición que sean: si no, guarde cada uno su grada, porque plebeyos y nobles todos en Cristo somos una misma cosa, y militamos igualmente todos bajo las banderas de un mismo Señor, *para quien no hay acepción de personas*, sino respecto de aquellos que se adelantan á los demás en perfección y humildad. Tenga, pues, el Abad igual amor á todos, y pórtese con cada uno según sus méritos.

Porque el Abad, en su conducta, debe observar perpetuamente lo que el Apóstol ordena, cuando dice: *reprende, exhorta, amenaza*; esto es, que, según la diversidad de tiempos, mezcle el rigor con la dulzura: mostrándose unas veces como riguroso Maestro, y otras como cariñoso



Padre; quiero decir, que corrija con severidad á los revoltosos e inobservantes, y que anime á los obedientes, pacíficos, y sufridos, para que sean mejores; y le exhortamos que, á los sediciosos, y á los que desprecian sus obligaciones, les reprenda y castigue.

No disimule los pecados de los delincuentes: más acordándose de la desgracia de Heli, sacerdote de Silo, córtelos de raíz en sus principios. Corrija con palabras, una ó dos veces, á los más dóciles y de buena índole; pero, á los malos, y de corazón duro, á los soberbios ó desobedientes, castígueles luego que pequen con azotes ó con otras penas corporales; sabiendo que está escrito: *Que el necio no se enmienda con palabras.* Y en otra parte: *Castiga á tu hijo con la vara, y librarás su alma de la muerte.*

Nunca se ha de olvidar el Abad de lo que es, y del nombre que tiene, debiendo saber que á quien más se le confía, más se le pide. Tenga presente, cuán árduo, y difícil es el empleo que ha tomado de gobernar almas, y acomodarse á genios diferentes; porque ha de tratar á unos con halagos, á otros con reprensiones, á otros con consejos, acomodándose de tal modo al genio y capacidad de cada uno, que no solo no padezca ningún detrimento en las ovejas que se le han confiado, sino que pueda gozarse de los aumentos de virtud de su rebaño.

Cuide, sobre todo, de no descuidar ni despreciar la salvación de las almas que están á su cargo, de modo que prefiera á esta obligación el cuidado de las cosas transitorias, terrenas, y caducas; y jamás olvide que ha tomado á su cargo regir almas de las que ha de dar cuenta algún día. Y para que no le sirva, tal vez, de excusa la poca renta del monasterio, acuérdesese que está escrito: *Buscad primeramente el reino de Dios, y su justicia, y todo lo demás se os dará con aumento.* Y en otra parte: *Nada falta á los que le temen.*

Y sepa que el que se ha encargado de gobernar almas, debe prevenirse para dar cuenta de ellas, teniendo por cierto que cuántos monjes le estén encomendados, de otros tantos ha de responder al Señor en el día del juicio, sin incluir su alma en este número. Y así, temeroso siempre del examen futuro que el Señor le ha de hacer de las ovejas que le ha confiado, con el recelo de la cuenta ajena, vivirá solícito de la suya; y haciendo con sus exhortaciones que los demás se enmienden, conseguirá, por este medio, su propia santificación.

### CAPÍTULO III.

**Como los monjes han de ser llamados á consejo.**

Siempre que se hubieren de tratar cosas de importancia en el monasterio, junte el Abad

toda su Comunidad, y hágala presente el asunto de que se trata; y oyendo el parecer de los monjes, piense despacio la cosa y resuelva lo que juzgare más acertado. El motivo de ordenar que todos sean llamados á Consejo, es, porque muchas veces revela Dios lo mejor al más joven.

Pero darán los Monjes su dictamen con tal sumisión y humildad, que ninguno se atreva á sostener con tenacidad su parecer, sino que, estando todo al arbitrio del Abad, le obedecerán en lo que él juzgare ser más conveniente. Pero, así como es justo que los discípulos obedezcan al maestro, así lo es también que el maestro disponga todas las cosas con madurez, y justicia. Observen, pues, todos, en todo, la dirección de la Regla, y ninguno se atreva á apartarse de ella sin justa causa.

Ninguno en el monasterio siga su propio parecer, ni tenga la osadía de disputar con altivez dentro ó fuera del monasterio, con su Abad; y si la tuviese, sea castigado con la pena regular. Más el Abad haga todas las cosas con temor de Dios y observancia de la Regla, teniendo por cierto, que ha de dar indefectiblemente cuenta de toda su conducta á Dios, justísimo Juez. En los negocios de menos importancia que se hubieren de tratar para utilidad del monasterio, consulte solamente con los ancianos, según que

está escrito: *Hazlo todo con consejo, y después de hecho no te pesará.*

#### CAPÍTULO IV.

##### **De los instrumentos de las buenas obras.**

- 1 El primer instrumento es amar á Dios con todo el corazón, con toda el alma, y con todas las fuerzas.
- 2 Amar al prójimo como á sí mismo.
- 3 No matar.
- 4 No fornicar.
- 5 No hurtar.
- 6 No codiciar.
- 7 No levantar falso testimonio.
- 8 Honrar á todos los hombres.
- 9 No hacer á otro lo que no quiere para sí.
- 10 Negarse á sí mismo para seguir á Cristo.
- 11 Castigar el cuerpo.
- 12 No darse al regalo.
- 13 Amar el ayuno.
- 14 Socorrer á los pobres.
- 15 Vestir al desnudo.
- 16 Visitar los enfermos.
- 17 Enterrar los muertos.
- 18 Socorrer al atribulado.
- 19 Consolar al afligido.
- 20 Aborrecer la conducta y máximas del mundo.

- 21 No anteponer cosa alguna al amor de Cristo
- 22 No dejarse llevar de la ira.
- 23 No aguardar ocasión de venganza.
- 24 No tener dolo en el corazón.
- 25 No dar paz fingida.
- 26 No abandonar la caridad.
- 27 No jurar, para no exponerse á jurar en falso.
- 28 Decir verdad con el corazón y con la boca.
- 29 No volver mal por mal.
- 30 No hacer á otro injuria y recibir con paciencia la que le hicieren.
- 31 Amar á los enemigos.
- 32 No volver maldición por maldición, sino bendecir á los que nos maldicen.
- 33 Sufrir persecución por la justicia.
- 34 No ser soberbio.
- 35 No ser yinoso.
- 36 No ser voraz.
- 37 No ser dormilón.
- 38 No ser perezoso.
- 39 No ser murmurador.
- 40 No ser maldiciente
- 41 Poner toda su confianza en Dios.
- 42 Cuanto viere en sí de bueno, atribúyalo á Dios, y no á sí.
- 43 Y, al contrario, impútese siempre á sí y no á Dios, lo malo que hubiese hecho.
- 44 Temer el día del juicio.

- 45 Temblar con la memoria del infierno.
- 46 Suspirar con todo el corazón por la vida eterna.
- 47 Tener, todos los días, presente la muerte.
- 48 Velar, en todos los instantes, sobre la propia conducta.
- 49 Estar firmemente persuadido de que no hay lugar alguno en que Dios no le esté mirando.
- 50 Estrellar los malos pensamientos que le combatan en Jesucristo.
- 51 Y descubrirlos al Padre espiritual.
- 52 Guardar su lengua de palabras malas y viciosas.
- 53 No ser amigo de hablar mucho.
- 54 No decir palabras vanas ó que muevan á risa.
- 55 No reír mucho ni descomedidamente.
- 56 Oír con gusto las lecciones santas.
- 57 Ocuparse, con frecuencia, en la oración.
- 58 Confesar todos los días á Dios en la oración, con lágrimas y gemidos, los excesos de su vida pasada, y enmendarse en adelante de ellos.
- 59 No consentir en los deseos que la carne y sangre le sugieran: aborrecer su propia voluntad.
- 60 Obedecer en todo á los preceptos del Abad, aun cuando, lo que Dios no permita,

obre él de otra manera, acordándose de aquél precepto del Señor: *Haced lo que os dicen y no hagáis lo que ellos hacen.*

- 61 No querer ser tenido por santo antes de serlo, sino serlo con efecto, para que puedan con verdad llamárselo.
- 62 Practicar con obras, todos los días, los mandamientos de Dios.
- 63 Amar la castidad.
- 64 No aborrecer á nadie.
- 65 No tener celos, ni ser envidioso.
- 66 Ser enemigo de disputas.
- 67 Huir la vanagloria.
- 68 Reverenciar á los ancianos.
- 69 Amar á los más mozos.
- 70 Orar por los enemigos, por amor de Cristo.
- 71 Reconciliarse, antes de anochecer, con aquellos con quienes haya tenido alguna discordia.
- 72 Y no desesperar jamás de la misericordia de Dios.

Estos son los instrumentos del arte espiritual, los cuales, si sin intermisión cumpliéremos toda nuestra vida, reservando el premio para el día del juicio, nos dará Dios en recompensa aquél galardón que él mismo tiene prometido: *Que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni el corazón del hombre puede comprender, lo que Dios tiene preparado á los que le aman.* Pero el lugar en donde hemos

de practicar con desvelo todas estas cosas, son los claustros del monasterio, perseverando constantes en él.

## CAPÍTULO V.

### De la obediencia

El primer grado de la humildad es una obediencia pronta. Esta es peculiar de aquellos que ninguna cosa aman tanto como á Jesucristo, ó por razón del instituto santo que han abrazado, ó por temor del infierno, ó por el deseo de la gloria eterna; y en el instante que el Prelado les manda algo, lo ejecutan con tal prontitud, como si se lo mandase el mismo Dios: de los cuales dijo el Señor: *Luego que oyeron mi voz, me obedecieron.* Y de los Prelados dice en otro lugar: *El que á vosotros obedece, á mi me obedece.*

Estos, pues, dejando al punto sus cosas, abandonando su propia voluntad, desocupándose de todo, y dejando sin acabar lo que estaban haciendo, siguen, volando con las alas de la obediencia, la voz del que manda, con tal prontitud, que apenas hay intervalo alguno de tiempo entre el imperio del maestro, y la perfecta obediencia del discípulo; de tal modo que estas dos acciones se ven casi siempre juntas en aquellos que temen á Dios, y aspiran al gozo de la



vida eterna. Y esta es la razón porque estos entran en el camino estrecho, del cual dice el Señor: *Estrecho es el camino que guía á la vida*; y privándose de su propia libertad, y no obedeciendo á sus deseos ni apetitos, se abandonan del todo á la dirección é imperio de otro, deseando únicamente vivir en el monasterio sujetos á un Abad, que les gobierne. Estos, sin duda, son los que imitan el ejemplo de Jesucristo, que dice: *No vine á hacer mi voluntad, sino la del que me envió*.

Pero esta obediencia ni será grata á Dios, ni agradable á los hombres, si no se ejecuta lo mandado sin dilación, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración, y sin replica que indique resistencia en el que obedece; pues la obediencia que se dá á los Prelados, se dá á Dios, como él mismo tiene dicho: *El que á vosotros oye á mi me oye*; y tambien es necesario que los discípulos obedezcan de buena voluntad; *porque solo aquel agrada á Dios, que dá con alegría*; y, al contrario, si el discípulo obedece con repugnancia y murmura, no digo con la boca sino allá en su interior, aunque cumpla con el precepto, no será agradable su obediencia á Dios que vé el interior del que murmura; y lejos de conseguir por esto premio alguno, se hace acreedor á la pena de los que murmuran, si no se enmienda y hace penitencia de ello.

## CAPÍTULO VI.

### Del silencio.

Hagamos lo que dice el Profeta: *Resolví observar todos mis pasos para no pecar con mi lengua: puse un candado á mi boca: enmudecí, me humillé y me abstuve de hablar aún de las cosas buenas.* En estas palabras nos enseña el Profeta, que si debemos algunas veces abstenernos de conversaciones santas por respeto al silencio, ¿con cuánta más razón deberemos poner entredicho á las malas por el temor del castigo que merece el pecado? Por esta razón raras veces se debe conceder, ni aún á los discípulos perfectos por lo importante que es el silencio, licencia para hablar, aunque sea de cosas buenas, santas y de edificación; porque escrito está: *Hablando mucho, no evitarás el pecado.* Y en otra parte: *La muerte y la vida están en poder de la lengua.* Y porque hablar é instruir pertenece al maestro, oír y callar conviene al discípulo. Por tanto, si hubiere que preguntar algo al Prelado, hágase con el respeto, sumisión y humildad posible, cuidando no hablar más de lo necesario; pero las chanzas, palabras inútiles ó que puedan mover á risa, las condenamos, para siempre, en todos los lugares, y no permitimos que religioso alguno se atreva á chistar en semejantes asuntos:

## CAPITULO VII.

### **De la humildad.**

La divina Escritura, hermanos, nos dice á voces: *Que todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.* Diciendo esto nos demuestra, que toda altivez es especie de soberbia, cuyo vicio procuraba evitar el Profeta por estas palabras: *Ni mi corazón, Señor, se ha engreído, ni mis ojos se han ensalzado, ni me he dejado llevar de cosas grandes y magníficas, que excediesen á mis fuerzas.* Pero ved lo que dice inmediatamente: *Si no he pensado bajamente de mí, y si me he tenido en más de lo que debía, tratadme como al niño, que se le aparta del seno de su madre cuando está mamando.*

Y así, hermanos, si deseamos llegar á la cumbre de una humildad perfecta, y arribar en poco tiempo á aquella celestial elevación, á que ninguno es elevado sino por la humildad de la vida presente, es preciso erigir, por medio de acciones de virtud que se excedan unas á otras, aquella misteriosa escala que vió en sueños el Patriarca Jacob, por la cual bajaban y subían ángeles. No entendemos ciertamente otra cosa en este bajar y subir, sino que por la elevación se baja, y por la humildad se sube. La escala erigida re-

presenta nuestra vida mortal, que eleva el Señor hasta el Cielo por la humildad de corazón. Los lados de esta escala decimos ser nuestro cuerpo, y nuestra alma, en los cuales el orden y la vocación de Dios, han dispuesto diferentes escalones de disciplina y humildad por los que debemos subir.

El primer grado de la humildad consiste en que, teniendo el monje siempre presente el temor de Dios, no olvide, ni deje borrar jamás de su memoria cosa alguna de cuanto Dios tiene mandado; y, repasando en su corazón las penas del infierno, que merecen los que le desprecian, y la vida eterna, que está preparada para los que le temen, y absteniéndose por este medio en todo tiempo de los pecados y vicios de los pensamientos, de la lengua, de las manos, de los ojos, de los pies y de su propia voluntad, trabaje sin intermisión en cortar las inclinaciones y deseos de la carne.

Esté firmemente persuadido de que Dios le está mirando siempre de lo alto del Cielo, que los ojos de la Majestad divina están contemplando en todas partes todas sus acciones y que, los santos Angeles le dan cuenta de ellas en cada instante. Esto nos lo demuestra el Profeta cuando nos hace ver que Dios tiene siempre presentes nuestros pensamientos, diciendo: *Dios penetra hasta los senos más ocultos de nuestros corazones*. Y en otra

parte: *Dios sabe que los pensamientos de los hombres son vanos.* Y en otro lugar: *De muy lejos, Señor, conoceis todos mis pensamientos.* Y en otro: *El pensamiento del hombre se os manifiesta por si mismo.*

Y para que el monje fiel vele sobre sus pensamientos, diga continuamente en su corazón: *Entonces estaré puro en su presencia, cuando me viere libre de toda culpa.*

Por lo tocante á nuestra propia voluntad la Escritura nos prohíbe expresamente seguirla, diciendo: *Renuncia á tu propia voluntad.* Y por esto pedimos á Dios en la oración del Padre nuestro, *que se cumpla en nosotros su voluntad.* Y con razón se nos advierte, que no hagamos nuestra propia voluntad; pues que evitamos por este medio lo que está escrito en las Santas Escrituras. *Hay caminos que parecen rectos á los hombres, cuyo fin, no obstante, conduce á lo profundo del infierno, y nos libramos también de lo que está dicho de los negligentes: Se han corrompido y se han hecho abominables siguiendo sus inclinaciones desordenadas.* En cuanto á los deseos de la carne, creamos que Dios les conoce todos, según lo que dice el Profeta: *Todos mis deseos, Señor, están patentes á vuestros ojos.*

Debemos, pues, guardarnos de los malos deseos, porque la muerte está á la puerta del deleite, y así nos lo manda la Escritura, diciendo: *No te dejes llevar de tus propios apetitos.*

Si, pues, los ojos del Señor están siempre abiertos para ver á los buenos y á los malos, y mira sin cesar desde el Cielo á los hijos de los hombres, para ver si hay entre ellos quien le conozca y quien le busque; y si los ángeles, que están destinados para guardarnos, dan cuenta todos los días á nuestro Criador de día, y de noche de todas nuestras obras; tratemos de vivir, hermanos, con cautela en todo tiempo, no sea que, como dice el Profeta en los salmos, vea Dios alguna vez que nos inclinamos al mal, y que nos hemos hecho inútiles; y aunque en esta vida no nos castigue, porque es piadoso y espera nuestra conversión, nos diga el día del juicio: *Esto hicisteis, y callé.*

El segundo grado de la humildad consiste en que no ame el monje su propia voluntad, ni se deleite en cumplir sus gustos, antes bien imite con sus obras la voz del Señor, que dice: *No vine al mundo á hacer mi voluntad, sino la del que me envió;* y lo que la Escritura dice en otra parte: *Todas las obras de la voluntad propia serán castigadas, y las de la obediencia recompensadas.*

El tercer grado de la humildad consiste en sujetarse por amor de Dios al Prelado con una obediencia sin límites, á ejemplo de Jesucristo, quien como dice el Apóstol; *Se hizo obediente hasta la muerte.*

El cuarto grado de la humildad consiste en

que, mandándole al monje cosas duras y contrarias, y aun haciéndole cualesquiera injurias, se armaré con ánimo tranquilo de paciencia, y sufriendo, no se cansaré, ni desistiere porque dice la Escritura: *El que perseverare hasta el fin, se salvará.* Y también: *Esfuércese tu corazón y espera en el Señor.*

Y para mostrar que el siervo fiel debe sufrir por el Señor toda especie de males por penosos que sean, dice, en persona de los que sufren: *Por vuestro amor, Señor, padecemos muerte en cada momento del día, y se nos mira como ovejas destinadas al cuchillo, y sostenidos con la esperanza de la divina retribución prosiguen, gozosos, diciendo; Pero en todas estas contradicciones salimos victoriosos por la protección de aquél que nos amó.*

También dice en otro lugar la Escritura: *Probástenos, Señor, y nos pasaste por el fuego, como á la plata: hicistenos caer en el lazo y cargaste nuestros hombros de tribulaciones.* Y para manifestar que debemos estar sujetos bajo la obediencia de un Prelado, prosigue diciendo: *Pusiste hombres sobre nuestras cabezas.*

Y observando por la paciencia en las adversidades é injurias el precepto del Señor: si se les hiere en una mejilla, ofrecen la otra; al que les quita la túnica dejan la capa; alquilados para una milla andan dos; sufren con el Apóstol la infidelidad de sus hermanos, y bendicen á los que les maldicen y persiguen.

El quinto grado de la humildad es descubrir á su Abad, por una humilde y sincera confesión, los malos pensamientos que le sobrevengan, y las faltas ocultas que hubiese cometido. Esto es lo que la Escritura nos persuade, diciendo: *Manifiesta al Señor tu conducta y espera en él.* Y en otra parte: *Confesad vuestros pecados al Señor, porque es bueno e infinito en sus misericordias.* Y por boca del Profeta: *Os declararé, Señor, mi pecado y no os encubrí mis injusticias: dije; manifestaré contra mi mismo al Señor todas mis iniquidades, y tu perdonaste la impiedad de mi corazón.*

El sexto grado de la humildad consiste en que el monje viva contento por más que le humillen y abatan, y que crea haber desempeñado mal cuanto se le hubiere mandado, y que es incapaz de hacer bien cosa alguna, diciendo con el Profeta: *Reducido estoy á la nada, y no lo había conocido: he estado en vuestra presencia como un jumento, y nunca me he apartado de vos.*

El séptimo grado de la humildad consiste en que no solo publique el monje con su boca que es el último y más despreciable de todos, sino que así lo crea en lo íntimo de su corazón, humillándose y diciendo con el Profeta: *Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho de la plebe: luego que me ensalcé, me vi humillado y confundido.* Y en otro lugar: *Bien me estuvo, Señor, que me humillases, porque así aprendí á observar vuestros preceptos.*



El octavo grado de la humildad consiste en que nada haga el monje, sino lo que ordenen las leyes comunes del monasterio ó persuada el ejemplo de los mayores.

El grado nono de la humildad consiste en que de tal modo reprima el monje su lengua, que guardando silencio nunca hable hasta ser preguntado, enseñándonos la Escritura que *No es posible hablar mucho sin pecar: Y, que el hombre hablador no hará progresos en la virtud.*

El décimo grado de la humildad consiste en que el monje no sea fácil, ni propenso á reir, porque está escrito: *El necio en la risa levanta la voz.*

El undécimo grado de la humildad consiste en que cuando hablare el monje lo haga con suavidad y sin risa, con humildad y modestia, hablando poco y al caso, porque escrito está: *El sabio se explica en pocas palabras.*

El duodécimo grado de la humildad consiste en que el monje conserve la humildad, no solo en lo interior, sino que lo manifieste también en su exterior á todos cuantos le vean; esto es, que en la labor de manos, en la iglesia, en el monasterio, en la huerta, en el camino, en el campo y en donde quiera que se halle, ahora esté en pié, sentado ó paseando, tenga siempre inclinada la cabeza clavados los ojos en tierra; y juzgándose reo á todas horas por sus pecados,

piense que se halla ya en el tremendo juicio de Dios, diciendo continuamente en su corazón lo que decía el Publicano del Evangelio teniendo sus ojos fijos en la tierra: *No es digno, Señor, un pecador como yo de levantar sus ojos al Cielo.* Y también con el profeta: *Abatido y humillado estoy hasta no más.*

Sabidos, finalmente, por el monje todos estos grados de humildad, llegará luego á aquél divino amor que, siendo perfecto, arroja fuera todo temor, y de este modo lo que antes observaba teniendo el temor por objeto, lo observará en lo sucesivo sin trabajo alguno por una costumbre como natural, y no ya por temor de las penas del infierno, sino por el amor de Cristo y costumbre santa que habrá adquirido, y por el atractivo que hallará en la práctica de las virtudes, las que el Señor tendrá á bien manifestar en su obrero por la gracia del Espíritu Santo después que se halle purificado de todos sus vicios y pecados.

## CAPÍTULO VIII.

### e Oficios divinos, por la noche.

En tiempo de Invierno, esto es, desde primero de Noviembre hasta Pascua, se levantarán á la octava hora de la noche, según menguare

esta, ó creciere, para que descansen hasta un poco más de la media noche y se levanten hecha ya la digestión. El tiempo que restare despues de maitines, le emplearán en el estudio del Salterio ó en el de las lecciones, los que tengan necesidad. Pero desde Pascua hasta el primer día de Noviembre se arreglará el oficio de la noche de tal modo que, dejando pasar un breve rato en que salgan los monjes á las necesidades naturales, se sigan las Laudes, que se han de decir al amanecer.

## CAPITULO IX.

### **Cuantos salmos se han de decir en las Horas de la noche.**

En tiempo de Invierno, dicho en primer lugar el verso: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina*, se dirá después tres veces: *Domine labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam*, á lo cual se ha de juntar el salmo tercero con *Gloria*. Después de éste se rezará el salmo noventa y cuatro con antífona ó se cantará sin ella. Luego el himno de San Ambrosio: después seis salmos con antífonas; los cuales dichos y dicho el verso, dará el Abad la bendición; y sentándose todos en escaños leerán, unos tras de otros, tres lecciones en el libro que

estará sobre el atril, cantando después de cada una un responsorio. Los dos responsorios se dirán sin *Gloria*; pero después de la tercera lección dirá, el que la canta, el *Gloria*, y al empezarle, levántense todos inmediatamente de sus asientos en honor y reverencia de la Santísima Trinidad.

Léanse en el oficio de la noche los libros canónicos así del Viejo, como del Nuevo Testamento, y las exposiciones que han hecho sobre ellos los más célebres doctores ortodoxos, y católicos Padres de la Iglesia.

Después de las tres lecciones con sus responsorios, se seguirán otros seis salmos que se cantarán con *Alleluia*. Después de estos, una lección del Apóstol, que se dirá de memoria y el verso y las preces de la letanía, ó *kyrie eléison*, y de este modo se concluirán los oficios de la noche.

## CAPÍTULO X.

### **Como deben celebrarse los Maitines en tiempo de Estío.**

Desde Pascua hasta primero de Noviembre se guardará el número de salmos arriba dicho, excepto que por la brevedad de las noches no se leerán las lecciones por el libro, sino que en lugar de las tres lecciones se dirá solamente una del antiguo Testamento de memoria, con un

responso breve, y lo demás se hará como queda dispuesto; esto es, que nunca se digan menos de doce salmos en los Maitines sin incluir en ellos el tercero y noventa y cuatro.

## CAPÍTULO XI.

### **Como se han de decir los Maitines en los Domingos.**

El Domingo se levantarán algo más temprano á Maitines: en ellos se observará el método ya ordenado; es á saber, que después de haber cantado, como queda dispuesto, seis salmos y el verso, sentados todos por su orden en sus bancos, se leerán por el libro, como arriba dijimos, cuatro lecciones con sus responsorios, y solo en el cuarto dirá *Gloria* el que le canta, levantándose todos con reverencia cuando comenzare.

Después de estas lecciones se seguirán por su orden otros seis salmos con antifonas y verso, como los primeros, y se leerán después otras cuatro lecciones con sus responsorios por el orden sobre dicho. Después se dirán tres cánticos de los Profetas á elección del Abad, los cuales se cantarán con *Alleluia*. Dicho también el verso y dada por el Abad la bendición, se leerán otras cuatro lecciones del Nuevo Testamento, como se dijo arriba.

Después del cuarto responsorio comenzará

el Abad el Himno *Te Deum laudamus*, el cual dicho, leerá el mismo Abad la lección del Evangelio, estando todos en pié con reverencia y temor; y leída, responderán todos *Amen*. Dirá inmediatamente el Abad el himno *Te decet laus*; y dada la bendición comenzarán las Laudes.

Observarás este orden en los Maitines del Domingo en todo tiempo, así en Invierno como en el Estío, á no ser que (lo que Dios no quiera) por levantarse más tarde, se vean precisados á cercenar algo de las lecciones ó responsorios; pero cuídese mucho de que no suceda. Mas si aconteciere, dé en la misma iglesia completa satisfacción á Dios aquel por cuya negligencia hubiere sucedido.

## CAPÍTULO XII.

### Como se han de celebrar las Laudes.

El Domingo á Laudes se dirá, en primer lugar, el salmo sesenta y seis sin antifona ni canto: luego el salmo cincuenta con *Alleluia*: después el salmo ciento diez y siete y el sesenta y dos: luego el cántico *Benedicite* y los *Laudates*: una lección del Apocalipsi, que se dirá de memoria, el responso, el himno, el verso, el cántico *Benedictus*, el *kyrie eléison* y así se concluye este oficio.

### CAPÍTULO XIII.

#### **Como se han de celebrar las Laudes en los días feriales**

En los días feriales se celebrarán las Laudes de este modo: se dirá el salmo sesenta y seis que se ha de decir sin antifona, un poco pausado como el Domingo, para que todos asistan al salmo cincuenta, que se ha de decir con antifona. Después se dirán otros dos salmos, como se acostumbra; es á saber, el Lunes el quinto y el treinta y cinco; el Martes el cuarenta y dos y cincuenta y seis: el Miércoles el sesenta y tres y sesenta y cuatro: el Jueves el ochenta y siete y el ochenta y nueve: el Viernes el ochenta y cinco y el noventa y uno: el Sábado el ciento cuarenta y dos, y el cántico del Deuteronomio *Audite Cæli* dividido en dos *Glorias*. En los demás días se dirá un cántico de los Profetas, cada día el suyo, como lo canta la Iglesia romana. Diránse después los *Laudates*: luego una capitula del Apóstol, que se ha de decir de memoria, el responso, el himno de San Ambrosio, el verso, el cántico *Benedictus* el *kyrie eliëson*, y se acabó.

No se omitirá jamás en el oficio de Laudes y de Vísperas la oración del *Padre nuestro*, que dirá al fin el Superior en alta voz, de manera que todos la oigan, por razón de las espigas de los es-

cándalos que suelen nacer algunas veces; para que empeñados por la promesa de esta oración, en que dicen: *Perdónanos, así como nosotros perdonamos*, se purifiquen de semejante vicio. En las demás horas se dirá solamente la última cláusula de esta oración en alta voz para que todos respondan: *Mas libranos de mal*.

#### CAPÍTULO XIV.

##### **Como se han de celebrar los Maitines en las fiestas de los santos.**

En las festividades de los santos ó en todas las solemnidades se ha de hacer el oficio como dispusimos para el Domingo, excepto que se dirán los salmos, las antífonas y lecciones, propias del día. En lo demás observese lo dispuesto arriba.

#### CAPÍTULO XV.

##### **En que tiempo se ha de decir Allelúia.**

Desde el santo día de Pascua hasta Pentecostés se dirá siempre *Allelúia*, así en los salmos, como en los responsorios. Más desde Pentecostés hasta principio de Cuaresma solo se dirá, todas las noches á Maitines, en los seis últimos



salmos. Todos los Domingos del año (excepto los de la Cuaresma) se dirán con *Alleluia* los cánticos, Laudes, Prima, Tercia, Sexta y Nona; pero las Vísperas con antifona. Los responso-rios nunca se dirán con *Alleluia* sino desde Pas-cua á Pentecostés.

## CAPÍTULO. XVI

**Como se han de celebrar los Oficios divinos por el día.**

*Siete veces al día canté tus alabanzas*, dice el Profeta. Cumplirémos con este septenario, sagra-do número, si pagáremos á Dios el oficio debido de nuestra servidumbre á las Horas de Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Comple-tas; porque de estas Horas dijo el Profeta: *Siete veces al día te alabé*. Que del oficio de la noche dice el mismo Profeta: *A media noche me levanta-ba á alabarte*. Alabemos, pues, á nuestro Criador por los juicios de su justicia en las referidas ho-ras: esto es, á Laudes, Prima, Tercia. Sexta, Nona, Vísperas y Completas, y levantémonos de noche á cantar sus alabanzas.

## CAPÍTULO XVII.

**Cuantos salmos se han de decir en cada hora del día.**

Dispuesto ya el orden de los salmos para Maitines y Laudes, tratemos ahora de las demás

Horas. Se comenzará la Prima por el verso *Deus in adjutorium meum intende*: se dirá inmediatamente el himno, y después tres salmos cada uno con *Gloria*. Concluidos los salmos, se dirá la capitula, el verso, y *Kyrie eléison*, y se dará fin. El oficio de Tercia, Sexta y Nona, se celebrará del mismo modo; esto es, se dirá el verso *Deus in adjutorium*, el himno de cada Hora, tres salmos, la capitula, el verso, *Kyrie eléison*, y se concluyó. Si la Comunidad fuere numerosa, se cantarán estas Horas con antífonas; y sino lo fuere, se dirán en tono llano sin ellas. A Vísperas se dirán cuatro salmos con antífonas; después la capitula, luego el responsorio, el himno de San Ambrosio, el verso, el cántico *Magnificat*, el *Kyrie eléison*, y conclúyase con la oración Dominical.

A Completas se dirán tres salmos en tono llano, y sin antífona; después de ellos el himno de esta Hora, la capitula, el verso, *Kyrie eléison* la bendición y concluiráse así.

## CAPÍTULO XVIII.

### Con que orden se han de decir los salmos.

A todas las Horas del día se dirá siempre en primer lugar el Verso *Deus in adjutorium meum intende*: *Domine ad adjuvandum me festina*, y Glo-

ria, y después el himno de cada Hora. El Domingo á Prima se han de decir cuatro divisiones del salmo ciento diez y ocho; pero á las demás Horas, esto es, á Tercia, Sexta y Nona se dirán tres divisiones del mismo salmo ciento diez y ocho.

El Lunes á Prima se dirán tres salmos, es á saber, el primero, segundo y sexto; y así en los demás dias hasta el Domingo se dirán por su orden á Prima tres salmos hasta el diez y nueve: de tal modo, que el salmo nono, y el diez y siete se dividan en dos *Glorias*, para que se comiencen siempre los nocturnos del Domingo por el salmo veinte. A Tercia, Sexta y Nona del Lunes se dirán las nueve divisiones restantes del salmo ciento diez y ocho, tres en cada Hora.

Concluido el salmo ciento diez y ocho en los días de Domingo y Lunes, se dirán el Martes á Tercia, Sexta y Nona tres salmos, desde el ciento diez y nueve hasta el ciento veinte y siete, que son nueve salmos; los cuales se repetirán siempre hasta el Domingo á las mismas Horas; guardando todos los días una disposición uniforme de himnos, capítulos y versos: de modo que se comience siempre la Prima, el Domingo, por el salmo ciento diez y ocho.

A Vísperas se cantarán todos los días con modulación cuatro salmos, que comiencen desde el ciento nueve hasta el ciento cuaren-

ta y siete, excepto los que se han de separar para diversas Horas; esto es, desde el ciento diez y siete hasta el ciento veinte y siete, y los salmos ciento treinta y seis y ciento cuarenta y dos; todos los demás se dirán en las Vísperas. Pero porque hay tres salmos menos se dividirán los mayores del número sobredicho que son; el ciento treinta y ocho, el ciento cuarenta y tres, y el ciento cuarenta y cuatro; más el ciento diez y seis, por ser corto, júntese con el ciento quince.

Dispuesto, pues, el orden de los salmos de Vísperas, lo demás, esto es, capítulos, responsorios, himnos, versos y cánticos, se dirán como queda ordenado.

A Completas se repetirán todos los días unos mismos salmos; esto es, el cuarto, el noventa y el ciento treinta y tres. Dispuesto el orden de la salmodia del día, todos los demás salmos que sobran, divídanse igualmente en los Maitines de siete noches, dividiendo los más largos y poniendo doce en cada noche. Sobre todo advertimos, que si acaso esta disposición no agradare á alguno, ordénelo de otro modo, si le pareciere mejor, con tal que, en todo caso, se atienda á que cada semana se cante enteramente todo el Salterio de ciento cincuenta salmos, y que se comience siempre á los Maitines del Domingo por un mismo salmo. Por que muy poca devoción y celo para el servicio divino muestran los monjes que,

en el discurso de una semana, cantan menos de un Salterio con los cánticos acostumbrados, cuando leemos que nuestros Santos Padres hacían con fervor en un solo día lo que quiera Dios ejecutemos nosotros en toda una semana.

## CAPÍTULO XIX.

### **Del modo con que se ha de cantar.**

Creemos que Dios está presente en todas partes, y que en todo lugar miran los ojos del Señor á los buenos y á los malos; pero más particularmente debemos estar persuadidos de esto cuando asistimos al Oficio divino. Por tanto nos hemos de acordar siempre de lo que dice el Profeta: *Servid al Señor con temor*; y en otro lugar: *Cantad sabiamente*; y: *En presencia de los ángeles te alabaré*. Consideremos, pues, con qué respeto debemos estar delante de la Majestad de Dios y de sus ángeles, y asistamos de tal modo á cantar que concuerde nuestra mente con nuestros labios.

## CAPÍTULO XX.

### **De la reverencia en la oración.**

Si cuando queremos pedir alguna cosa á los hombres poderosos, no nos atrevemos á hacerlo

sino con señales de sumisión y de respeto ¿con cuánta más razón debemos ofrecer nuestras súplicas á Dios, Señor del universo, con toda la humildad, pureza y devoción posible? Pero debemos tener presente que no consiste el ser oídos en hablar mucho, sino en la pureza del corazón y compunción de lágrimas: y por esto, la oración debe ser breve y pura, á no ser que se prolongue por inspiración é impulso de la divina gracia; pero en la Comunidad abréviase lo posible, y hecha señal por el Prelado, levántense todos á un tiempo.

## CAPÍTULO XXI.

### **De los Decanos del monasterio.**

Si la Comunidad fuere numerosa, elíjanse de ella monjes de buena opinión y vida ajustada, y sean nombrados Decanos, quienes velarán en todas las cosas, según sus Decanías, con arreglo á los preceptos divinos y mandatos de su Abad. Elíjanse tales estos Decanos, que pueda el Abad partir con toda seguridad con ellos sus cargas. Y no se elijan por orden, sino según el mérito de su vida, doctrina y sabiduría.

Y, si acaso á alguno de estos Decanos se le hallare reprehensible por haberse dejado llevar del orgullo, corregido primera, segunda y ter-

cera vez, si no quisiere enmendarse, sea depuesto, y sustitúyase otro en su lugar, que sea digno. Lo mismo ordenamos se haga con el Prior.

## CAPITULO XXII.

### **Como han de dormir los monjes**

Duerma cada uno de por sí en su cama. Reciban el aderezo ó ropa correspondiente á su profesión, según la distribuyere el Abad. Si puede ser, duerman todos en un mismo lugar; pero si la multitud no lo permite, duerman de diez en diez, ó de veinte en veinte, con ancianos que velen sobre su conducta. Arda en el dormitorio una lámpara toda la noche hasta que amanezca.

Duerman vestidos, y ceñidos con cíngulos ó cuerdas, y no tengan cuchillos al lado mientras duermen, no sea que durmiendo se hieran entre sueños; y estén siempre dispuestos los monjes, para que hecha la señal, levantándose sin tardanza, se den prisa á anticiparse los unos á los otros para la obra de Dios; bien que con toda gravedad y modestia. Los monjes más mozos no tengan contiguas sus camas, sino entreveradas con las de los ancianos. Pero al levantarse al Oficio divino, despiértense sin ruido unos á otros, para que no se excusen los soñolientos.

## CAPITULO XXIII

### **De la excomunión por las culpas.**

Si algún monje fuere hallado contumaz, ó desobediente, ó soberbio, ó murmurador, ó que en algo se opone á la santa Regla, ó menosprecia los preceptos de sus Superiores, este, según el precepto de nuestro Señor, sea secretamente amonestado por sus Superiores primera y segunda vez; y si no se enmendare, sea públicamente reprendido delante de todos. Pero si ni aún así se corrigiere, sea excomulgado, con tal que sea capaz de comprender que pena es esta; más si todavía persevera en su malicia, aplíquesele castigo corporal.

## CAPITULO XXIV.

### **Que modo se ha de guardar en la excomunión.**

Según la gravedad de la culpa, debe extenderse la excomunión ó castigo, de cuya aplicación será juez el Abad. Pero si algún monje cayere en alguna de estas faltas, que llamamos leves, prívasele únicamente de la mesa de la Comunidad; y al penitenciado de este modo, no se le permita levantar salmo ni antifona en el coro, ni lea lección hasta que haya satisfecho.



Coma sólo, y después que haya comido la Comunidad; de suerte, que si los monjes, por ejemplo, comen á la hora de Sexta, coma él á la de Nona: si aquellos á la de Nona, él á la de Vísperas, hasta que haya merecido el perdón por medio de una satisfacción competente.

## CAPITULO XXV.

### **De las culpas más graves**

El monje que hubiese cometido alguna culpa grave, privese de la mesa y del coro. Ningún monje se le junte á hacerle compañía, ni á hablarle. Trabaje solo en lo que se le hubiere mandado, y, perseverando en lágrimas de penitencia, tendrá presente aquella terrible sentencia del Apóstol, que dice; *Este hombre ha sido entregado á Satanás para mortificación de su carne, á fin de que su alma se salve en el día del Señor.* Coma sólo la cantidad, y á la hora que el Abad juzgare convenirle. Ninguno de los que le encuentren le salude, ni se bendiga tampoco la comida que se le diere.

## CAPÍTULO XXVI

### **De los que, sin orden del Abad, se juntan con los excomulgados.**

Si algún monje se atreviere sin orden del Abad á juntarse, de cualquier modo que sea,

con el que está excomulgado ó á hablar con él ó enviarle algún recado, incurra en la misma pena de excomunión.

## CAPÍTULO XXVII.

### **De la solicitud con que debe cuidar el Abad, de los excomulgados.**

Vele el Abad con el mayor cuidado sobre los monjes que hubieren caído en alguna de las faltas dichas; *porque no es necesario para los sanos el médico sino para los enfermos.* Y así, portándose en todo como sabio médico, debe enviar oculta-mente monjes ancianos y sabios que consuelen, con astucia y como en secreto, al monje vacilante, y le induzcan á una humilde satisfacción animándole para que no sea oprimido por una excesiva tristeza; porque como dice el Apóstol, *debe tratársele con toda caridad, y todos deben orar por él.*

Pues á cargo del Abad está poner el mayor desvelo y emplear toda la prudencia é industria posible, para no perder ni una sola oveja de las que se le han confiado. Y tenga entendido, que ha tomado á su cuenta dirigir almas enfermas y no ejercer un dominio tiránico sobre las sanas; y tema la amenaza del Profeta, por cuya boca se queja el Señor, diciendo: *Tomabais para vosotros, las ovejas que os parecían más gor-*

*das y desechabais las flacas. Ymite el piadoso ejemplo del buen pastor, quien, dejando en los montes noventa y nueve ovejas, fué á buscar una que se habia perdido; y fué tan grande su compasión que, habiéndola hallado, tuvo á bien ponerla sobre sus sagrados hombros y conducirla, de este modo, al rebaño.*

## CAPÍTULO XXVIII.

**De los que muchas veces corregidos, no se enmiendan.**

Si algún monje, muchas veces corregido por cualquiera culpa y si también excomulgado, no se enmendare, aplíquesele más riguroso castigo, esto es, procédase contra él hasta azotarle. Pero si ni aún así se corrigiere, ó si (lo que Dios no permita) lleno de soberbia quisiere defender sus culpas, entonces haga el Abad lo que un sabio médico.

Si después de haber aplicado fomentos y lenitivos de exhortaciones, y de haberse servido de las palabras de la divina Escritura, y por último del fuego de la excomunión y castigo de azotes sangrientos, reconoce que nada consigue con todos sus desvelos, añada el remedio más eficaz, que es el de su oración y la de todos los monjes, á fin de que el Señor, que lo puede todo, dé la salud al hermano enfermo. Y si ni aún de

este modo sanare, entonces use ya el Abad del cuchillo de la separación, como dice el Apóstol; *Apartad al malo de entre vosotros.* Y en otra parte: *El infiel si se vá que se vaya, no sea que una oveja enferma inficione todo el rebaño.*

## CAPÍTULO XXIX.

**Si deben volverse á recibir los monjes que han salido del monasterio.**

El monje que por su culpa se vá ó es echado del monasterio, si quisiere volver á él prometa primero la enmienda del vicio por qué salió, y de esta manera sea recibido, poniéndole en la última grada para que así sea probada su humildad. Y si de nuevo saliere, sea recibido hasta tercera vez; pero sepa que en lo sucesivo tendrá cerrada, para siempre, la puerta del monasterio.

## CAPÍTULO XXX.

**Como han de ser corregidos los de menor edad.**

Débese tratar á cada uno según su edad y capacidad. Y por tanto, siempre que los niños y los jóvenes ó los que no son capaces de comprender cuán grave pena es la excomuni6n, es-

tos, si cometieren algún delito, ó sean bien mortificados con ayunos ó refréneseles con crudos azotes para que sanen.

## CAPÍTULO XXXI.

### **Del Mayordomo del monasterio.**

Elijase para Mayordomo del monasterio un sujeto de la Comunidad que sea sabio, maduro en sus costumbres, sobrio, moderado en la comida, nada altivo, no revoltoso, no desatento ni desidioso, ni pródigo, sino temeroso de Dios, que sea como padre del monasterio. Tenga cuidado de todo, y nada haga sin orden del Abad. Guarde lo que se le mandare, y no contriste á ningún monje. Si acaso le pidiere alguno lo que no debe, no le de que sentir despreciándole, sino niéguele, con humildad y buenas razones, lo que pide injustamente.

Vele sobre su alma, teniendo siempre presente lo que dice el Apóstol, *que el que bien administra, buen grado se adquiere*. Tenga un sumo cuidado de los enfermos, de los niños, huéspedes y pobres, cierto de que indefectiblemente de todos ellos ha de dar cuenta en el día del juicio.

Mire todos los muebles y bienes del monasterio como si fuesen vasos sagrados del altar. Ninguna cosa tenga en poco: no sea avaro ni

pródigo ó disipador de los bienes del monasterio, sino que en todo se porte con discreción y según las órdenes del Abad.

Sea, sobre todo, humilde; y al que le pida lo que no tiene, respóndale con buen modo, porque escrito está: *Más vale una buena respuesta que la más preciosa dádiva*. Cuide de todo lo que el Abad le encargare, y no se meta en hacer lo que le prohibiere. Dé á los monjes, sin enfado ni dilación, el sustento señalado, para quitar todo motivo de escándalo, teniendo presente la pena que impone el Evangelio al que escandalizare á alguno de sus pequeñuelos: si la Comunidad fuere numerosa, dénselo compañeros, para que, con su ayuda, desempeñe con gusto su oficio. Pídase y dése á horas competentes lo que se ha de pedir y lo que se ha de dar, á fin de que nadie se inquiete ni contriste en la casa de Dios.

## CAPÍTULO XXXII.

### **De las herramientas y demás alhajas del monasterio.**

Encargue el Abad á monjes de cuya vida y costumbres esté asegurado, que cuiden de lo que tiene el monasterio en herramientas, vestidos y demás alhajas, y se las confiará, como mejor le pareciere, para que las guarden y recojan. Tenga el Abad una lista de todas, para que, cuando

los monjes se sucedan unos á otros en la administración de ellas, sepa lo que da y lo que recibe. Pero si alguno tratare las cosas del monasterio con suciedad ó negligencia, sea reprendido y si no se enmendare, aplíquesele la pena regular.

### CAPÍTULO XXXIII.

#### **Si deben los monjes tener alguna cosa propia.**

Sobre todo arránquese de raíz del monasterio el vicio de la propiedad: ninguno se atreva á dar ni recibir cosa alguna sin licencia del Abad, ni tenerla como propia, sea lo que fuere; ni libro, ni papel ni pluma; nada absolutamente, como á quienes no es permitido tener en su potestad ni aun sus cuerpos ni su voluntad, sino que todo lo necesario deben esperar recibirlo del Padre del monasterio, y nada les sea lícito tener, excepto lo que el Abad les haya dado ó permitido.

Sean todas las cosas comunes para todos, como está escrito, y ninguno presuma decir: *Esto es mío*. Y si se hallare alguno que se hubiese dejado llevar de este tan detestable vicio, repréndasele hasta dos veces, y si no se enmendare sea castigado.

## CAPÍTULO XXXIV.

**Si deben todos recibir igualmente lo necesario.**

*Débese, como está escrito, dar á cada uno según sus necesidades; y no queremos decir en esto que haya (no lo permita Dios) acepción de personas, sino que se atienda á las necesidades de suerte que, el que haya menester menos, dé gracias á Dios y no tome pesar por esto, y el que haya menester más, humíllese por su flaqueza y no se engría por la gracia que se le hace; y de este modo todos vivirán en paz. Cuídese, sobre todo, de que el mal de la murmuración, haya el motivo que hubiere, no parezca en el monasterio, ni por señas ni por palabras; y si hubiere alguno que incurra en esta culpa, castíguesele con rigor.*

## CAPÍTULO XXXV.

**De los semaneros de cocina.**

De tal modo se sirvan los monjes unos á otros que ninguno se excuse del oficio de la cocina, á no estar enfermo ú ocupado en algún negocio importante para la utilidad del monasterio; por que se aumenta la caridad con este ejercicio y



se adquiere mayor premio. Dénse á los débiles compañeros que les ayuden, para que cumplan con su oficio sin tristeza: y á los demás, á proporción del número de monjes y situación de los lugares.

Si la Comunidad fuere numerosa, exéntese al Mayordomo de este servicio y también á los que, como llevamos dicho, estuvieren empleados en cosas más útiles. Los demás sirvanse mutuamente, con caridad, unos á otros.

El que ha de salir del oficio de semana, barrerá el Sábado la cocina y lavará los paños con que los monjes se limpian los pies y las manos; y así el que sale como el que entra lave los pies á todos. Entregue, limpios y sanos, al mayordomo, los vasos de su ministerio, y este, entréguelos al que entra, para que sepa lo que dá y lo que recibe.

Tomen los semaneros, una hora antes de comer, un poco de pan y vino sobre la porción ordinaria, para que á la hora de comer sirvan á sus hermanos sin murmuración y grave molestia; pero en los días solemnes lo diferirán hasta después de misa.

El Domingo, inmediatamente que se acaben las Laudes, se postrarán á los pies de todos, así los que entran como los que salen, pidiendo que se ruegue por ellos. El que sale de semana, diga este verso: *Benedictus es, Dómine Deus, qui adju-*

*visti me et consolatus es me;* el cual dicho tres veces y recibida la bendición, se retirará.

Sígase luego el que entra y diga: *Deus in adiutorium meum intende. Domine ad adjuvandum me festina;* y, repetido tres veces por el coro, recibirá la bendición y entrará en su oficio.

## CAPÍTULO XXXVI.

### De los monjes enfermos.

Ante todo y sobre todo se debe cuidar de los enfermos, sirviéndoles como si fuese al mismo Cristo en persona; porque él tiene dicho: *Enfermo estuve y me visitasteis. Y; El bien que hicisteis á uno de estos mis pequeñuelos, á mi mismo me lo hicisteis.* Pero consideren, por su parte, los enfermos que se les sirve en obsequio de Dios, y no den que sentir, á los que los asisten, con sus impertinencias. Sin embargo se les debe sufrir con paciencia, porque de esto se adquiere mayor galardón. Tendrá, pues, el Abad un sumo cuidado en que nada se omita de cuanto pueda contribuir á su asistencia.

Se destinará para los monjes enfermos una habitación separada y un servidor timorato, diligente y solícito. Se les permitirá á los enfermos el uso de los baños todas las veces que se juzgue conveniente; mas á los sanos, mayormente si

son mozos, rara vez se les conceda. También se permitirá comer carne á los enfermos y del todo débiles para el restablecimiento de sus fuerzas; pero luego que hubieren convallecido se abstendrán de comer carne, como se acostumbra. Tenga el Abad un sumo cuidado de que los enfermos no tengan que sufrir cosa alguna por negligencia de los Mayordomos ó de los enfermeros, porque sobre él han de recaer todas las faltas de sus discípulos.

#### CAPÍTULO XXXVII.

##### **De los viejos y de los niños.**

Aunque la naturaleza humana, por sí misma, nos mueve á tener compasión de los viejos y de los niños, no dejaremos, con todo, de proveer á sus necesidades con la autoridad de la Regla. Se atenderá siempre en ellos á su debilidad, y de ningún modo se guardará con ellos el rigor de la Regla en orden á la comida, sino que se usará en favor suyo de una santa indulgencia y se les dará de comer antes de las horas regulares.

#### CAPÍTULO XXXVIII.

##### **Del lector semanero.**

A la mesa de los monjes no debe faltar lectura, mientras comen, y no se meta á leer allí el

que casualmente cogiere el libro, sino que comenzará, el Domingo, el que haya de leer toda la semana. Éste, al entrar, pida á toda la Comunidad después de la misa y comunión, que ore por él para que aleje Dios de su corazón el espíritu de vanagloria. Y para este efecto se dirá tres veces en el coro este verso, comenzándolo el lector: *Dómine lábia mea apéries, et os meum annuntiábit laudem tuam*; y recibida la bendición, entrará en el oficio de lector.

Guárdese en la mesa un silencio tan exacto, que no se oiga hablar ni musitar á ninguno, sino sólo al que lee. Los monjes se servirán, de tal modo, todo lo necesario unos á otros, que ninguno necesite pedir cosa alguna; y si algo faltare, antes se pida con golpe ó señal, que con palabras.

Ninguno se atreva allí á hablar cosa alguna sobre la lectura ó cualquiera otra materia, para que no se dé ocasión á quebrantar el silencio, á no ser que el Prelado quiera decir brevemente alguna cosa para edificación de los monjes.

El lector semanero tomará un cortadillo de vino y un poquito de pan antes de comenzar á leer, por respeto á la sagrada comunión, y porque, tal vez, le será muy sensible estar en ayunas tanto tiempo; y coma después con los servidores y semaneros de cocina. Pero no lean ni canten por orden, los monjes, sino los que edifiquen á los oyentes.

## CAPÍTULO XXXIX.

### **De la tasa de la comida.**

Parécenos que bastan para la refección cotidiana de los monjes en todas las mesas, así cuando se come á la hora de Sexta, como á la de Nona, dos manjares cocidos, atendiendo á la flaqueza de muchos, para que coma de uno el que acaso no pueda comer del otro. Sean, pues, suficientes á cada monje dos manjares cocidos, y si allí hubiere fruta, hortalizas ó legumbres, añádase otro.

Baste una libra larga de pan al día, sea una la comida ó sea para comida y cena; y si hubieren de cenar, reserve el Mayordomo la tercera parte de la libra para dársela á la cena. Si el trabajo hubiese sido más grande que el ordinario, esté al arbitrio y disposición del Abad añadir algo más, si lo juzgare conveniente; evitando, ante todo, cualquiera exceso y no exponer á los monjes á alguna indigestión; porque no hay cosa más contraria á un cristiano que el exceso en la comida, según lo que nuestro Señor dice: *Tened cuidado de no gravar vuestros cuerpos con la demasiada comida y bebida.* A los muchachos de poca edad no se les dé la misma cantidad, sino algo menos, que á los de más años, para guardar en todo una templanza exacta. Por lo que toca

á las carnes de cuadrúpedos, absténganse, absolutamente todos, de comerlas, excepto los muy débiles y enfermos.

## CAPÍTULO XL.

### **De la tasa de la bebida.**

*Cada uno ha recibido de Dios su dón particular, uno de un modo, otro de otro; y, por esto, con algún escrúpulo tasamos el alimento para otros. No obstante, atendiendo á la debilidad de los flacos, creemos que basta á cualquiera un cuartillo de vino al día; pero los que han recibido de Dios el dón de pasarse sin él, estén ciertos que recibirán por ello un particular galardón. Pero si la situación del lugar, el trabajo ó el calor del Estío, exigiere que se dé algo más, estará al arbitrio del Superior el concederlo; considerando siempre, que no se debe dar lugar á ningún exceso en la comida y bebida.*

Aunque leemos que el vino es totalmente ajeno de los monjes; pero como en nuestros tiempos no se les puede persuadir esto, conven-gamos, á lo menos, en que beban alguno, pero en corta cantidad y guardando toda la templanza debida; porque *el vino hace apostatar hasta á los sabios*. Pero, en donde la necesidad del lugar sea tanta que ni aún se pueda hallar la sobredicha medida,

sino mucho menos ó nada absolutamente, alaben á Dios los que allí viven y no murmuren; y, sobre todo, encargamos que nunca den lugar á la murmuración.

## CAPÍTULO XLI.

### **A qué horas deben comer los monjes.**

Desde la santa Pascua hasta Pentecostés coman los monjes á la hora de Sexta, y cenén al anochecer; pero desde Pentecostés, durante todo el Estío (á no tener que trabajar los monjes en el campo, ó á no impedirlo el demasiado calor) ayunarán los Miércoles y los Viernes hasta la hora de Nona: los demás días comerán á la de Sexta, cuya hora se continuará si tuvieren labores en el campo, ó si el calor del Estío fuere excesivo; lo que estará á disposición del Abad, quien de tal modo, y con tal moderación procederá en todo, que cuide de la salvación de las almas y que todos cumplan con su obligación sin murmurar.

Desde el día catorce de Septiembre hasta principio de Cuaresma coman siempre á la hora de Nona; pero en Cuaresma hasta Pascua, á la de Vísperas; las que se dirán de modo, que no necesiten de otra luz para comer que la luz del día. Y en todo tiempo la hora de cenar ó de comer,

de tal manera se disponga que, con la luz del día, se haga todo.

## CAPÍTULO XLII.

### **Que nadie hable después de Completas.**

En todo tiempo deben guardar los monjes un silencio muy exacto, pero con más particularidad en las horas de la noche, y así, en todo tiempo, sea de ayuno ó de cena, luego que acaben de cenar, si no fuere día de ayuno, se sentarán todos en un mismo lugar y leerá, uno de ellos, las Colaciones ó vidas de los Padres, ú otra cosa que edifique á los oyentes; pero no los siete primeros libros del antiguo Testamento ni los libros de los Reyes, porque esta lectura no les será provechosa á los entendimientos flacos en aquella hora; pero léanse en otras. Si fuere día de ayuno, dichas Vísperas y hecho un pequeño intervalo, acudirán con prontitud los monjes á la lección de las Colaciones, como habemos dicho; y, mientras se leen cuatro ó cinco hojas ó las que permita la hora, concurrirán todos allí, aún aquel que, tal vez, esté ocupado en algún negocio, que se le haya confiado.

Juntos, allí, todos, dirán las Completas, y, acabadas estas, á ninguno se le permita hablar cosa alguna, sea lo que fuere. Y si se hallare al-



guno que quebranta este estatuto del silencio, aplíquesele un riguroso castigo; á no ser que haya precisión de obsequiar á algunos huéspedes ó mandare el Abad alguna cosa; pero háblese entonces con suma circunspección y modestia, y en voz baja.

### CAPÍTULO XLIII.

#### **De los que llegan tarde al Oficio divino ó al refectorio.**

En el instante en que se oyere la señal para el Oficio divino, dejando lo que tuvieren entre manos, acudirán á él con toda presteza, pero con gravedad para no dar lugar á la desenvoltura. Ninguna cosa, pues, se debe anteponer á la obra de Dios. Si alguno llegare á Maitines después del *Gloria* del salmo noventa y cuatro, (que por dar tiempo, queremos que se diga con toda la pausa posible) no esté en su grada en el coro, sino el último de todos, ó en el lugar que para tales negligentes hubiere destinado aparte el Abad, para que éste y todos los demás le vean hasta que, acabado el Oficio divino, repare su falta con pública satisfacción.

Hemos juzgado que deben estar los últimos ó en lugar separado, para que, vistos de todos, siquiera por no verse avergonzados, se enmienden; porque si se quedasen fuera del coro habría,

tal vez alguno que, ó se recostase y se durmiese, ó que, sentándose, se entretendría en bagatelas y daría al demonio ocasión para ser tentado. Es, pues, mucho mejor que entre en el coro, para que no lo pierda todo y, en adelante, se enmiende.

El que á las Horas del día llegare después del verso y del *Gloria Patri* del primer salmo que se dice después del verso, se pondrá, como hemos dicho ya, en el último lugar y no presuma incorporarse con el coro de los que cantan hasta haber satistecho, á no ser que el Abad se lo permita, y con tal que satisfaga como culpado en esto.

El que no acudiere al refectorio antes del verso de la bendición, de suerte que todos juntos le digan y oren y se sienten á un mismo tiempo á la mesa; el que á esto faltare, por descuido ó culpa suya, sea corregido hasta dos veces: pero si, en adelante, no se enmendare, privesele de la mesa común, y, apartado de la compañía de los demás monjes, coma sólo, quitándole la ración de vino hasta que satisfaga y se enmiende. Dése el mismo castigo al que no asistiere al verso que se dice después de haber comido. Ninguno se atreva á comer ó beber cosa alguna, antes ni después de la hora señalada. Y si alguno repug-nare recibir lo que el Superior le envíe, ni se le dé lo que antes rehusó ni otra cosa alguna, aun-

que él la pida, hasta haber dado la correspondiente satisfacción.

## CAPÍTULO XLIV.

### **Como han de satisfacer los excomulgados.**

El que, por culpas graves, está excluido del coro y de la mesa, estará postrado á la puerta del coro mientras se celebra en él el Oficio divino, y, sin decir nada con el rostro en tierra, se arrojará á los pies de los que salen del coro y continuará así hasta que el Abad juzgue que ha dado la competente satisfacción. Cuando el Abad le mandare comparecer, se postrará á sus piés, y, luego, á los de todos los monjes, para que oren por él.

Y entonces, si el Abad lo mandare, sea admitido en el coro en el lugar que el mismo Abad señalare; pero de tal manera, que no presuma entonar salmo, ni decir lección, ni otra cosa alguna, á no ser que lo mande también el Abad. Y en todas las Horas, al acabarse el Oficio divino, se postrará en tierra en el lugar en que está y proseguirá así hasta que el Abad le mande que cese de esta penitencia.

Los que, por faltas leves, estén precisamente separados de la mesa, satisfagan en el coro y continuen hasta que el Abad les mande cesar y dándoles su bendición, diga que basta.

## CAPITULO XLV.

### **De los que yerran en el coro.**

Si alguno se equivoca al pronunciar salmo, responsorio, antifona, ó lección, si allí no satisface humillándose públicamente, aplíquesele castigo más grave; pues no quiso corregir, por medio de la humildad, el yerro que cometió por su descuido. Los niños serán azotados por semejantes faltas.

## CAPÍTULO XLVI.

### **De los que caen en otras cualesquiera faltas.**

Si alguno mientras hace cualquiera labor en la cocina, en la cillereria, en su oficio, en la panadería, en la huerta, ó cuando trabaja en alguna arte ó en cualquiera lugar, hiciere alguna falta, quebrare ó perdiere alguna cosa, ó cometiese algún otro defecto, donde quiera que sea, y no viniere luego voluntariamente á confesar su culpa y á dar al Abad y á toda la Comunidad la competente satisfacción, sino que su falta se ha sabido por otro, en tal caso, castíguesele con mayor rigor.

Pero si fuere su culpa interior ú oculta, manifiéstesela únicamente al Abad, ó á algunos

monjes ancianos y virtuosos, que sepan curar sus propios males, y no descubrir y publicar los ajenos.

## CAPÍTULO XLVII.

### **Del que ha de hacer señal para el Oficio divino.**

El hacer señal para el Oficio divino de día y de noche esté al cuidado del Abad, de modo que él lo haga por sí mismo, ó lo encargue á un monje tan puntual, que todo se haga á las horas competentes. Entonen por su orden, después del Abad, los salmos y antífonas aquellos á quienes fueren encomendadas; pero ninguno se atreva á cantar ó leer, sino el que pueda cumplir con este encargo con edificación de los oyentes, lo cual ha de hacer, con humildad, circunspección y temor, aquel á quien el Abad lo encargare.

## CAPÍTULO XLVIII.

### **Del trabajo de manos.**

La ociosidad es enemiga del alma, y por esto, á tiempos, deben ocuparse los monjes en la labor de manos, y á tiempos, en la lectura de cosas santas. Por tanto, juzgamos del caso arreglar estos dos tiempos de la manera siguiente.

Desde Pascua hasta catorce de Septiembre, saliendo de Prima al rayar el sol, trabajarán desde la primera hora del día hasta cerca de la cuarta en lo que sea necesario. Desde la hora cuarta hasta cerca de la de Sexta se ocuparán en la lección. Después de Sexta, en levantándose de la mesa, descansarán en sus camas guardando un sumo silencio, y si alguno quisiere leer, lea de modo que no inquiete á otro. Dígase la Nona más temprano; esto és, á las ocho y media, y volverán otra vez á trabajar hasta la hora de Vísperas.

Si la situación ó pobreza del monasterio les obligase á coger por sí las mieses, no se contristen, porque entonces serán verdaderamente monjes si vivieren del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y Apóstoles; pero hágase todo con moderación por los de poca robustez.

Desde primero de Octubre hasta principio de Cuaresma se ocuparán los monjes en leer hasta el fin de la segunda hora: entonces se dirá Tercia, y después trabajarán todos en lo que se les mandare hasta la hora de Nona. En oyendo la primera señal para Nona, dejará cada uno su labor y estarán prontos para cuando se haga la segunda señal. Después de comer se ocuparán en leer ó estudiar salmos.

En los días de Cuaresma, desde por la mañana hasta el fin de la hora de Tercia será la

lectura su única ocupación, y trabajarán después hasta la decima hora en lo que se les mandare. Al principio de Cuaresma se dará á cada monje un libro de la biblioteca, el cual han de leer por orden y enteramente.

Téngase gran cuidado de nombrar uno ó dos monjes ancianos, que anden la cerca por todo el monasterio en las horas en que los monjes están en la lección, y observen si hay acaso alguno perezoso que se esté mano sobre mano, ó entretenido en bagatelas y poco atento á la lección, y que no sólo se daña á sí, sino que divierte á los demás. Y si por ventura hubiere alguno (lo que Dios no permita) que incurra en semejante defecto, repréndasele hasta dos veces, y no enmendándose, aplíquesele el castigo regular de modo que los demás escarmienten. Ningún monje se junte con otro á horas intempestivas.

El Domingo se ocuparán todos en lección, excepto los que tuvieren ocupaciones particulares. Si hubiese alguno tan flojo y perezoso que, ó no quiera, ó no pueda meditar ni leer, ocúpese en alguna obra de manos, para no estar ocioso. A los enfermos ó delicados se les señalarán ejercicios proporcionados á su flaqueza, de modo que ni estén ociosos, ni la violencia del trabajo les oprima tanto que se vean precisados á dejarlo; cuya indisposición tendrá presente el Abad.

## CAPÍTULO XLIX.

### **De la observancia de la Cuaresma.**

Aunque la vida del monje deba ser en todo tiempo una cuaresma continua, por cuanto hay muy pocos capaces de este rigor, exhortamos que estos santos días de cuaresma tengan una pureza de vida tan exacta, que puedan borrar en este santo tiempo las negligencias de todo el año; lo cual cumpliremos dignamente si nos abstenemos de todo vicio; empleamos en oración con llanto, y dedicaremos á la lección, á la compunción y al ayuno.

Añadamos, pues, en estos días alguna cosa á nuestros acostumbrados ejercicios, conviene á saber, oraciones particulares y abstinencia de la comida y bebida; de suerte, que además de la obligación precisa que tiene cada uno, ofrezca á Dios, con gozo del Espíritu Santo, alguna oblación voluntaria; es decir, que cada uno mortifique su cuerpo, cercenándole algo de la comida, bebida, sueño, conversación y chanza, y espere la Pascua con ansia de espiritual alegría; pero lo que cada uno ofrece á Dios maniéstelo á su Abad, y hágalo con su bendición y beneplácito; porque lo que se hace sin permiso del Padre espiritual se atribuirá á presunción y vanagloria, y no tendrá recompensa alguna. Há-



ganse, pues, todas las cosas con aprobación del Abad.

## CAPÍTULO L.

### **De los monjes que trabajan lejos del monasterio, ó van de camino.**

Los monjes que trabajan en lugares muy distantes del monasterio, y no pueden acudir á hora competente al coro, y el Abad conoce ser así, celebren el Oficio divino en el lugar en que trabajan, rezándole de rodillas con suma reverencia. Cuiden también los que van de camino no dejar pasar las horas señaladas para el Oficio, y desempeñen esta obligación del mejor modo que puedan.

## CAPITULO LI.

### **De los monjes que no van muy lejos.**

Los monjes que, habiendo salido á hacer cualquiera diligencia, esperan volver al monasterio en el mismo día, se guardarán bien de comer fuera, pídaselo el que se lo pidiese, á no tener orden de su Abad para ello. El que contraviniere á este mandato sea excomulgado.

## CAPITULO LII.

### **Del Oratorio del monasterio.**

Sea el Oratorio lo mismo que significa, y no se haga ni se guarde en él cosa alguna, sino lo que conduzca al culto divino. Concluidos los divinos Oficios, salgan todos con un profundo silencio, tributando á Dios la reverencia que le es debida, para que de este modo si quisiese algún monje orar privadamente, no sea impedido por la indiscreción de otro. Y si acaso algún otro quiere también recogerse á orar, entre sin ruido y ore, no en voz alta, sino con fervor y lágrimas. Por tanto, no se permita al que no hubiere de orar, quedarse en la iglesia después del Oficio, como habemos dicho, no sea que impida á los demás.

## CAPÍTULO LIII.

### **Como se ha de recibir á los huéspedes**

Recíbase á cuantos huéspedes llegaren al monasterio como al mismo Cristo en persona, pues él ha de decir algún día: *Huésped fui y me recibisteis*. Dése á todos el honor correspondiente, en especial á los que están unidos con nosotros con los lazos de una misma fe, y á los peregrinos. Al

punto, pues, que se de aviso de haber llegado algún huésped, saldrán á recibirle el Prelado y algunos monjes con muestras de una sincera caridad; y después de haber orado todos juntos, se darán mutuamente el ósculo de paz, el cual no debe darse hasta después de haber orado, para precaver las ilusiones del enemigo. Salúdenles con una humildad profunda, porque en cuantos huéspedes entran ó salen del monasterio debe ser adorado Jesucristo, á quien se recibe en sus personas, inclinando la cabeza ó postrándose en tierra.

Lleven los huéspedes á orar luego que les reciban, y después se sentará con ellos el Prelado ó aquél á quien este mandare: léase en presencia del huésped la palabra de Dios para que se edifique, y se le tratará después con el mayor agasajo. Por respeto al huésped se dispensará el Superior del ayuno, á no ser que sea uno de los ayunos principales que esté obligado á observarlo; pero continuarán los demás monjes con los ayunos acostumbrados.

Dé el Abad aguamanos á los huéspedes y láveles los pies con asistencia de la Comunidad, y concluido el lavatorio, dirán todos este verso. *Suscépinus Deus misericordiam tuam in medio templi tui.* Póngase, sobre todo, el mayor cuidado en el recibimiento de pobres, y peregrinos, porque en estos se recibe á Jesucristo más particu-

larmente que en los demás; porque los ricos y poderosos bastante recomendación se atraen con su soberanía, para que se les de el honor que les es debido.

Haya cocina separada para el Abad y huéspedes, porque como llegan estos á todas horas, y nunca faltan en los monasterios, no perturben á los monjes. Se encargará todos los años el cuidado de esta cocina á dos monjes que desempeñen bien este oficio, y les podrán dar compañeros que les ayuden, si fuere necesario, para que sirvan sin murmuración; pero cuando hubiere poco que hacer en este oficio, trabajarán en lo que se les mande: y no solamente en este oficio, sino también en los demás del monasterio tén-gase éste cuidado de dar compañeros á los que los necesitan; y cuando no tengan que hacer, hagan lo que se les mandare. Encárguese á un monje timorato el cuidado de la hospedería, en la que estén las camas con todo aseo, para que la casa de Dios sea sabiamente administrada por hombres sabios.

No acompañe ni hable con los huéspedes el que no tuviere orden para ello; mas si alguno les viere ó encontrare, les saludará con humildad como queda dicho, y, pedida la bendición, pasará adelante diciendo; que no tiene licencia para hablar con los huéspedes.

## CAPÍTULO LIV.

### **Que no debe el monje recibir cartas ni presentes.**

Esté absolutamente prohibido á todo monje dar ó recibir ni de sus padres, ni de otra persona alguna, ni unos monjes de otros, cartas, dádivas ó cualesquiera otros regalos, sin licencia expresa del Abad. Y si al monje le enviaren alguna cosa, aunque sean sus padres, no se atreva á recibirla sin manifestarla antes al Abad. Si mandase que lo reciba, esté al arbitrio del Abad el disponer que sé de á quien mandare, y no por esto se contriste el monje á quien se había enviado, para que no se dé motivo de tentación al demonio. El que contraviniere á esto sea castigado con la pena regular.

## CAPÍTULO LV.

### **Del vestido y calzado de los monjes.**

Según la calidad de los países en que habitan y temperamento de los aires, se darán los hábitos á los monjes, porque en parajes fríos se necesita más ropa que en los cálidos, lo cual dejamos á la discreción del Abad.

Pero creemos que en tierras templadas basta á cada monje cogulla y túnica, cogulla peluda

en Invierno y ligera ó usada en Verano, escapulario para la labor, calzas y zapatos para abrigar los pies. No tomen pena los monjes por lo tosco de los hábitos, ni por su color, porque deben ser de las fábricas del país en que viven y los que se puedan comprar con más conveniencia.

Cuide el Abad que no sean cortos los hábitos, sino proporcionados á los que les visten. Los que les reciben nuevos entreguen, siempre y de contado, los viejos y guárdense en la ropería para los pobres. Basta, pues, que tenga el monje dos túnicas y dos cogullas, así para mudarse de noche, como para lavarlas: lo que excediere de esto es superfluo y no se debe permitir. Entreguen también el calzado y todo lo demás viejo cuando lo reciban nuevo.

Los que hubieren de hacer viaje tomarán calzones de la ropería, y, á la vuelta, los entregarán lavados. Haya en ella cogullas y túnicas algo mejor tratadas que las que usan de ordinario, las cuales tomarán los que hubieren de ir de camino, cuidando de restituir las á la ropería luego que vuelvan.

Para la cama del monje bastará una estera, una manta, un cobertor y un cabezal. Cuide el Abad de registrar con frecuencia las camas de sus monjes, no sea que haya en ellas alguna cosa contra la pobreza que han prometido; y si se hallare que alguno tiene la menor cosa que él

no se la hubiere dado, se le castigará con todo rigor. Y para arrancar de raíz este vicio de la propiedad, dará el Abad á los monjes todo lo necesario; esto es, cogulla, túnica, calzado, calzas, calzoncillos, cuchillo, pluma, aguja, pañuelo y recado de escribir, para que se quite de este modo todo pretexto de necesidad.

Mas considere siempre el Abad aquella sentencia de los actos de los Apóstoles: *Dábase á cada uno según la necesidad que tenia*, y atienda á las miserias de los necesitados, sin hacer caso de la mala voluntad de los envidiosos. Piense, en fin, en todo cuanto disponga, que Dios le ha de juzgar según sus obras.

#### CAPÍTULO LVI.

##### **De la mesa del Abad.**

La mesa del Abad esté siempre con huéspedes y peregrinos: y cuando no les hubiere, podrá llamar á los monjes que gustare; pero procure dejar siempre uno ó dos de los más ancianos en la mesa de la Comunidad, que mantengan la disciplina regular.

#### CAPÍTULO LVII.

##### **De los artífices del monasterio.**

Si hubiere artífices en el monasterio, ejercerán sus artes, con toda humildad y respeto, si el

Abad se lo mandare; pero si alguno se engríe por su habilidad y porque le parece que es de algún provecho para el monasterio, este tal, sea privado de su oficio y no vuelva más á él, á no ser que, viendole el Abad humillado, de nuevo se lo mandare.

Si se hubiere de vender algo de lo que hacen los artesanos, miren aquellos que cuidan de su despacho, no hagan algún fraude. Tendrán siempre presente el castigo de Ananías y Saphira, temiendo que la muerte que padecieron estos en el cuerpo, la padezcan ellos en sus almas, si en algo defraudaren al monasterio. No sea, pues, la avaricia la que ponga el precio á las cosas que se vendieren del monasterio; mas dénlas algo más baratas que los seglares, para que en todo sea Dios glorificado.

## CAPÍTULO LVIII.

### **Del modo de recibir los novicios.**

Cuando alguno viniere al monasterio con deseos de ser monje, no se le conceda fácilmente la entrada, mas como dice el Apóstol: *Probad los espiritus para conocer si son de Dios*. Y si perseverase llamando á la puerta, y después de cuatro ó cinco días se observa que lleva con paciencia la dificultad de la entrada y las injurias que



se le hubieren hecho, y que persiste en su petición, concédasele la entrada, y se le pondrá por algunos días en la hospedería Llevaránle después al Noviciado, en donde ha de comer, dormir y hacer todos sus ejercicios espirituales.

Se destinará para su dirección un monje anciano, que sea á propósito para ganar almas para Jesucristo, el cual velará sobre él con particular cuidado, para reconocer si busca de veras á Dios, si asiste con fervor al Oficio divino, si es pronto en la obediencia y ama las injurias.

Pondérenle las dificultades y asperezas del camino que guía al Cielo; y si prometiére perseverar en sus buenos propósitos, pasados dos meses, le leerán enteramente esta Regla, diciéndole: *Esta es la ley bajo la cual deseas militar, si te juzgas capaz de observarla, entra, si no, libre eres, vuélvete.* Si perseverare después de esto, se le llevará al mismo Noviciado, y se continuará en ejercitarle en cuanto pueda probarse su paciencia.

Y después de seis meses se le leerá segunda vez la Regla para que sepa á que viene á la Religión, y si aún persevera firme en su resolución, pasados cuatro meses, se le leerá tercera vez; y si, por último, después de una madura deliberación, prometiére guardar cuanto en ella se contiene, y obedecer en todo lo que se le mandare, sea admitido en la Comunidad, teniendo

entendido que desde este día queda sujeto á las leyes de esta Regla, y no le es lícito salir del monasterio, ni sacudir el yugo de esta misma Regla, que con tan meditada deliberación pudo dejar ó admitir.

El Novicio que hubiere de profesar prometa públicamente en la iglesia su estabilidad, la conversión de sus costumbres, y obediencia delante de Dios y de sus Santos, para que si alguna vez obrare contra lo prometido, sepa que ha de ser condenado por el mismo Dios, de quien se mofa.

Esta promesa la hará á nombre de los Santos, cuyas reliquias haya allí y del Abad que esté presente, escribiéndola de su mano; más si no supiere escribir, suplique á otro la escriba por él; y haciendo el novicio una señal en la misma carta, la pondrá por su mano en el altar y cantará después este verso: *Suscipe me, Dómine, secundum eloquium tuum, et vivam, et non confundas me ab expectatione mea*; el cual verso repetirá tres veces toda la Comunidad, añadiendo al fin *Gloria Patri*. Después de esto se postrará el novicio á los piés de todos, para que oren por él, y cuéntesele desde este día como uno de la Comunidad.

Si tuviere algunos bienes; ó repártalos antes de profesar á los pobres, ó haga donación de ellos al monasterio por una escritura solemne,

sin reservar nada para sí, teniendo entendido que desde esta hora no ha de tener dominio ni aún sobre su propio cuerpo.

Luego al punto se le quitarán en la misma iglesia los vestidos del siglo, que antes tenía, y le vestirán el hábito de la Religión, guardando aquellos en la ropería, para que si alguna vez por sugestión del demonio quisiere (no lo permita Dios) salirse del monasterio, despojándole entonces del hábito de monje, sea con su misma ropa expelido; pero no le den la carta de profesión que el Abad tomó de sobre el Altar, sino resérvese en el monasterio.

## CAPÍTULO LIX.

### **Del modo de recibir los niños, así de nobles como de pobres.**

Si alguna persona noble ofrece su hijo á Dios en el monasterio, y el niño fuere de corta edad, harán sus padres la promesa que arriba dijimos, y le ofrecerán á Dios, envolviendo la mano del niño la promesa y la oblación con los manteles del altar. Se obligarán con juramento por aquella misma escritura; que ni por sí, ni por tercera persona, ni de ningún otro modo, le darán jamás cosa alguna de su hacienda, ni le procurarán ocasión de violar la pobreza prometida.

En caso que quisieren dar algo graciosamente al monasterio de limosna, por vía de reconocimiento, harán donación de lo que quisieren darle, reservando, si gustaren, para si el usufructo durante su vida; y ciérrense todos los caminos de modo, que ninguna sospecha quede por donde pueda ser engañado, y perecer (lo que Dios no permita) como sabemos por experiencia. Lo mismo harán las personas de más cortas conveniencias. Pero los que sean del todo pobres, harán simplemente su promesa, y presentarán sus hijos con la ofrenda, delante de testigos.

## CAPITULO LX.

### **De los sacerdotes que quisieren ser monjes.**

Si algún sacerdote pidiere que se le admita en el monasterio, no se le concederá prontamente lo que desea; pero si persistiere en su supplica, se le hará saber que ha de estar sujeto como los demás á toda la disciplina de la Regla, sin que se le dispense cosa alguna, para que se le pueda decir lo que está escrito: *Amigo, ¿á qué has venido?* Permitirásele, no obstante, sentarse junto al Abad, dar la bendición y celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, si el Abad se lo mandare; si no, de ninguna manera se atreva á hacer cosa alguna, debiendo saber que está su-

jeto á la disciplina regular, y que debe dar, más que los demás, ejemplo de humildad. Si hubiere algo que disponer ó arreglar en el monasterio, guardará la grada que le correspondía en su entrada, y no la que se le ha concedido en atención á su carácter.

Si algún clérigo llegare con el mismo deseo de ser monje, désele un mediano lugar, con tal que prometa observar la Regla, y su estabilidad en el monasterio.

## CAPÍTULO LXI.

### **Como han de ser recibidos los monjes extranjeros.**

Si algún monje extranjero viniese al monasterio de algún país distante, y quisiere estar en él en calidad de huesped, hallándose bien y contento con el modo de vivir que viere allí, y no perturbando el monasterio con sus ridiculeces, sea recibido por el tiempo que quiera. Y si notare alguna cosa reprehensible, y la advirtiere con humildad y caridad juntamente, la examinará el Abad con madurez, porque acaso le habrá encaminado Dios para este efecto.

Si después resolviere establecerse allí, no se le rehusará, mayormente habiéndose podido conocer su modo de vivir en el tiempo que estuvo como huesped.

Pero si en ese tiempo se hubiese observado que desea cosas supérfluas, ó que es vicioso en sus costumbres, no sólo se le debe impedir que se incorpore en el monasterio, sino que se le debe decir con cortesía que se vaya, no sea que pervierta á los demás con sus desórdenes. Si su modo de vivir no es tal que merezca que le despidan, no sólo se le incorporará con la Comunidad, si él lo pidiere, sino que se le persuadirá que se quede allí, á fin de que su buen ejemplo instruya á los demás, y porque en todo lugar se sirve á un mismo Señor y se milita bajo los estandartes de un mismo Rey.

El Abad podrá darle mejor lugar que el que le corresponde, si hace juicio que lo merece su vida. Y no sólo á los monjes sino tambien á los sacerdotes y eclesiásticos podrá el Abad darles mas preeminente grada, si juzgare que son acreedores á ello por su virtud.

Guárdese el Abad de recibir, en tiempo alguno, monje de otro monasterio conocido para habitar en el suyo, sin consentimiento de su Abad ó carta de recomendación, porque escrito está: *No hagas tu con otro, lo que no quieres que hagan contigo.*

## CAPÍTULO LXII.

### **De los sacerdotes del monasterio.**

Si algún Abad quisiere que alguno de sus monjes se ordene de sacerdote ó diácono, elija de entre ellos al que sea digno del sacerdocio. Guárdese el ordenado de toda altivez y soberbia, y no se meta á hacer cosa alguna más que lo que el Abad le mandare, teniendo entendido que el nuevo título pide, que esté más sujeto que antes á la disciplina regular. Y bierr lejos que esta dignidad sea para él motivo para dispensarse de la obediencia y sujeción á la Regla, debe, por el contrario, adelantar más y más en la virtud.

Tenga siempre presente el lugar que le corresponde por su profesión, y no el que ocupa como ministro del altar, ó el que acaso en atención á sus méritos, le han querido dar la Comunidad y el Abad. Y así sepa que ha de observar exactamente cuanto le mandaren los Decanos y Superiores; y si hiciere lo contrario, trátesele no como sacerdote, sino como rebelde. Si advertido muchas veces de su mala conducta, no se enmendare, se dará cuenta al Obispo, y si ni aún así se enmendare, siendo notorias sus culpas, tal su contumacia que no quiera sujetarse

ni obedecer á la Regla, sea arrojado del monasterio.

### CAPITULO LXIII.

#### **Del orden de la Comunidad.**

Guarden todos en el monasterio el lugar que les corresponda según su antigüedad, ó el que en atención á su mérito se les hubiere señalado, ó según y como el Abad disponga; pero cuide éste no inquietar el rebaño que se le ha confiado, y obrando de poder absoluto disponer alguna cosa contra justicia, antes bien tenga siempre presente que ha de dar á Dios una estrecha cuenta de todas sus obras y resoluciones.

Según, pues, las gradas que señale éste, ó las que tuvieren los monjes por su entrada, así han de llegar á recibir la paz, la comunión, á entonar salmos y á tomar su asiento en el coro; y en parte alguna sea la edad motivo de mejor grada, ni perjudique á ninguno, pues Samuel y Daniel, aunque mozos, juzgaron á los presbíteros y ancianos.

A excepción, pues, de aquellos que, como hemos dicho, hubiere preferido el Abad por superiores motivos, ó, por justas causas, pusiere en lugar inferior, todos los demás estarán según la antigüedad de su entrada en el monasterio; de



modo, que el que (por ejemplo) llegó al monasterio á la segunda hora del día ha de tener entendido que es inferior en grada al que llegó á la primera hora, de cualquiera edad ó dignidad que sea. Por lo que toca á los niños, se les hará guardar en todas las cosas una exacta disciplina.

Veneren los más nuevos á los más antiguos, y ámen los antiguos á los más nuevos. Ningún monje se atreva á llamar á otro puramente por su nombre, sino que los antiguos llamarán *hermanos* á los más nuevos, y los más nuevos darán á los antiguos el título de *Nonnos*, que significa el paternal respeto que debe un hijo á su padre. Al Abad, porque se le considera como quien hace las veces de Cristo, le darán el título de *Don* y *Abad*; no para que él se atribuya á sí mismo estos títulos, sino por razón del honor y amor que se debe á Cristo; pero considere y pórtese de modo, que sea digno de este honor.

En cualquiera parte en que se encuentren los monjes, pida la bendición el más nuevo al más antiguo; y cuando pasare algún anciano se levantará el más nuevo y le hará lugar para que se siente, no atreviéndose á sentar con él si el anciano no se lo mandare, para que así se observe lo que está escrito: *Prevenios unos á otros con mutuas señales de respeto.*

Los niños y los de alguna más edad asistirán al coro y refectorio con modestia en sus res-

pectivos lugares; pero fuera de allí y en cualquiera otra parte, haya quien cuide de ellos y les dirija hasta que lleguen á tener reflexión.

## CAPÍTULO LXIV.

### **De la elección del Abad.**

Atiéndase siempre en la elección del Abad á que sea elegido, según el santo temor de Dios, aquél que por común acuerdo de toda la Comunidad, ó por la menor parte de ella, siendo más acertada su elección, fuere nombrado. Téngase presente en esta elección el mérito, sabiduría y doctrina del que hubieren de elegir, aunque sea el último de la Comunidad.

Y si (lo que Dios no permita) toda la Comunidad unánimemente eligiere á alguno que consienta sus desórdenes, y estos llegaren á noticia del Obispo diocesano, de los Abades ó de los cristianos de la vecindad, impidan éstos que tenga efecto la conspiración de los malos, y pongan en la casa de Dios un administrador que sea digno de gobernarla, teniendo por cierto que su acción será recompensada, si lo hicieren con buena intención y celo santo, como, al contrario, será castigado su pecado si dejaren de hacerlo.

El electo Abad considere siempre la pesada carga que ha tomado sobre sí, y á quien ha de

dar cuenta de su administración; y sepa que se le ha elegido, no tanto para mandar, cnanto para ser útil á sus hermanos.

Debe, pues, estar instruido en la ley divina, para que sepa y sea él mismo como una fuente de que pueda sacar máximas antiguas y nuevas con que instruya á sus monjes. Debe también ser casto, sobrio, caritativo, que prefiera siempre la misericordia al rigor, para que consiga él esto mismo. Aborrezca los vicios, pero no deje de amar á sus monjes.

Pórtese con prudencia en el castigo, y no se exceda, temiendo que se quiebre el vaso, queriendo raer demasiado el orin. No pierda jamás de vista su propia fragilidad, y acuérdesese que no es lícito acabar de quebrar la caña hendida.

Y no decimos por eso que deje crecer los vicios, sino que los corte con caridad y discreción, según viere que conviene, como queda dicho, y procure ser más amado que temido. No sea revoltoso ni inquieto: no sea extremado ni pertinaz: no sea caviloso ni muy suspicaz, porque nunca tendrá sosiego.

Sea pródigo y considerado en sus órdenes, tanto en las cosas divinas como en las temporales. Obre con discreción y prudencia en todo aquello que mandare, imitando la discreción del santo Patriarca Jacob, que decía: *Si hiciere andar mis rebaños más de lo que pueden, se morirán*

*todas las ovejas en un día.* Siguiendo, pues, éste y otros ejemplos de discreción, que es la madre de todas las virtudes, arregle todas las cosas de modo que los fuertes deseen hacer más y los flacos no rehusen el trabajo. Sobre todo se le encarga que observe y haga observar esta Regla en todos sus puntos, para que, habiendo cumplido exactamente con su ministerio, oiga de la boca del Señor estas palabras, que dijo á aquél siervo fiel que distribuyó el trigo, á tiempo, entre sus compañeros: *En verdad os digo, que le dará la administración de todos sus bienes.*

## CAPITULO LXV.

### **Del Prior del monasterio.**

Muchas veces sucede que por la elección del Prior nacen graves escándalos en los monasterios, por haber algunos que, poseídos del maligno espíritu de soberbia, imaginándose que son segundos Abades, y atribuyéndose una autoridad que no tienen, fomentan escándalos y causan disensiones en la Comunidad, particularmente en aquellos lugares donde el Prior es electo por el mismo Obispo, ó por los mismos Abades que eligen al Abad.

Qué grande absurdo sea este, se echa fácilmente de ver, porque desde el principio de su elección se le da materia de engreirse y de per-

suadirse que no depende de su Abad, por haber sido elegido por aquellos mismos que le eligieron á él. De aquí nacen envidias, contiendas, murmuraciones, celos, disensiones y todo género de desórdenes; porque siendo el Abad y el Prior de contrarios pareceres, es imposible que dejen de peligrar sus almas con semejante división, y que los que están bajo su conducta dejen de perderse, adulando á la una ó á la otra parte. El mal de este peligro recae principalmente sobre aquellos que fueron autores de esta elección. Por tanto, creemos que para conservar la caridad y la paz, conviene que el gobierno del monasterio dependa enteramente del Abad; y si puede ser, provéase á las necesidades del monasterio por medio de Decanos, según dejamos dicho, á disposición del Abad, para que, cometéndose á muchos el gobierno, no tenga uno sólo motivo de ensoberbecerse.

Pero si el lugar lo exigiere, ó lo pidiere la Comunidad justa y humildemente, y el Abad juzgare que conviene, nombrará por Prior á quien le parezca, con acuerdo de los monjes más timoratos. Pero debe el Prior ejecutar con todo respeto cuanto le mandare su Abad, sin contravenir en cosa alguna á su voluntad ni á sus órdenes, porque cuanto más elevado está sobre los demás monjes, tanto más adicto debe ser á la observancia de la Regla.

Si cayese en algún desorden ó se dejase llevar del orgullo, ó fuese convencido que menosprecia la observancia de la santa Regla, sea amonestado de palabra hasta cuatro veces: si no se enmendare, désele el castigo regular; y si ni aún así se corrigiere, depóngasele del oficio de Prior y póngase otro en su lugar, que sea benemérito. En fin, si después de esto no viviere en la Comunidad con quietud y sumisión, se le echará del monasterio; pero considere siempre el Abad la cuenta que ha de dar á Dios de todas sus determinaciones, no sea que alguna llama de envidia ó celos abraze su alma.

## CAPÍTULO LXVI.

### **Del Portero del monasterio.**

Se pondrá á la puerta del monasterio un monje anciano y discreto, que sepa dar un recado y responder á él; y cuya madurez no le permita vaguear. Debe este Portero tener la celda junto á la puerta, para que los que vienen de fuera hallen siempre quien les responda. Luego que llamare alguno, ó clamare algún pobre, responderá: *Deo gratias*, ó *Benedicite*, y con una dulzura acompañada del temor de Dios y del fervor de la caridad, responderá con prontitud.

Si necesitare quien le ayude, se le dará un monje más joven que él.

Si posible fuere, se debe edificar el monasterio de modo que tenga dentro todo lo necesario; esto es, agua, molino, huerta, panadería y otras piezas donde se puedan ejercer diversos oficios para que no tengan necesidad los monjes de salir fuera, lo que es sumamente pernicioso para la salud de sus almas.

Y queremos que se lea muchas veces esta Regla en la Comunidad, para que ningún monje se excuse de su ignorancia.

## CAPÍTULO LXVII

### **De los monjes que van de camino.**

Los monjes que hubieren de hacer algún viaje, se encomendarán á las oraciones del Abad y de todos sus hermanos, y se hará siempre memoria de los ausentes después de la última oración del Oficio divino. El mismo día que volvieren de su viaje, se postrarán en tierra en el coro al fin de todas las Horas canónicas, pidiendo á todos que rueguen por ellos, para alcanzar perdón de los excesos que hubieren cometido, por la libertad que habrán dado, tal vez, en el camino á la vista; por haber oído conversaciones ma-

las ó por si hubieren proferido alguna palabra ociosa.

Ninguno se atreva á referir á otro lo que hubiere visto ú oído fuera del monasterio, porque estas especies causan gravísimo daño. Y si alguno contraviniere á esto, désele el castigo regular. Hágase lo mismo con aquellos que se atrevieren á salir fuera de las cercas del monasterio, ir á cualquiera parte ó hacer otra cualquiera cosa, por ligera que sea, sin mandato del Abad.

#### CAPÍTULO LXVIII.

##### **Que deben hacer los monjes si les mandan cosas imposibles.**

Si por acaso mandaren á algún monje cosas muy difíciles ó imposibles, reciba con toda mansedumbre y sumisión el precepto que se le haga. Y si viere que lo mandado excede absolutamente á sus fuerzas, representará á su Prelado las causas de su imposibilidad, sin alterarse y con la circunspección posible, no con ademanes de contradicción, resistencia ó altivez; pero si después de su representación insistiere el Prelado en que obedezca, tenga por cierto el monje que así le conviene; y confiando en el favor de Dios, haga lo que le mandan por caridad.



## CAPITULO LXIX.

**Que ninguno se atreva en el monasterio á defender á otro.**

Póngase el mayor cuidado en que con ningún motivo se atreva monje alguno á defender á otro en el monasterio, ó como á protegerle, aún cuando tenga algún parentesco. Y por ningún pretexto se atrevan los monjes á esto; porque de aquí pueden originarse gravísimos escándalos; pero si alguno contraviniere á este mandato castíguesele con todo rigor.

## CAPÍTULO LXX.

**Que ninguno se atreva á castigar á otro.**

Para que se evite en el monasterio toda ocasión de atrevimiento, ordenamos y establecemos que ningún monje pueda excomulgar ó castigar á otro, sino sólo aquél que tenga facultad para ello de su Abad. Serán reprendidos públicamente los que cometieren alguna falta para que teman los demás.

Tengan todos gran cuidado con la crianza y educación de los niños hasta que llegen á la edad de quince años; pero hágase esto con prudente y discreta moderación; y el que se tomase la li-

bertad de castigar en manera alguna á los de más edad sin orden expresa del Abad, ó se enardiere indiscretamente en la corrección de los niños, aplíquesele el castigo regular, porque escrito está: *Lo que no quieres que se haga contigo, no lo hagas con otro.*

## CAPITULO LXXI.

### **Que los monjes se obedezcan unos á otros.**

Tan gran bien es el de la obediencia que no solo se debe tributar al Abad sino que también la deben practicar los monjes entre sí, seguros de que por este camino llegarán al reino de Dios. Habiendo, pues, cumplido con las órdenes del Abad y demás Prelados nombrados por él, á los que no permitimos se antepongan mandatos de ningún particular, en lo demás obedezcan los jóvenes á los más ancianos con toda caridad y solicitud. Si alguno porfiadamente se resistiese á hacerlo, sea castigado.

Si algún monje fuere de algún modo reprendido por el Abad, ó por cualquiera de sus mayores por alguna falta, aunque sea leve, ó si sintiere airado ó resentido contra sí, aunque ligeramente, el ánimo de cualquiera de ellos, al punto se arrojará á sus pies, y se estará postrado en tierra dándole satisfacción, hasta que conozca

por la bendición que le dará, que se sosegó su resentimiento. Si alguno menospreciare el hacer esto, sea castigado con pena corporal, y en caso que persista en su terquedad, sea expelido del monasterio.

## CAPÍTULO LXXII.

### **Del buen celo que deben tener los monjes.**

Así como hay un celo de amargura malo, que separa de Dios y conduce al infierno, así hay también un celo bueno, que separa de los vicios, conduce á Dios, y á la vida eterna.

Ejerciten, pues, los monjes este celo con un amor muy fervoroso; es decir, que se anticipen á darse unos á otros muestras de honor, y de respeto; que se toleren con gran paciencia sus defectos, así corporales como morales; y que á porfía se empeñen en obedecerse mutuamente. Ninguno haga lo que le parece que es bueno para sí, sino lo que juzgue útil para los demás. Dénse recíprocas señales de un amor fraternal y desinteresado; teman á Dios y ámen á su Abad con humilde y sincero amor; y jamás prefieran cosa alguna criada á Jesucristo, el cual tenga á bien llevarnos á todos á la vida eterna.

## CAPÍTULO LXXIII.

**Que no se incluye en esta Regla la práctica de todas las virtudes.**

Hemos escrito esta Regla para que, observándola en los monasterios, demos á entender que tenemos alguna regularidad en nuestras costumbres y los principios de una vida religiosa.

Mas para los que velozmente caminan á la perfección, están las doctrinas de los Santos Padres, cuya práctica lleva al hombre á la cumbre de una virtud consumada. Porque ¿qué página ó qué sentencias hay en el antiguo y nuevo Testamento que no sean una perfectísima norma de la vida humana? O ¿qué libro de los Santos Padres y Doctores católicos, que no nos esté mostrando el camino derecho que nos conduce á nuestro Criador?

Y las conferencias de los antiguos solitarios, sus institutos, su modo de vida y la Regla de N. P. S. Basilio ¿qué otra cosa son sino ejemplos de monjes ajustados y obedientes, y medios seguros para adquirir las virtudes de nuestro estado? Bien que para nosotros, tibios, relajados y negligentes nos sirven de confusión.

Tú, pues, cualquiera que seas, que te das prisa por llegar á la patria celestial, pon por

obra, con la gracia de Jesucristo, esta Regla, que hemos escrito como un corto principio de la vida monástica; que en fin, con su práctica llegarás, como ya dijimos, con el favor divino, á la cumbre de la sabiduría y de la virtud.





## ÍNDICE.

---

	Páginas.
Prólogo . . . . .	V
Introducción . . . . .	I

### CAPÍTULO PRIMERO.

La ciudad de Norcia.—Eupropio y Abundancia padres de San Benito.—La familia Anicia.—Nacimiento de San Benito.—Cirila.—Estancia de San Benito en Roma.—Su primer milagro. . . . .	11
--	----

### CAPÍTULO II.

Subiaco.—El monje Román.—Vida eremítica de San Benito en el desierto de Subiaco.—Es descubierto por un sacerdote, y luego por unos pastores.—La tentación.—Los rosales de San Francisco.—Los monjes de Vico Varo.—Eligen por Abad á San Benito, y tratan de envenenarle. . . . .	25
--	----

### CAPÍTULO III.

Los monjes patricios Mauro y Plácido.—Cinco gracias concedidas por Dios á San Benito.—El sacerdote Florencio.—El pan envenenado.—Florencio trata de pervertir á los monjes.—San Benito se vá de Subiaco.—Muerte desastrosa de Florencio.—El Monte Casino.—	
--	--

- La idolatría en la montaña.—El eremita Martino.—  
San Benito edifica el monasterio.—Contrariedades.—  
Dones y gracias del Santo.—Varios milagros. . . . . 45

#### CAPÍTULO IV.

- La cadena del solitario.—Caridad de San Benito para con  
los pobres.—Resucita al hijo de un labrador.—Histo-  
ria de Galla.—Una visión.—De como organizaba el  
Santo la Comunidad.—Varias fundaciones.—La de  
San Pedro de Cardeña.—Profecía de la destrucción  
del monasterio de Monte Casino. . . . . 73

#### CAPÍTULO V.

- Entrevista del rey Totila con San Benito.—Santa Escolás-  
tica.—El monasterio de Plumbariola.—San Benito  
no oye los ruegos de su hermana; Dios los oye.—Ul-  
timos momentos de San Benito.—Su tránsito.—Epí-  
logo de las virtudes del Santo por el P. Yepes. . . . . 97

#### CAPÍTULO VI.

- Las reliquias de San Benito y de Santa Escolástica.—  
Diversas opiniones acerca de donde se encuentran.—  
Su traslación á la Abadía Fleury.—Carlomano.—Nue-  
va traslación de las reliquias desde Fleury al monas-  
terio de Monte Casino.—Varios milagros.—Una bula  
del Papa Urbano II . . . . . 121

#### CAPÍTULO VII.

- Regla de San Benito.—Elogios que se la han tributado.—  
Acrecentamiento de la Orden.—Sermón de San Be-  
nito sobre el martirio de San Plácido.—Plática á San  
Mauro al partirse para Francia . . . . . 143  
Apéndices.—Medalla de San Benito.—Oraciones al Santo 161

#### Índice de la Regla de San Benito.

- Aprobación y confirmación de la Regla . . . . . 173  
Prólogo. . . . . 174  
Capítulo primero.—De los diversos géneros de monjes. . . 179  
Cap. II.—Cuál debe ser el Abad. . . . . 180  
Cap. III.—Como los monjes han de ser llamados á con-  
sejo . . . . . 184  
Cap. IV.—De los instrumentos de las buenas obras. . . . 186  
Cap. V.—De la obediencia. . . . . 190  
Cap. VI.—Del silencio. . . . . 192  
Cap. VII.—De la humildad. . . . . 193

Cap. VIII.—De los Oficios divinos, por la noche. . . . .	200
Cap. IX.—Cuantos salmos se han de decir en las horas de la noche. . . . .	201
Cap. X.—Cómo deben celebrarse los Maitines en tiempo de Estío. . . . .	202
Cap. XI.—Cómo se han de decir los Maitines en los Domingos. . . . .	203
Cap. XII.—Cómo se han de celebrar las Laudes. . . . .	204
Cap. XIII.—Cómo se han de celebrar las Laudes en los días feriales. . . . .	205
Cap. XIV.—Cómo se han de celebrar los Maitines en las fiestas de los santos. . . . .	206
Cap. XV.—En qué tiempo se ha de decir Alléluya. . . . .	206
Cap. XVI.—Cómo se han de celebrar los Oficios divinos por el día. . . . .	207
Cap. XVII.—Cuantos salmos se han de decir en cada Hora del día. . . . .	207
Cap. XVIII.—Con qué orden se han de decir los salmos. . . . .	208
Cap. XIX.—Del modo con que se ha de cantar. . . . .	211
Cap. XX.—De la reverencia en la oración. . . . .	211
Cap. XXI.—De los Decanos del monasterio. . . . .	212
Cap. XXII.—Cómo han de dormir los monjes. . . . .	213
Cap. XXIII.—De la excomunión por las culpas. . . . .	214
Cap. XXIV.—Qué modo se ha de guardar en la excomunión. . . . .	214
Cap. XXV.—De las culpas más graves. . . . .	215
Cap. XXVI.—De los que, sin orden del Abad, se juntan con los excomulgados. . . . .	215
Cap. XXVII.—De la solicitud con que debe cuidar el Abad, de los excomulgados. . . . .	216
Cap. XXVIII.—De los que muchas veces corregidos, no se enmiendan. . . . .	217
Cap. XXIX.—Si deben volverse á recibir los monjes que han salido del monasterio. . . . .	218
Cap. XXX.—Cómo han de ser corregidos los de menor edad. . . . .	218
Cap. XXXI.—Del Mayordomo del monasterio. . . . .	219
Cap. XXXII.—De las herramientas y demás alhajas del monasterio. . . . .	220
Cap. XXXIII.—Si deben los monjes tener alguna cosa propia. . . . .	221
Cap. XXXIV.—Si deben todos recibir igualmente lo necesario. . . . .	222
Cap. XXXV.—De los semaneros de cocina. . . . .	222
Cap. XXXVI.—De los monjes enfermos. . . . .	224
Cap. XXXVII.—De los viejos y de los niños. . . . .	225
Cap. XXXVIII.—Del lector semanero. . . . .	225
Cap. XXXIX.—De la tasa de la comida. . . . .	227
Cap. XL.—De la tasa de la bebida. . . . .	228
Cap. XLI.—A qué horas deben comer los monjes. . . . .	229
Cap. XLII.—Que nadie hable después de Completas. . . . .	230



Cap. XLIII.—De los que llegan tarde al Oficio divino ó al refectorio. . . . .	231
Cap. XLIV.—Como han de satisfacer los excomulgados. . . . .	233
Cap. XLV.—De los que yerran en el coro. . . . .	234
Cap. XLVI.—De los que caen en otras cualesquiera faltas. . . . .	234
Cap. XLVII.—Del que ha de hacer señal para el Oficio divino. . . . .	235
Cap. XLVIII.—Del trabajo de manos. . . . .	235
Cap. XLIX.—De la observancia de la Cuaresma. . . . .	238
Cap. L.—De los monjes que trabajan lejos del monasterio, ó van de camino. . . . .	239
Cap. LI.—De los monjes que no van muy lejos. . . . .	239
Cap. LII.—Del oratorio del monasterio. . . . .	240
Cap. LIII.—Cómo se ha de recibir á los huéspedes. . . . .	240
Cap. LIV.—Que no debe el monje recibir cartas ni presentes. . . . .	243
Cap. LV.—Del vestido y calzado de los monjes. . . . .	243
Cap. LVI.—De la mesa del Abad. . . . .	245
Cap. LVII.—De los artífices del monasterio. . . . .	245
Cap. LVIII.—Del modo de recibir los novicios. . . . .	246
Cap. LIX.—Del modo de recibir los niños, así de nobles como de pobres. . . . .	249
Cap. LX.—De los sacerdotes que quisieren ser monjes. . . . .	250
Cap. LXI.—Como han de ser recibidos los monjes extranjeros. . . . .	251
Cap. LXII.—De los sacerdotes del monasterio. . . . .	253
Cap. LXIII.—Del orden de la Comunidad. . . . .	254
Cap. LXIV.—De la elección del Abad. . . . .	256
Cap. LXV.—Del Prior del monasterio. . . . .	258
Cap. LXVI.—Del portero del monasterio. . . . .	260
Cap. LXVII.—De los monjes que van de camino. . . . .	261
Cap. LXVIII.—Qué deben hacer los monjes si les mandan hacer cosas imposibles. . . . .	262
Cap. LXIX.—Que ninguno se atreva en el monasterio á defender á otro. . . . .	263
Cap. LXX.—Que ninguno se atreva á castigar á otro. . . . .	263
Cap. LXXI.—Que los monjes se obedezcan los unos á los otros. . . . .	264
Cap. LXXII.—Del buen celo que deben tener los monjes. . . . .	265
Cap. LXXIII.—Que no se incluye en esta Regla la práctica de todas las virtudes. . . . .	266

# FE DE ERRATAS.

PÁG.	LIN.	DICE.	LÉASE.
3	1	las antiguas. . . . .	los antiguos
5	2	monaja. . . . .	manaja
17	25	hubiera. . . . .	hubiers
99	1	mezquita (en muchos ejemplares)	mezquina
159	25	Carinense. . . . .	Casinense
160	17	Solemnes. . . . .	Solesmes